

ESPAÑA MÍSTICA





Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

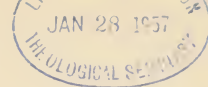
FOLIO BR 1023 .O77 1954
Ortiz Echagüe, José.
España mística





Digitized by the Internet Archive
in 2014

<https://archive.org/details/espanamistica00orti>



ESPAÑA MÍSTICA

POR

JOSÉ ORTIZ ECHAGÜE

CON

288 LÁMINAS EN HUECOGRABADO
Y
22 PLANCHAS EN COLOR

PRÓLOGO

DE

MIGUEL HERRERO-GARCÍA

TERCERA EDICIÓN

III

PUBLICACIONES ORTIZ-ECHAGUE
TUTOR, 24
MADRID

DISTRIBUCION EXCLUSIVA
EDITORIAL MAYFE
PERAZ, 26
MADRID

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Queda hecho el depósito que marca
la Ley.
Prohibida la reproducción
de textos y láminas.

OBRAS DE LA SERIE

TOMO I.—ESPAÑA: TIPOS Y TRAJES.

TOMO II.—ESPAÑA: PUEBLOS Y PAISAJES.

TOMO III.—ESPAÑA MÍSTICA.

Nihil obstat:
DR. ANDRÉS DE LUCAS
Censor.

Imprimase:
CASIMIRO, *Ob. Aux. y Vic. Gen.*
17 de noviembre de 1943.

IMPRESO EN ESPAÑA.
PRINTED IN SPAIN.

TERCERA EDICIÓN AMPLIADA.—297 REPRODUCCIONES
EN NEGRO Y COLOR DE FOTOGRAFÍAS ORIGINALES DE
JOSÉ ORTIZ ECHAGÜE.—TRECE REPRODUCCIONES DE LOS
AUTORES SIGUIENTES: MACÍAS (69), MÁS (153-156),
A. RIEDEL (158-168-169), SERRANO (164), P. BERMÚDEZ
(165), LÓPEZ MARTÍNEZ (184), SORIANO (201), MARCOS
(206-207-208).—IMPRESIÓN DE LÁMINAS: «HUECOGRABA-
DO ARTE».—BILBAO.—IMPRESIÓN EN COLOR: «VALVERDE»
SAN SEBASTIÁN, Y «HAUSER Y MENET».—MADRID.
SOBRE PAPEL «LA TOLOSANA».

BILBAO - 1954

PRÓLOGO

(DE LA PRIMERA EDICIÓN)

Este libro, de láminas espléndidamente espectaculares, lleva el título de España Mística. Contradicción aparente entre lo visual, tangible y plástico, y lo íntimo, secreto y suprasensible, que es la Mística. Y, no obstante la contradicción, la he calificado, con justeza, de aparente. Así como el conocimiento de Dios no lo alcanza la mente humana más que por la contemplación de las criaturas, ese mundo oculto de la Mística no se puede barruntar sino por la contemplación de ciertas manifestaciones de la piedad, del culto, de la liturgia y del arte, vahos tenues, pero directamente desprendidos del volcán divino que arde en el fondo del alma española. Del conocimiento de Dios por el de las criaturas escribió por título el hoy beatificado Cardenal Belarmino, en uno de sus tratados teológicos, que corren de antiguo traducidos a la lengua española. Y, sintetizando toda esta remontada teodicea, ahí van las palabras de oro de nuestro Fray Luis de Granada:

“¿Qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis a los ojos del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quién vos erades? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas y iluminadas, que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas, sino predicadoras de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podría haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así, a pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo dellas. Desta manera las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura; las fuertes, vuestra fortaleza; las grandes, vuestra grandeza; las artificiosas, vuestra sabiduría; las resplandecientes, vuestra claridad; las dulces, vuestra suavidad; las bien ordenadas y proveídas, vuestra maravillosa providencia.”

Acomodando esta alta y a la vez llana teoría del elocuente Granada a nuestro caso, ¿qué son y significan todos estos impresionantes cuadros que uno tras otro podemos contemplar en este libro? ¿Qué quieren decir esos rostros de eremitas, sonrientes ante las bocas abiertas de las sepulturas, que aguardan su presa? ¿Esos claustros, poblados de esfinges animadas, que marchan con plena y augusta seguridad de su destino? ¿Esos ritos suntuosos que envuelven en oro, seda y poesía la humildad de la oración humana? ¿Esas piedras, volátiles como la espiral de un sahumerio, que conspiran contra la ley de gravedad por escalar el cielo? ¿Esas inefables creaciones de la gubia y del cincel, que infunden vida a la materia y aprisionan dogmas divinos en fórmulas de arte realista?

Todo es afluencia de un secreto estado de alma, y cada una de esas manifestaciones sirve de camino para penetrar en el reino escondido de que habló la divina palabra: Regnum Dei intra vos est. Todas estas láminas hacen el papel de verdaderas metáforas, lenguas que balbucean el mensaje de una belleza espiritual, ecos de la fiesta inefable en que se celebran las bodas amorosas de Dios y el alma, jirones descoloridos de la vestidura real que el amor viste a sus escogidos.

Siempre ha tenido la Mística su sistema propio de expresión, labrado por un proceso metafórico, que mediante signos materiales trasmite conceptos arcanos y apenas accesibles. Etchegoyen, aquel malogrado joven francés, se detuvo a estudiar la expresión del Amor Divino en la literatura de Santa Teresa, y yo ensayé recientemente sistematizar la expresión del pensamiento místico de San Juan de la Cruz. La luz, el fuego, el aire, el agua, las flores, los frutos, los pájaros, los animales, los hombres, y la Naturaleza entera, suministran al Maestro de la reforma teresiana múltiples lucecillas de vago resplandor para alumbrar la Noche oscura del alma y emprender la arcana subida al Monte Carmelo, llevando en los labios la flor del Cántico espiritual. Noches oscuras, subidas de montes y epitalamios nupciales que empiezan siendo ya puras metáforas cuya iluminación se va a pedir a otras metáforas. Y colocados por fuerza en este terreno, ¿cómo negar al almenado ábside de la Catedral de Avila, o al Castillo Colegiata de Alquézar, la virtud evocadora del castillo interior de muchas Moradas, que trazó la pluma de Santa Teresa? ¿Puede negarse ninguna sensibilidad al estremecimiento de lo divino ante el espectáculo de compunción de los Penitentes de Cuenca, que parecen conmover hasta el pétreo escenario de su fantástico desfile? Justo será reconocer que estas iglesias, claustros, torres, procesiones y ritos poseen análogo valor metafórico que el aro de oro y la palomita que bebe en la fuente. Aquí están los bosques de espesuras, la cristalina fuente de semblantes plateados, los valles nemorosos, el lecho florido de cuevas de leones enlazado, el ciervo muerto, el adobado vino, el ciervo vulnerado y toda la orgía de color y de ritmo en que el poeta de Fontiveros envolvió su alta teología de la unión con Dios.

También hay espíritus para los que la poesía de San Juan de la Cruz es el libro de los siete sellos, y habrá seguramente quien no acierte a leer en estas láminas nada que trascienda de la pura impresión de la retina. Pero cualquiera sensibilidad cultivada atinará con el recatado secreto que ellas guardan, y no se resistirá a aceptar que todo en estas imágenes es eclosión de una intimidad religiosa, pompa y floración de un huerto secreto, en el que el espíritu de Dios cultiva amorosamente frutos de caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, benignidad, longanimidad, bondad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Cada hoja de este libro deja percibir en sus valientes claroscuros el dulzor de alguno de esos divinos frutos; cada imagen es una glosa reveladora de la seca y lacónica enumeración del Catecismo. Los Ripaldas y Astetes encuentran al cabo de los siglos, y tras una legión de comentaristas, el gran comentario, el que se mete por los ojos, habla a la sensibilidad y la hace su intérprete y heraldo ante la inteligencia. Caridad, la de esas mujeres de Lagartera y Berástegui, que quedan su cera en ofrenda expiatoria por las almas de sus amados muertos. Gozo espiritual que brota con la limpidez de fuente cantarina en los coros de novicios o en los de la escolanía de Roncesvalles. Paz como no la puede dar el mundo y sólo sabe darla Dios la que reina en esas ermitas de Córdoba y en esos claustros de Poblet, egregiamente simbolizada en el terso espejo de los estanques de El Escorial. Paciencia, interno y voluntario sometimiento a la ley de la vida en los terribles momentos en que la ley desgarró el corazón, el que campea en ese duelo de Berástegui, externa y libre aceptación de la cruz de la penitencia en expiación de nuestros pecados, la que resplandece en los cruceros de Uriz. Benignidad, sincero sentido de la fraternidad humana, no se hallará más y mejor que en esos santos coloquios de monjes cartujos, algunos de los cuales trae a las mientes el diálogo inmortal que Marcelo, Sabino y Juliano sostuvieron en "La Flecha" acerca de los nombres de Cristo, la longanimidad, largueza de consagrarse de por vida y omnímodamente en el divino servicio, tiene su ápice en la consagración de sacerdotes en Loyola, impresionante espectáculo del sacrificio que unos frágiles mortales hacen para siempre de su corazón, esperanzados de poder cumplir su solemne compromiso en la gracia de Dios. Bondad, la que aparece en el cuadro siempre enternecedor de esas santas mujeres que tienden sobre la infancia desvalida sus blancas tocas como alas de ángeles de amor. La estampa de la mansedumbre, más elocuente y expresiva que cuanto pudiera escribirse, la forman las devotas del Valle de Aezcoa, las tres Marías de las Salesas Reales y, aun

si bien se interpreta, esa figura de penitente de Cuenca, que parece un león domado por el sortilegio de su túnica y su capirote, pero que volverá a su natural ferocidad en cuanto cierre el paréntesis cadañero de su deber de cofrade.

Modestia, virtud que podría parecer auténtica del modo de ser natural de una gente meridional y expansiva, ha hallado medio de florecer por la superposición dominadora de lo religioso, y ha producido estilos y continentes como los de las mujeres de Ansó, las tapadas de Vejer y toda la rica variedad de cogullas monacales y antifaces de penitentes nazarenos que pueblan bastantes páginas de este libro.

La continencia tiene su máxima expresión en los dominicos de San Vicente de Ávila. Allí está la juventud sana y fuerte, pura y santa a la vez. La castidad triunfa en los cuadros virginales de primera comunión. Y no hablo de fe porque sería redundante en un libro como éste, verdadero comentario de luz, glosa visual que un arte exquisito y amablemente cultivado ha escrito a la teología más sutil y recóndita, poniendo ante la vista demostraciones evidentes de que allá, en lo secreto de las almas, cultiva su huerto el amor divino y produce frutos que saben a cielo y anticipan gozos de bienaventuranza. Bien y legítimamente se puede afirmar que por las páginas de este libro desfila envuelta en su sayal blanco y negro la España mística.

Cierto, sin embargo, que por estas páginas pasa también otra España que, trocado el sayal por los volantes y faralaes, combina la devoción con la alegría, la copla con la oración, la danza con las genuflexiones; mezcla que escandaliza al puritanismo anglosajón, pero muy a tono con el carácter español y muy en armonía con el verdadero espíritu religioso. Es un error de exótico cuakerismo creer que la devoción excluye la alegría. Santa Teresa perseguía y ahuyentaba de sus conventos el humor melancólico como a un ladrón furtivo que viene a robar la paz de las almas. La Iglesia, divinamente asistida, ha integrado en su liturgia los principales elementos expresivos del júbilo: la música y el canto.

La danza, que tan mundana puede parecer, tiene sus orígenes litúrgicos junto a la misma arca del Testamento, y la inició todo un rey de Israel, ebrio de alegría en las alabanzas del Señor. De que no era cosa que desdecía de la reverencia debida a los altos misterios eucarísticos, epicentro del culto católico, nos da testimonio aquel santo Juan de Ávila, apóstol de Andalucía, que llegó a escribir: "Ya que el rey de España (era Felipe II) no tiene el espíritu del santo David, para ir bailando de gozo delante del Santísimo Sacramento en la procesión del Corpus, vaya por lo menos detrás de la custodia, descubierta la cabeza y dando señales de verdadera devoción". Espíritu davídico, fielmente interpretado antiguamente en las famosas "danzas del Corpus", danzas de ninfas, de segadores, de indios, de gitanos, de moriscos, de gigantes, de negros, etc., etc., que iban de gastadores en la magna procesión eucarística, expresando el júbilo que el pueblo fiel sentía en el día triunfal del Misterio del Amor.

Yo sé que los escritores ascéticos han echado mucha agua al vino, y a fuerza de rodeos e interpretaciones han venido a decir digo donde dice Diego. Pero ¿cómo negar que el texto sagrado del Real Salmista dice: "Alabad al Señor con sonido de trompeta, alabadlo en salterio y en arpa; alabadlo en pandero y en coro; alabadlo en cuerdas y en órganos; alabadlo con campanas que bien suenen, y alabadlo con campanas de alegría"? Copia la traducción precisamente del tétrico Fray Diego de Estella. Vengan ahora los puritanos de aquende y allende a hacer remilgos a la gaita y al tamboril, a las castañuelas y a las guitarras de la Romería del Rocío. Querrán decir que estos regocijos no son hijos legítimos de la devoción. Se equivocan.

Puede un Nieremberg disquisicionar todas las especies de gozo que en el alma producen cada uno de los divinos atributos; el gozo de la Hermosura de Dios, y la perfección de Dios, de su Felicidad, de su Sabiduría, de su Bondad, de su Omnipotencia, de su Unidad, de su Sim-

plicidad, de su Infinitad, de su Santidad, de su Libertad, de su Inmutabilidad y de otras muchas de sus inagotables perfecciones; todas así, con mayúsculas, porque todas y cada una son la misma esencia divina y representan de distintos lados el mismo y uno Dios. Pero el común de los mortales no discrimina ni discecciona su alegría en especies y matices. Se siente profundamente embargado de un sentimiento religioso de complacencia, porque es el día del Señor o de la Virgen, o el día de su santo Patrono, y nada más. Tiene su fórmula expresiva de su estado de ánimo que vale por toda una teoría; dice que es día de fiesta. Y esa fiesta es, en su línea, de la misma raíz psicológica, del mismo carácter emocional que la fiesta del místico más espiritualizado. Y así tiene que ser. Una verdadera alegría espiritual es imposible sin que rebose y salga al exterior y quiera hacer partícipe a todo lo que le rodea. Fray Luis de Granada refiere "de un doctor contemplativo, que todos los domingos, cuando se levantaba a maitines, era tanta el alegría que recibía acordándose del misterio de este día (de la Resurrección del Señor), que le parecía que todas las criaturas del cielo y de la tierra en aquella hora cantaban a grandes voces".

Adjúntase a esto otra equivocación que parece la superficialidad vulgar en la apreciación de algunas de estas manifestaciones. Las carretas del Rocío no hablarán a un espectador vulgar más que de bullanga y jolgorio, donde la devoción no pasa de ser un mero pretexto. ¡Qué lamentable equivocación! Toda esa explosión de alegría es el manto policromo que encubre una enorme cantidad de sacrificios, de mortificaciones y de penitencias, superiores a cuanto se podría imaginar. Yo dejo aquí la palabra a aquel novelista andaluz, lectoral de la santa, metropolitana y patriarcal iglesia de Sevilla, conocedor del alma de su tierra y tesorero de sus riquezas folklóricas. Y he aquí lo que afirma don Juan Francisco Muñoz y Pabón:

"El Rocío es penitencia, y mucha penitencia.

Aparte de las molestias del camino —el Rocío está lejísimos de todas partes—, molestias que se acentúan con el calor de junio en Andalucía; aparte lo inhospitalario de la estada y lo arduo del retorno, en que ya no se lleva ni el acicate de la ilusión, son muchos los romeros rociianos que le echan los cominitos de una nueva mortificación voluntaria. Frecuente es tropezarse por allí con quien ayuna a pan y agua desde que sale de su casa hasta que vuelve; quien se abstiene de beber durante toda la caminata (y a pie), dure lo que dure, y quien, como una pobrecita niña trianera, veuga descalza y andando once leguas de camino, si no es una mujer de Gibralcón, que ha hecho otro tanto desde su pueblo..., y Gibralcón está a cuatro leguas de Huelva, Huelva a siete de La Palma; La Palma a dos de Almonte, y Almonte a tres del Rocío.

He visto algunos andando de rodillas por la nave, hasta que se consuman las velas de la promesa.

He visto otros, en cruz y con ellas en las manos, hasta que se derrita la última gota..., a éste, andando, tendido de espaldas, hasta rascarse el pelo de la nuca y hacérsele un llaga, y a estotro..."

"¡Es que es de instinto cristiano que el dolor sea oculto!
¿Que en el Rocío se baila? ¡En el Rocío se hace penitencia!
¿Que en el Rocío se bebe? ¡En el Rocío se comulga!

El Rocío es una parva trillada en la era —así es, después de todo, el reino de los ciegos— en la que, si hay mucha paja, hay también mucho grano, y en la que, a vuelta de cuatro retozos inocentes, se le rinde a la Madre de Dios y de los hombres el culto más espontáneo y más sincero, más fervorosamente entusiasta y más apasionadamente derrretido que se le rinde y se le tributa en ningún otro lugar de estas Andalucías..."

Esto sin contar que el alma del pueblo tiene una aptitud sorprendente para la cabriola sentimental, y con una falta de ilación psicológica, inexplicable para los espíritus cultos, se permiten pasar de un sentimiento a otro. En una piececilla de teatro del siglo XVI, que por su enjundia mereció ser atribuida a Cervantes, hallamos esta observación, que ya pareció en aquella épocas

“En lo que nos hemos entretenido esta mañana es en verse dar la batalla dos regatonas o plaseras de las que allí venden, sobre que una de ellas había llamado a un aldeano que estaba en la tienda de la otra regateando sobre unas berenjenas. Trabáronse de aquí como dos sierpes y dijéronse de lo bueno y bien cernido; y luego, la una con un haz de rábanos, y la otra con una banqueta de tres pies en que estaba sentada, se acometieron como onzas; y a mía sobre tuya, se dieron tantas en ancho como en largo, hasta que, entrando gente de por medio, las pusieron en paz; y de puro molidas como alheña, jarleando se retiraron a sus tiendas. Pero lo más gracioso fué que apenas había pasado esa guerrilla, cuando la una llamó a un ciego y le pidió, poniéndole un cuarto en la mano, que le rezase la Pasión; y apenas hubo el ciego llegado a aquello de saca Pilatos al Omnipotente, cuando la buena vendedora lloraba como una criatura de pura compasión.”

Así es nuestro pueblo. En su alma viven, pared por medio, el fervor religioso y otros muchos hervores, poco o nada religiosos, y a veces se convierte la vecindad en camaradería o en amalgama.

Pero España no es meramente la raza que hoy existe, la que en el momento actual se ha podido sorprender en estas estampas. El signo de España connota una dimensión pretérita, es una acción histórica, conforme a un destino prefijado por la Providencia y servido libre y conscientemente por sucesivas generaciones. También había que rastrear la actitud del pasado, y sorprender el gesto de los muertos para poder hablar de la España mística. Y el pasado, en efecto, ha descubierto su rostro delante de la cámara, dejándola escrutar en su mirada petrificada por los siglos el mismo anhelo de infinito, la misma sed de amor divino que se lee en los ojos vivos y llameantes de los anacoretas de la Sierra de Córdoba, de los franciscanos de Guadalupe, de los dominicos de San Vicente de Avila o de los cartujos de Miraflores. Un rictus idéntico marca el semblante de la España que fué y de la España que es. Un mismo aire de familia persiste inequívoco entre los que hoy salmodian en Santo Domingo de Silos, en el Parral de Segovia ò en La Oliva de Navarra, y los que, mudos, hacen intérpretes de su voz los sepulcros carcomidos de San Pedro de Rocas, las palmeras talladas de la Sacristía de Osera, las columnas trenzadas de San Pedro de Estella o los capiteles historiados de la Colegiata de Santillana.

Estos testigos deponen, con acento inconfundible, veracidad en favor de la España mística. Si en una hipótesis absurda, pero concebida y acariciada en momentos de demencia colectiva, hubieran desaparecido, sin dejar rastro de sí, todos los elementos religiosos de la España actual, ¿cómo resolver el problema del pasado y cómo acallar tantas voces como surgen hablando de Dios por todas partes? Es que, cuando enmudecen las campanas y se apagan las salmodias corales, ¿no hablan con voces que, llegan más al alma de las ruinas de los monumentos sagrados? Ante El Escorial o Guadalupe se puede pasar indiferente, pero ante una Cartuja abandonada, ante Sobrado de los Monjes o Nuestra Señora de Aguilar de Campóo es imposible pasar sin un estremecimiento de pena, sin una conmoción de protesta dolorosa, contra el completo fatídico de factores causantes de tanta desolación. Ha hecho bien Ortiz Echagüe en escribir en su libro estas lacrimae rerum, y ha hecho todavía mejor en suscribir algunas de sus láminas con el lacónico “Claustro en ruinas”. ¿Para qué añadir dónde ni por qué? Dondequiera que estén, y por las causas que sean, siempre constituirán esas lastimosas ruinas una injuria al arte y una mancilla a la cultura.

Y no vale decir, si es que alguien tiene empeño en ello, que la España mística pertenece al mundo de lo anacrónico.

Pero vamos a ponernos en todo y a admitir la difícil hipótesis de que la esencia se haya evaporado y estemos en presencia, pura y simplemente del pomo o esenciero que la contuvo. Todavía, aquella realidad histórica de la España mística tiene derecho al estudio humano, o, mejor dicho, la humanidad tiene derecho al deleite intelectual y emocional que reporta siempre el estudio del pasado. En todo caso, el valor de la documentación arqueológica y artística es extraordinario. Aquel clocuente romano, M. Tullio, no vió la Historia más que como muestra de la vida, testigo de los tiempos, iuz de la verdad y heraldo de la antigüedad. ¿Y es esto todo? Es algo más, y mejor probado: fuente de íntimas emociones, venero de refinados deleites. Nunca sabremos de una manera incontrovertible si el documento que nos da fe de un hecho no tiene su negación o su modificación en otro documento desconocido hoy, quizá conocido; mañana, tal vez, destruido para siempre, condenado a la posteridad a permanecer en su engaño y a tener por verdad lo que no es más que un craso error. Lo que sí poseemos, con conciencia inmediata de ello, es el deleite que aquel conocimiento, cierto o falso, nos proporcionó en el momento en que revivimos aquel pasado y nos pareció asistir a la escena, tener nuestro papel en la acción y tomar partido en la lucha trabada entre bandos contrarios. No hay español, por ejemplo, que no haya sentido la inquietud que produce el espíritu de bandería política, ante el caso de Isabel la Católica en guerra con Juana la Beltraneja. ¿Y cuántos españoles tienen las pruebas —si algunos las tienen— de la razón que asistía a Isabel?

La Historia nos guardará siempre, tal vez, el secreto de la legitimidad de la hija de Enrique IV; nos recatará la verdad, pero nos da de contado y en sana moneda una emoción, nos comunica un interés, prende en nuestra alma el fuego de la pasión, a cinco siglos de distancia, que es, en definitiva, permitirnos vivir vida de siglos. ¡Vivir! ¡Como quien no dice nada! ¿Qué es la cultura más que eso, la capacidad de vivir? La diferencia esencial entre el hombre culto y el inculto se reduce en última instancia a poder o no poder superar el asedio apremiante de minúsculos intereses personales y extender sus preocupaciones, sus inquietudes, su vida a esferas de más amplitud humana. Liberarse de la tiranía del presente para sentirse actor en el pasado y factor en el futuro.

Por desconocimiento de esta función emotiva de la Historia, se cayó exageradamente el siglo pasado del lado intelectualista, llegando a confundir un tratado histórico con un proceso judicial. La redacción de Tito Livio y del Padre Mariana cedió su puesto al estilo de meros autos procesales. En esta época de esterilidad estética resucitó Menéndez y Pelayo, en España, el concepto de Historia como obra de arte, devolviendo a Clío sus antiguos fueros.

Y si la emoción estética, fiel contraste de toda obra artística, es propiedad de la Historia, aun de la elaborada entre infolios y legajos, ¿cuánto más y mejor lo será de las obras artísticas que encarnan Historia, que subsisten cargadas de Historia y hablan del pretérito con lenguaje que vence en claridad al de los Livios y Salustios, Zuritas y Marianas?

Aun los vestigios folklóricos que hoy no interesan más que por su curiosidad etnográfica, por su belleza cromática o por su valor coreográfico, al historiador sirven para percibir los latidos del alma española hace trescientos, cuatrocientos o más años. En este sentido, la España mística puede verse trasuntada en restos de costumbres medievales, como la representación de la Pasión en Olesa y Esparraguerra. Lo que parece meramente teatral, y por completo ajeno a la devoción interior, tiene un misterioso poder emotivo, que insensiblemente capta al alma y la subyuga al sentimiento místico.

Esas escenificaciones de la Sagrada Pasión que aún quedan en algunos lugares de España, restos de antiguos autos o misterios medievales, además de estar llenas de color y de poesía, son mantenidas por una tradición que vincula a determinadas familias al desempeño de tal papel y transmite por generaciones sucesivas tal carácter dramático a los individuos de la estirpe. Cada personaje está actuando tradicionalmente por una misma persona, sobre la cual el papel representado ejerce una indudable influencia religiosa, con manifiestas consecuencias ético-sociales.

Otras veces no es éste el caso. La supervivencia folklórica se halla a mil leguas de su primitiva y original significación. Pongo un ejemplo: El año 1595 se descubrieron en Granada las reliquias del Sacromonte, e inmediatamente se iniciaron las visitas devotas a aquellas venerables cuevas. He aquí cómo empezó la devoción, según un escritor coetáneo: "Unos iban descalzos, otros con sus rosarios en sus manos, muchos todo el camino de rodillas, y todos con tal silencio, lágrimas, compostura y devoción, que era una edificación universal. Cuantos entraban a visitar aquella sagrada estancia salían publicando haber sentido en el alma la santidad de aquel sitio. Crece cada día más el fervor, purificando unos, para hacer estación, sus conciencias con los Santos Sacramentos, movidos de reverencia a tal sitio, y otros vuelven de él tan de veras dispuestos para recibirlos, que no se atreven a diferir para otro día la purificación de sus conciencias". Pues veamos ahora en qué han parado tan bellos comienzos, según describe el costumbrista granadino don José Surroca, catedrático de aquella Universidad:

"En este día, los granadinos suben al Sacromonte, donde se conservan las cuevas de los Santos Mártires, y es tradicional en los jóvenes y viejos, cuando las visitan, pasar las manos en las famosas piedras, con el fin de casarse o descasarse.

"La primera está en la capilla gótica, o sea, la primera que se descubrió, y la segunda está en la galería que circunda la galería de Santiago. Una comisión de concejales sube a dicha abadía, en la que, después de solemne fiesta religiosa, se celebra una comida, entregando los señores canónigos a todos los invitados, como recuerdo, una cajita de incienso y ramos de flores artificiales".

No hay duda de que esto es aquello. La costumbre popular granadina es un legítimo fósil de la vida devota de hace siglos. Con restos folklóricos por el estilo se puede llegar a reconstruir toda una paleontología mística de España.

Otro caso llama la atención en Andalucía, sobre todo en Sevilla, que en muchos edificios públicos y privados campean inscripciones a modo de vítores, que dicen: Maria sine labe concepta. Superficialmente mirado, no parece más que un motivo ornamental, un rasgo típico de la decoración local. Pero la Historia nos dice que esos letreros murales son rastros de una fiebre devota que Sevilla experimentó por el año 1615. Sucedió que una mañana amaneció en la puerta de la Catedral un rótulo, en letras doradas, que decía: María, concebida sin mancha de pecado original, con una corona superpuesta y dos palmas cruzadas por base. La conmoción popular de tan simple hecho la refiere así Ormaechea: "En Sevilla leí más de 10.000 inscripciones que adornan toda la ciudad: en paredes públicas y privadas, en fachadas de casas particulares, de templos, de palacios, lo mismo dentro que fuera de los edificios. En una sola mañana aparecieron 2.000 letreros hermosísimos... En toda Andalucía, principalmente en Jerez, mi patria, no se lee otra cosa que rótulos bellísimos con el Maria sine labe concepta".

¿Quién puede dudar del valor histórico de semejantes rasgos populares? En estas letras, tan muertas como se quiera, no hace falta ser un Cuvier para adivinar el molde de una vida mística que caldeo antaño las almas.

A veces no hace falta la acción del tiempo. La distancia entre dos estados de conciencia diversos o semejantes las salva en un momento un espíritu travieso que, amparado en la impunidad del anónimo o despreocupado de las consecuencias, no duda en contradecir la corriente general de la opinión. Veamos un curioso ejemplo, que puede servir de explicación a otros muchos que se ofrezcan. Aquellas famosas coplas del menestral sevillano Miguel del Cid, que empiezan:

*Todo el mundo en general,
a voces, Reina escogida,
digan que sois concebida
sin pecado original.*

tuvieron el siguiente origen, al decir del analista Ortiz de Zúñiga: A fines de 1613 predicó un fraile en Sevilla que la Virgen María no fué concebida sin pecado original. En desagravio de aquel desacato se organizó una procesión de toda la ciudad, “y para ella principalmente hizo don Mateo Vázquez de Seca, arcediano de Carmona y canónigo de Sevilla, que Miguel del Cid compusiese aquellas coplas

Todo el mundo en general...

que se fueron cantando, en varias coplas de música, por todo el pueblo, siendo innumerable el concurso. A esta procesión siguieron tantas, que no hay guarismo con que enumerarlas, porque cada muchacho que comenzaba a cantarlas, yendo a algún mandado, formaba una procesión que, comenzando en uno, acababa en una multitud, y no había caballero, clérigo, fraile ni mercader que no se adhiriese en las procesiones que encontraba, cantando, sin recelarse hombres muy graves de hacer lo mismo”. Pues bien; tanta canción y tanta matraca a los partidarios de la opinión menos pía avinagró las musas de un poetaastro, que quiso poner en solfa el espectáculo de una muchedumbre ignara metida a fallar un pleito teológico tan peliagudo, y enjaretó ciertos versos que están manuscritos en la Biblioteca Nacional, y que me resisto a transcribir. Una crítica superficial concluiría de los tales versos que en el siglo XVII no se sentía en España entusiasmo por el dogma de la Inmaculada Concepción. Pero lo que realmente se deduce de ello es todo lo contrario, hasta el punto de que, si las coplas de Miguel del Cid no hubieran llegado a nuestra noticia y la estatua del poeta no existiera en la Plaza del Triunfo, de Sevilla, por esta chabacanería de los versos anónimos pudiéramos rastrear su existencia; porque la parodia no es más que el revés del derecho, y el juramento, aun en medio de su desacato, es la afirmación de la fe, como bien confesaba aquel desalmado de la comedia calderoniana:

*En defensa
de la fe, que adoro y creo,
perderé una y mil veces
(tanto la estimo y la aprecio)
la vida. ¡Sí, voto a Dios!,
que pues le juro, le creo.*

Mas, sin duda, hemos ido demasiado lejos al hablar de paleontología religiosa. La España mística no es algo que se desmorona y tiende a deshacerse. Antes al contraio, el renacimiento espiritual de hoy día es un fenómeno evidente. A nuestros propios ojos y pese al clima escéptico y naturalista que nuestra época heredó del siglo XIX, se recobran multitud de prácticas religiosas, que en algunos casos llegan a superar el espíritu y fervor del siglo de Felipe II. Hay muchos hechos que lo demuestran, y aduzco solamente a uno: En 1574, el rector de la Universidad de Salamanca hubo de decir en Claustro “que por muchas causas y razones, le parecía no convenir que hubiese la disciplina general que había el Jueves Santo, de los estudiantes de esta Universidad, así porque para prepararse de lo necesario para ella andaban desasossegados y levantados de sus estudios más de quince y veinte días antes; lo otro, porque en este gé-

nero de gente, por ser como es delicada, al sacarse sangre por las espaldas, según los médicos decían, era muy dañoso a la vista, y asimismo por la hora a que salían ser muy tardía que era cuando acababan más de la una de la noche, lo cual les era de grande daño para la salud, y así se habían muerto algunos y otros enfermos reciamiente; además de lo cual hacen grandes gastos de cera, tónicas y disciplinas, porque llevan muchas hachas, y las tónicas muy adornadas y pulidas, y las rodajas de plata, y mucha costa, lo cual no conviene a personas que están debajo del gobierno y mando de sus padres y alimentadores por obra de virtud y santidad los más de ellos: lo cual se hecha de ver en las demostraciones que hacen, que unos llevan guantes adobados; otros rosarios muy grandes y otras cosas semejantes”.

Parangonemos ahora el espectáculo que las anteriores palabras dejan entrever con el que en la actualidad ofrece la Cofradía de Estudiantes de Sevilla, que desde 1924 hace su Estación de penitencia, la tarde del Martes Santo, conduciéndola el imponente crucifijo de Juan de Mesa, llamado “de la Buena Muerte”. Todo lo que se diga del recogimiento y de la actitud edificante de aquellas interminables filas de universitarios, estudiantes y catedráticos, anónimos uniformemente por las tónicas negras y los cinturones de esparto, resultará pálido e inadecuado a la realidad.

Y lo que decimos de esta Cofradía podemos decirlo del noventa y cinco por ciento de las que salen en Sevilla en su inefable Semana Santa. Podemos y debemos decirlo, porque también esta incomparable y única manifestación religiosa de Sevilla tiene su leyenda negra, creada, en parte, por la decadencia espiritual innegable que en el pasado siglo afectó a las mismas Cofradías, y, en parte, por la masa de espectadores llegados de todas las partes del mundo, la mayoría faltos de fe y casi todos animados de un deplorable espíritu de feria o de verbena. ¿Por qué culpar a las Cofradías del cuadro teatral y disipado en que desfilan? Hoy es impresionante observar que después de siete, nueve o más horas de recorrido, con un ansioso antífaz por la cara y un cirio de cuatro kilos en la mano, el cofrade entra en su templo guardando en la fila el mismo puesto en que salió. La regla del silencio absoluto son ya muchas las que la han adoptado; la compostura religiosa es verdaderamente hierática; el espíritu de íntima devoción gana día por día terrenos en estas mal comprendidas Corporaciones. El que quiera contemplar una visión de maravilla, y sentir en su alma la sacudida de lo religioso, salga al encuentro de una Cofradía sevillana en la madrugada del Viernes Santo, en alguna callecita estrecha y solitaria, lejos de la condenada “carrera oficial”, cuando ya van de vuelta a sus templos, al claror indeciso de los luceros del alba. Este espectáculo no lo ven, gracias a Dios, los turistas, y no ser espectáculo les conserva su sencilla sublimidad.

A mí me sería fácil insertar aquí una retahíla de textos de nuestra literatura clásica demostrativos del escaso espíritu de devoción que poseían las procesiones de penitencia del siglo de los Austrias. El tipo del disciplinante fué ya el hazmerreír del público, por su vacuidad y falta de sentido religioso. Valga por todos el chistoso episodio que recogió en su Floresta Francisco Asensio:

“Llegó un arriero al mesón de un lugar; oyendo alabar lo bien que se habían disciplinado en él los Hermanos de una Cofradía, pidió a la huéspeda unas enaguas, y habiéndose hecho la llaga, salió por las calles dándose tan crueles azotes, que la gente, compadecida, se llegó a él diciéndole “Hermano, con más piedad, que Dios no quiere que nos matemos”. Y el arriero, muy enfadado, respondió: “Señores, quítense de delante, que esto no lo hago ni por Dios ni por el diablo, sino porque sepan en este lugar hay quien se las muella”.

Indudablemente, hemos adelantado mucho, y nuestros penitentes y nuestras Cofradías actuales marcan un nivel de religiosidad inmensamente superior al de épocas que pasan por insuperables en punto a fe y a devoción.

MIGUEL HERRERO.

PASANDO LAS LÁMINAS

I

ERMITAS Y ERMITAÑOS

(1)

PRIMEROS TIEMPOS

Los restos más antiguos de construcciones religiosas que existen en España son las que se encontraron hace sesenta y cinco años en las excavaciones realizadas en la catedral de Santiago y que pertenecieron al templo erigido por los discípulos del Apóstol, después de trasladar su cuerpo desde Ira Flavia, el actual Padrón, donde fueron desembarcados, hasta la colina de Libredón, en la que le dieron sepultura.

En los primeros tiempos del cristianismo debió ocultarse el lugar de este enterramiento para librarlo de su destrucción durante las bárbaras invasiones. Esto explicaría el que hasta el año 814 hubiera permanecido ignorado.

Los restos citados han permitido la reconstrucción ideal del pequeño templo de tipo romano, que sirvió de abrigo al Santo Sepulcro. Son, al parecer, los más antiguos de cuantas edificaciones cristianas se conservan en la Europa occidental. Nada se ha conservado, en cambio, de la capilla que el Apóstol y sus discípulos erigieron a la Virgen en el lugar en que Esta, a orillas del Ebro, se apareció a Santiago sobre un pilar.

La vida solitaria de los primeros anacoretas cristianos se practicó ya en España en los primeros siglos del cristianismo, en los que los espíritus ascéticos buscaban la soledad de las serranías, apartándose del espectáculo que les ofrecía una civilización sensual y decadente.

La religión, en aquellos azarosos tiempos, sólo podía practicarse oculta, utilizando abandonadas construcciones romanas, reconditas cuevas de apartadas serranías o subterráneos de cementerios, inviolables estos últimos según la ley romana.

Al comenzar el siglo IV cesa, durante un período, la persecución religiosa, y los templos cristianos comienzan a ser levantados. Hay noticias de cerca de un centenar que fueron erigidos en España entre los siglos IV al VI, pero sólo por descripciones más o menos fantásticas de los cronistas de aquellos tiempos, ya que, a excepción de las abundantes cuevas utilizadas por los anacoretas, ningún vestigio ha sido encontrado.

En los primeros tiempos, la vida eremítica no estaba sujeta a reglas, por lo que los anacoretas o ermitaños vivían en cuevas o ermitas aisladas, y sólo comenzaron a sujetarse a alguna disciplina de vida en común por virtud de las disposiciones dictadas a principio de la cuarta centuria en el Concilio de Ilibris, que reunió en la Península a buen número de Obispos, y por cuyas actas se viene en conocimiento de la existencia de ascetas en la España de aquella época.

Los más antiguos restos de monumentos religiosos de la Península son los que aún quedan en la mitad norte de su territorio. Sobre la mayoría de ellos se han levantado posteriormente otras construcciones, en las que se puede advertir sus partes visigóticas. Tal sucede en edificaciones religiosas como San Millán de la Cogolla, San Juan de Baños, Santa Comba de Bande, San Pedro de la Nave y algunos otros, que datan de los siglos VI al IX.

SAN PEDRO DE ROCAS

En las agrestes serranías que por el Este se aproximan a Orense, en el monte Barbeyón, vieron, sin duda, primitivos solitarios un lugar apropiado para el retiro. Aquellas graníticas sierras, coronadas por peñascos de las más fantásticas

formas que emergen entre una exuberante vegetación, ofrecíanles abrigos apropiados ocultos bajo los espesos robledales. Las lamentablemente abandonadas capillas que hoy podemos contemplar pudieron ser antes del siglo VI un primitivo cenobio, centro de reunión y lugar de oración de los anacoretas que vivían en las cuevas que aun existen por los contornos. Así lo acredita una lápida del citado siglo allí encontrada, la que nos da a conocer que en esta época era ya San Pedro de Rocas un monasterio de tipo hereditario. Parecen ser, pues, estas capillas una de las construcciones religiosas más antiguas de la Península.

El cenobio (2-3) tal como actualmente se encuentra con sus tres oratorios tallados en el monolito de la inmensa roca produce impresión profunda al que lo contempla.

No menor debió ser la que hace ya doce siglos experimentó el caballero Gemondo cuando, cazando por aquellos lugares, descubrió entre la maleza las capillas abandonadas, y decidió retirarse a ellas, volviendo a repoblar el cenobio, que fué agregado después a Celanova.

A esta época pertenece, sin duda, el frente que regularizó la entrada con una puerta prerrománica y las dos sepulturas que en un mismo nicho, tallado en la roca, guardaron probablemente un día los restos de Gemondo y de alguno de los caballeros que le acompañaron en su retiro (4).

Ante esta primitiva fachada monolítica hay un breverellano, en cuya parte norte una puntiaguda peña sostiene una espadaña, campanario posterior del monasterio. A los pies, la hondonada, cuyas enriscadas laderas terminan en peñascos de extrañas formas, dignas del fondo de la más fantástica imaginación de un primitivo.

ERMITAS DE CÓRDOBA

Durante la invasión árabe, la mayor parte de las construcciones religiosas debieron ser destruidas. La Iglesia cristiana queda en la Península dividida en dos partes: al Norte se refugian los que pueden practicar el culto más libremente en zonas a las que la marea musulmana no alcanzó de un modo permanente; en la invadida, los mozárabes, que tratan de permanecer unidos para guardar su organización religiosa en medio de las persecuciones.

En las serranías cordobesas la vida eremítica debió comenzar mucho antes de la invasión árabe, pues, según las crónicas, el Obispo Osio, amigo de San Antonio, al regresar de Egipto, a principios del siglo IV, implantó la vida penitente en aquellos lugares. De ser así, la vida religiosa solitaria habría comenzado en España antes que en parte alguna de Occidente.

Desde entonces las cuevas y ermitas no debieron faltar nunca en las serranías de Córdoba, lo que parece confirmado en los escritos del mártir cordobés San Eulogio, que relata los martirios de los anacoretas cristianos allí refugiados y que vivían en cuevas o monasterios, tales como San Anastasio, San Teodromo, San Rogelio y otros muchos que como monjes cita San Eulogio.

Por los siglos VIII y IX, las persecuciones arreciaron, y los monasterios desaparecen al huir sus monjes a Castilla bajo el terror de las persecuciones de Abderramán II. Más tarde aún.

(1) Los números entre paréntesis se refieren a las láminas.

bajo los almorávides, los que no consiguieron ponerse al amparo de Castilla y Aragón, fueron deportados o aniquilados. Son bien conocidas las influencias de la arquitectura religiosa de aquellos tiempos como consecuencia de este aflujo de monjes mozárabes a la mitad norte de la Península.

Las ermitas cordobesas actuales nada tienen que ver con las primitivas, como no sea la permanencia del lugar elegido por el Obispo Osio. Ocuparon antes una extensión mucho mayor que la actual, que abarcaba el espacio entre Hornachuelos y Villaviciosa, concentrándose la mayor parte en los alrededores del Castillo de la Albaida, donde aún se conservan cuevas que llevan el nombre de Ermitas Viejas.

La existencia de ermitaños en el desierto actual está asegurada documentalmente a partir del siglo XIV, pero las ermitas que hoy vemos fueron establecidas en el XIV por el Hermano Gaspar, que inició la vida eremítica en el lugar conocido por el Cerro de Viboras en 1582.

En la actualidad, los ermitaños son 13, bajo la advocación de San Pablo. Deben dejarse crecer la barba y visten hábito pardo con manto y capucha, escapulario y capillo de sayas (6 a 10). Calzan alpargatas de esparto.

Se dedican a trabajos manuales y agrícolas, su cama es de tablas con una estera, un pellejo y una manta; obedecen a un Hermano Mayor y tienen capellán permanente en el Desierto.

El actual, denominado de Belén, es, por su emplazamiento, un anieno lugar, dominando la espléndida llanada de Córdoba, al que se ingresa por un blanqueado pórtico de tres arcos. Tras él se encuentra una amplia avenida de corpulentos cipreses (6), al final de la cual hay una gran cruz de mármol, de la que parten dos caminos. Uno conduce a la Ermita Mayor o Casa del Oratorio; el otro al cementerio, construido hace doscientos años.

Este cementerio tiene doce nichos sin inscripción alguna, de los que uno tiene que estar siempre vacío y abierto, como permanente promesa para los más viejos Hermanos (10). Por ello después de cada entierro se procede a vaciar el nicho más antiguamente cerrado.

En la Casa Oratorio (5) reside el Hermano Mayor, Su Hermano adjunto, el capellán, los donados —hasta que cumplen la edad de treinta años— y los pretendientes.

La invasión francesa y las exclaustaciones suspendieron temporalmente la vida eremítica en el Desierto de Belén.

Actualmente existen catorce ermitas con los nombres de los Apóstoles y otros Patronos. Cada ermita tiene un oratorio con el humilde lecho y una habitación para trabajos manuales; ambas dan a un corredor por el que se sale a un huerto, al que rodea una pequeña cerca. Tiene también cada una su pequeño campanario con que responder a los toques de la Ermita Mayor. Al lado de la puerta de entrada al huerto hay un torno o ventanillo donde deja la comida el encargado de repartirlas entonando el "Ave María Purísima".

Se rigen por reglas aprobadas por el Obispo de Córdoba, de que dependen. Se reúnen tan sólo para oír Misa en la Casa Oratorio, y los sábados, para cantar la Salve en comunidad. Practican la penitencia disciplinándose tres días a la semana.

Pueden tener en común paseos dos veces al mes. Les es prohibida la carne, el vino y el tabaco. Se levantan para sus rezos desde las dos a las cuatro de la madrugada, por ser horas en que no lo hacen otras Comunidades, y conseguirse así que en ningún momento se deje de implorar al Cielo.

OTROS ERMITAÑOS

Los ermitaños de Córdoba son actualmente los únicos que existen en España practicando la vida del Desierto. Los hubo antes por todos los lugares de la Península. En el antiguo Reino de Navarra y cerca de Pamplona existieron unos llamados de la Penitencia. Tenían cinco eremitorios, habitados cada uno por ocho solitarios, que llevaban vida muy áspera, alimentándose sólo con legumbres. Llevaban al cuello una cruz de madera.

En la montaña de Monserrat habitaron ermitaños en el siglo IX. Repartidos en aquellas grandiosas montañas pueden

verse ermitas abandonadas y que no son sino las primitivas, reedificadas en el siglo XV y posteriormente. Hubo tiempos en que el monasterio benedictino estaba obligado, por disposición Papal, a sostener hasta doce ermitaños.

Las ermitas fueron destruidas una vez más durante la invasión francesa y algunos ermitaños fueron fusilados. Reconstituidas después, no volvieron a ser ocupadas.

Otro eremitorio cuyos restos pueden aún verse es el que los Carmelitas Descalzos establecieron en el prodigioso valle de las Batuecas, lindando con la desolada región de las Hurdes. Repartidas por las laderas hay restos de numerosas ermitas al pie de viejos cipreses.

La osamenta del que fué templo del monasterio no hace aún muchos años, álzase en lo hondo del valle entre cipreses esbeltos y afilados como no se encuentran en parte alguna de España.

Cerrando el recinto, una esbelta portada (1), con la Virgen del Carmelo en una hornacina, señala la entrada al caminante.

En la Rioja, junto a las Conchas de Haro y en enriscada sierra existe una comunidad de ermitaños camaldulenses en el antiguo monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Herrera que fué fundado en el siglo XII y del que sólo se conserva una parte de su iglesia, alrededor de la cual se agrupan hoy las ermitas de estos monjes cuya Orden fué fundada por San Romualdo en la llanura italiana de Camalduli. Visten hábitos blancos con túnica, escapulario y capa (60-61). Se tonsuran y dejan crecer su barba, dedicándose a la oración y a la agricultura.

II

MONJES Y MONASTERIOS

LOS MONJES EN ESPAÑA

Durante la cuarta centuria la vida eremética en la Península va acentuándose. Los anacoretas se agrupan bajo las más diversas reglas alrededor de iglesias donde ofician sacerdotes. Este principio de vida espiritual queda deshecho a principios del siglo V cuando los bárbaros irrumpen en España arrastrando a la civilización hispano-romana.

Entrado el siglo VI parece cesar el caótico estado y bajo la Monarquía visigoda surgen los primeros monasterios que se rigen por las reglas más diversas, hasta que San Isidoro de Sevilla, siguiendo en lo esencial las reglas de San Benito, trata de encauzar el fervor de las comunidades surgidas en todos los ámbitos de la Península.

Pero es San Fructuoso el que en la desolada región del Bierzo dicta a mediados del 700 las rígidas reglas que fueron capaces de organizar la vida de aquella heterogénea muchedumbre ávida de seguir sus severas predicaciones.

Durante el paso del alud musulmán los monasterios españoles debieron despoblarse de nuevo y en su mayor parte desaparecer. Más tarde, al no pretender los invasores la conversión de los cristianos, fué reanudada otra vez la vida monástica.

Es de suponer, dadas las duras condiciones en que se desenvolvía la grey cristiana, que las edificaciones de aquellos tiempos serían muy húmedas, por lo que no quedaron vestigios de las mismas al ser arrasadas por Abderramán II.

A medida que la reconquista va avanzando van creándose zonas donde la vida religiosa puede ejercerse más sossegadamente, pese a las frecuentes incursiones de los árabes, que a todas partes llegan. Los monasterios van renaciendo con nombres que aun perduran actualmente, y a mediados del siglo VIII sabemos que existían, entre otros, los de Silos, en Castilla; Sobrado de los Monjes, en Galicia; los de Obona y Lavax, en Asturias y Cataluña, y el de San Millán, en la Rioja.

En el siglo IX todos los monasterios españoles, casi sin excepción, adoptan la regla de San Benito. San Pedro de Cardena, Leyre, Ripoll, Samos se cuentan entre los más famosos

monasterios que la Orden benedictina tenía en el siglo x, en el que la vida monástica toma un gran impulso.

Lugar de refugio de la cultura durante la reconquista, los monasterios, protegidos por reyes y nobles, ven aumentar su poder y el de los abades que los regían. En casi toda España van apareciendo las imágenes ocultas por los cristianos durante la invasión. Los hechos sobrenaturales que muchas veces acompañan a estas apariciones dan lugar a la fundación de casas religiosas. Otras veces, la conmemoración de grandes victorias, la proclamación de reyes, los lances afortunados en que los nobles intervienen son sucesos que dan origen a nuevos monasterios. Los monjes evadidos del Sur de España contribuyen también con sus fundaciones al aumento de la vida monástica.

A finales de la décima centuria toda la zona situada al norte del Duero y del Ebro estaba pobladísima de monasterios, y la vida en España ante las necesidades de la reconquista se basa entonces en su organización religiosa.

Comenzado el siglo xi, monjes españoles que regresan de Cluny a San Juan de la Peña y a Leyre introducen en la Península las nuevas reglas.

En el siglo xii, ya muy avanzada la reconquista y muy vigorizada la personalidad política de España en el mundo, el poder monacal adquiere su máximo vigor. Sahagún adquiere un florecimiento extraordinario; en su recinto se acuña moneda, sus Abades nombran Obispos en todo el país, que son en su mayoría monjes cluniacienses; en su grandioso templo, rival de Santiago, disponen los reyes sus enterramientos. Los Abades de Cluny y Sahagún dan el impulso decisivo a las peregrinaciones compostelanas, organizando el llamado camino francés.

Durante esta época de predominio cluniaciense monjes negros extranjeros acuden en gran número a España e influyen de manera decisiva en la arquitectura religiosa, que culmina en el florido postrer románico, del que tan bellas construcciones existen aún en toda la mitad norte de la Península.

En el mismo xii una nueva reforma, la de San Bernardo, monje de Cîteaux, ha de cambiar la fisonomía de la arquitectura religiosa no sólo en España, sino en toda la Europa occidental. La llamada "Carta de Caridad" atiende entre sus reglas a cuanto se relaciona con las edificaciones monásticas, condenando las complicadas decoraciones benedictinas del último período e imponiendo la máxima sobriedad en el ornamento de los templos, claustros y altares, a fin de que los fieles tengan concentrada la atención en sus oraciones.

Estas reglas coinciden con el nacimiento del gótico y conducen, bajo la influencia de los monjes blancos, a la transformación de muchos de nuestros monasterios, cuyas iglesias son ejemplos de la sobria y naciente arquitectura gótico-cisterciense. Así sucede en Leyre, Fitero, Arlanza, Iruzu, Hirache, La Oliva, Santas Creus, Poblet, Las Huelgas, Osera, Santa María de la Huerta, Veruela, Rueda y Piedra, por no citar más que los más conocidos.

Los templos del período románico eran generalmente de reducidas dimensiones, salvo los pertenecientes a grandes monasterios o los levantados para recibir a las grandes peregrinaciones. Los templos de mayores proporciones entre los españoles eran entonces, junto con Santiago, los de Fitero, La Oliva y Sahagún. En el período cisterciense, al ceder el románico su preponderancia al gótico, van naciendo multitud de iglesias de transición, de que se llena España.

Monjes negros y blancos, benedictinos y bernardos, tuvieron, pues, en nuestro país, como en tantos otros, una influencia decisiva en la arquitectura, que no llegaron a alcanzar ninguna de las otras órdenes religiosas, si bien algunas introdujeron ciertas particularidades en sus construcciones.

Un monje bernardo, San Raimundo de Fitero, acude al llamamiento del Rey Sancho de Castilla para defender contra los moros la plaza fronteriza de Calatrava, en trance de ser abandonada por los Templarios, que la habían defendido du-

rante ocho años. El Abad Raimundo consigue levantar un ejército y toma posesión de Calatrava en 1158; tal es el origen de las órdenes militares españolas, nacidas bajo las severas reglas de los monjes cistercienses.

Ya las órdenes militares tuvieron sus precursores en España con los Templarios, a los que son debidos las pequeñas iglesias de planta octogonal, en recuerdo de la del Santo Sepulcro, de la Vera Cruz en Segovia, y las de Eunate y Torres del Río en Navarra.

Premostratenses, franciscanos, dominicos y jerónimos, aun aportando algunos elementos, han influido poco en nuestra arquitectura, si bien tienen en España monumentos notables, como el Monasterio de Aguilar de Campóo, el de San Juan de los Reyes y Santo Tomás, en Avila.

Los cartujos, tratando de conciliar la vida eremítica con la monástica, modificaron muy sensiblemente las plantas de los monasterios, y así las cartujas se caracterizan por sus grandes claustros y relativamente pequeños templos, tal como sucede en dos de las más famosas de España, la de Jerez y la de Miraflores, en Burgos.

Bajo la preponderancia de los monjes blancos, los monasterios benitos fueron siendo absorbidos, pero no desaparecieron totalmente. A fines del siglo xiv se establece la Congregación de Valladolid, a la que se acogen la casi totalidad de los monasterios benedictinos de España, que aceptan la nueva reforma, subsistiendo aún a fines del siglo xvi muchos de ellos, y entre los más famosos, los de Monserrat, Silos, San Millán, Ribas de Sil, Nájera, Hirache, Celanova, Arlanza, Cardena, Samos, Sahagún y Oña. Casi en su mayor parte pertenecen a la época románica, y pocos son los que, como Oña, San Millán y Nájera, tienen partes importantes de estilo ojival, lo que es consecuencia lógica de la decadencia de la Orden a partir del siglo xii.

La influencia mozárabe en los tiempos de la invasión cesa al terminar ésta, y son entonces los mudéjares o moros sometidos los que, al ser empleados en las edificaciones religiosas, influyen sobre su estilo, como se manifiesta en muchos de nuestros templos y en los claustros de monasterios como Guadalupe y El Parral.

El siglo xv hace coincidir el auge del poderío español con el renacimiento en el momento en que el gótico estaba en su máximo esplendor. La vuelta a los cánones clásicos vino a España con un cierto retraso y tuvo su desarrollo en aquellas zonas que más tarde se libraron del poder mahometano y que menos pobladas estaban de monumentos religiosos, y es así como las grandes catedrales neoclásicas se elevan con sus enormes moles en Granada, Guadix, Jaén, Málaga y Cádiz.

No dejó de afectar este regreso al clasicismo a nuestros viejos monasterios, que muchos de ellos vieron renovadas sus fachadas y no pocos cubiertos sus interesantes templos románicos bajo abrumadores revocos renacentistas, sobre todo durante los siglos xviii y xix.

Los más grandiosos monasterios españoles o, por lo menos, los de mayores proporciones fueron finalmente construidos o reedificados bajo el dominio del neoclásico más o menos severo, y sin contar la gigantesca mole de El Escorial, levantada bajo la influencia jerónima, otras edificaciones no tan severas, pero sin duda grandiosas, fueron en su día levantadas, tales como los que transformaron los antiguos monasterios de Sobrado de los Monjes y Osera, hoy lastimosas ruinas.

Tras tantas vicisitudes hubieron de soportar aún multitud de nuevas expoliaciones; pero entre ellas, las debidas a la invasión francesa y a las excastraciones, con su general y vergonzosa almoneda, acabaron con lo más noble en monumentos y tesoros de arte que pacientemente y a través de los tiempos se habían acumulado. Edificaciones, museos monásticos y ricas bibliotecas, en su mayoría bien conservadas hasta el 1835, fueron dilapidadas en cortos años, y en gran parte todas esas riquezas salieron fuera de España. Los edificios, desmoronándose en su general abandono o en su inícia explotación como canteras, fueron aumentando el catálogo de ruinas de nuestra España.

En estos últimos años trata de remediarse el extendido mal: algunos monasterios vuelven a poblarse, reconstrúyense primero las monjas o levántase de nueva planta, porque nada quedó de ellas, y después viene la paciente labor de hacer surgir el claustro de aquel montón de labrados sillares amontonados en confusión; de volver a hacer habitable el templo, tras la reconstrucción de su bóveda. Así van surgiendo nuevamente los de Osera, Iruzu, Leyre, El Parral, Poblet, cartujas de Jerez y Valencia, para no citar más que los que vuelven a la vida más recientemente.

Recorriendo hoy los monasterios españoles, una impresión de profunda desolación y desconsuelo se apodera del visitante, y ninguno de ellos produce mayor consternación que la de los escasos restos del desaparecido monasterio de Sahagún, hace seis siglos centro de poder y de riqueza, todavía existente en el siglo XIX y hoy en un estado tal que sólo por conjeturas puede tenerse una idea de su disposición y arquitectura.

De otros menos infortunados quedan parte de sus edificaciones, casi siempre en abandonadas ruinas, y en raras ocasiones y casi siempre muy tardíamente ha comenzado la amorosa obra de su reparación.

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA

Al pie del pico de San Lorenzo, en la sierra de la Demanda, a caballo entre tierras riojanas y burgalesas, existía ya a fines del siglo VI la ermita construida por San Millán de la Cogolla, según atestiguan en sus poesías Gonzalo de Berceo.

Los discípulos continuaron la obra del Santo y fundaron un cenobio junto a la cueva del anacoreta, donde a su muerte le dieron sepultura. En el siglo XI Sancho el Mayor dispone el traslado de los restos del cenobio de arriba o del Suso al de abajo o del Yuso.

El primitivo cenobio visigodo o mozárabe, que en ello no están de acuerdo insignes arqueólogos, se conserva rodeado de otras construcciones posteriores.

El del Yuso nada conserva de las edificaciones del siglo XI, conjunto de bastas construcciones, no exentas de grandiosidad y belleza, en las que el gótico domina, es hoy monasterio de agustinos, conservando una importante biblioteca (66), sucesora de la muy antigua, en la que una famosa escribanía con diestros artífices rivalizaba con la de Silos en la confección de bellos códices. Lo más importante de las construcciones de San Millán es su hermosa iglesia, claustros góticos y su rica sacristía (67-68).

La Orden de los agustinos, bajo cuya custodia están hoy los monasterios tan importantes como los de El Escorial y San Millán, es una de las de más antigua fundación, y sus reglas sirvieron de base a muchas otras congregaciones. San Agustín, oriundo de África, estableció allí numerosos monasterios a principios del siglo VI. Estos quedaron destruidos por los vándalos, durante cuya invasión murió el Santo. Pasó la Orden a Italia y se extendió por Europa occidental.

Agustinos debieron ser los primeros ermitaños que se establecieron en España, los que más tarde fundaron en Játiva su primer monasterio. Desde dicha época se extendieron por toda la Península. Visten el mismo severo hábito que vistió San Agustín: túnica negra, ceñida con correa, y capucha. Sobre ella, y en actos solemnes, cúbrense con una capa. Todo el hábito es de color negro. (67-68).

Bajo la regla de San Agustín fundáronse numerosas congregaciones de Clérigos Regulares Agustinos, a los que en la Edad Media confióse la defensa de numerosos castillos monacales. Formaron dentro de la Orden una clase, entre cuyas reglas estaba la defensa con las armas de la fe católica, y que ostentaban la denominación de Caballeros Guerreros.

En 1148 la Infanta Sancha, hija de Doña Urraca, entregó a canónigos agustinos la custodia de San Isidro de León y su soberbio panteón real (136).

SAN PEDRO DE ARLANZA

Entre los cenobios benedictinos, uno de los más antiguos es el de San Pedro de Arlanza, situado en un pintoresco recodo de este río, junto a un gran peñasco, con abundantes cuevas, que servían de abrigo a primitivos anacoretas hispanovisigodos, a los que se atribuyen las primeras fundaciones, hoy desaparecidas. En sus ruinas se refugió un día, buscando el descanso, el Conde Fernán-González por el año 912. Reconstruido después, fué engrandeciéndose, llegando a tener en el siglo XIII hasta doscientos monjes. Lo que hoy se contempla son unas lamentables ruinas, muestrario de todos los estilos; una robusta torre de ojivales ventanas; el ábside y los muros de su hermoso templo, cuya bóveda se derrumbó no ha mucho; un claustro herreriano del XVIII, y una portada neoclásica con la imagen de San Pedro a caballo... Esto es lo que queda de uno de los monasterios que con San Pedro de Cardena, primer sepulcro del Cid, en cuyos claustros Almanzor hizo degollar a doscientos monjes, fueron un día los hitos más importantes de la historia de Castilla.

SANTOS DOMINGO DE SILOS

En 1041, Santo Domingo de Silos, evadido de San Millán de la Cogolla, se refugia en Burgos, y sobre las ruinas del antiguo cenobio de San Sebastián levanta otro del que, por fortuna, se conservan el magnífico claustro (36 a 39) y algunas partes de su iglesia, bárbaramente reformada en el siglo XVIII.

Abandonado durante la invasión francesa, fué de nuevo poblado por benedictinos desde 1812 hasta la exclaustración. En esta época desaparecieron del monasterio sus más importantes riquezas, y posteriormente, en subasta pública, fueron a parar a Francia e Inglaterra.

En 1800 se hace difícil en Francia la vida de las comunidades religiosas, y monjes benedictinos franceses entran en el abandonado monasterio; entre ellos figuran arquitectos, que se dedican a la restauración del maravilloso claustro y de las dependencias monacales. A partir de entonces vuelve a la vida el románico cenobio, cuyo escritorio fué un día el más famoso del mundo por los antiguos códices que guardaba y por los diestros miniaturistas que hasta muy entrado el siglo XV trabajaron en él.

Su claustro se reputa como el más bello de todos los románicos existentes en Europa, siendo también el más original e interesante. En un rincón de su galería norte encuéntrase la imagen de la Virgen de Marzo sentada sobre el dorso de dos leones. (37). Es una gran estatua del siglo XIII en la que aún se ven huellas de su antiguo policromado.

SANTILLANA

Santillana, cuyo nombre proviene de la ermita que en el lugar había y que guardaba las reliquias de Santa Juliana, es el más famoso monasterio de La Montaña, cuya existencia data del siglo IX. Sus hermosos ábsides y claustro románicos (93) la han dado renombre entre las más preciadas joyas arquitectónicas de nuestro país. El claustro llama la atención por sus robustas columnas de finísimos capiteles con historias sagradas y original flora de complicadísimo trazado. Rompen la continuidad de la arquería especie de pórticos, en que el ojival apunta.

Las reliquias de Santa Iliana fueron trasladadas al sepulcro que existe en la iglesia al fundarse el primer monasterio benedictino, que a mediados del XII estaba ya convertido en Colegiata.

Del hermoso claustro, sólo tres de los lados se conservan; el cuarto es una vulgar construcción del XV. De estar completo sería, después de Silos, el más bello de España.

SAN PEDRO DE LA RÚA

Otro interesante claustro románico del que, desgraciadamente, no se conservan más que dos de sus lados, es el de San Pedro de la Rúa, en Estella (94), iglesia la más antigua

de este lugar y que data del siglo XI. Tiene columnas pareadas con capiteles muy notables de sabor oriental. En uno de los interesantes ábsides del templo hay una capilla con un Santo Cristo, cuyo arco es sostenido en uno de sus lados por original columna formada por tres enormes culebras entrelazadas de cuyas bocas sale un triple capitel (154).

SANTA MARÍA DEL SAR

El que fué monasterio fundado por el Obispo Munio, que ocupó la Sede compostelana, Nuestra Señora de Santa María del Sar, en Galicia, conserva, junto a su curiosa iglesia de diplomados pilares, una de las alas del que, sin duda, fué el más bello e interesante claustro de Galicia (95). De puro románico compostelano del siglo XII, tiene bellos capiteles de abundante flora que sostiene arquerías de medio punto fuertemente molduradas, como no es frecuente en los claustros del estilo.

Las sepulturas, alineadas dentro del sombrío recinto de esta impresionante ala, aumentan aún lo emotivo del lugar. De haberse conservado completo competiría este claustro ventajosamente con el de las claustrillas en las Huelgas, de Burgos (92), con el que guarda ciertas semejanzas de estilo.

Casi desde sus primeros tiempos pasó este monasterio a ser colegiata, y las sepulturas que en él se conservan pertenecen a los priores que tuvo la misma, canónigos regulares que buscaban el descanso del intenso trabajo de la Sede compostelana en los tiempos de las peregrinaciones.

Hoy Santa María la Real del Sar es un aislado templo parroquial de un modesto suburbio de Santiago.

SAN CUCUFATE

En la ladera norte del Tibidabo, y en el sitio en que fueron decapitados San Cucufate y sus discípulos, se alza el severo monasterio benedictino que lleva su nombre.

Protegido por Carlomagno en los tiempos de la Marca Hispánica, no se libró, sin embargo, de las sangrientas y exterminadoras racias árabes. De la época carolingia existen algunos restos en el ábside. La reedificación del templo a raíz de su última destrucción fué muy lenta, alargándose desde el siglo XI hasta el XIV. Por la turbulenta época en que fué reconstruido tiene exteriormente aspecto de fortaleza más que de templo. Robustas torres y almenados muros, por cuyo camino de ronda se comunicaba el templo con las dependencias monacales que rodean el conjunto del cenobio.

Su claustro (97), el de más puro románico de Cataluña del siglo XI, es también uno de los más bellos y completos de España. Tiene doble arquería. En la inferior, arcos de medio punto descargan en pareadas columnas, cuyos finos capiteles representan escenas religiosas y profanas. En el centro de cada frente enormes machones aumentan la impresión de solidez de este severo claustro en cuyo recinto, no hace mucho, centenarios árboles componían a maravilla un recio conjunto.

Como tantos otros monasterios, San Cugat tuvo en su día riquísima biblioteca, cuyos tesoros se han desparramado y, desgraciadamente, no todos dentro de la Península.

SAN JUAN DE LA PEÑA

Otro de los más antiguos y famosos monasterios es el de San Juan de la Peña. Situado en escabrosísimo lugar de la sierra de su nombre y arimado al cobijo de una gran Peña de granito que protege con su mole al claustro (98), éste no tiene cubierta, por no ser necesaria, resultando la curiosa anomalía de haberse edificado sólo de elementos sustentantes con una pura idea decorativa.

San Juan de la Peña está unido íntimamente a la historia del Reino de Aragón. Fué panteón de sus reyes; fundado por Garci-Jiménez en el siglo VIII, es uno de los más antiguos de España. Dominado ya Aragón por los árabes, este escabroso lugar servía de refugio a huídos solitarios, a los que se unieron caballeros ocultos en la misma sierra. Reunidos en asamblea, acordaron elegir rey para organizar la resistencia a la invasión. Garci-Jiménez fué elegido y coronado después por los ermitaños del cenobio.

Protegido por éste y sucesivos reyes aragoneses, fué engrandeciéndose dentro de lo que el angosto terreno permitía, y a él se acogían monjes y caballeros, unos y otros combatientes por la fe ante los avances de la invasión.

Dos monjes de San Juan que residieron en Cluny introdujeron en el monasterio aragonés la regla reformada, y ello fué el origen de la iniciación de la revolución monástica en España.

La iglesia es de una nave, y tiene su cabecera tallada en la misma roca. Del claustro se conservan dos alas con arquerías sobre bellos capiteles que descansan en grupos de una, dos o cuatro columnas alternativamente, caso excepcional en los claustros españoles.

Comunica con la iglesia el panteón real, donde están las sepulturas de 15 reyes y príncipes aragoneses. Otro panteón, encerrando los sepulcros de los nobles, tiene este monasterio en el atrio, situado a la entrada de la iglesia, singular monumento funerario románico, casi único en su género.

SAN PEDRO EL VIEJO (HUESCA)

Este monasterio fué construido sobre otro mozárabe. En 1096 fué poblado por monjes benitos.

En él se refugió, acogido a la Orden, el Rey Ramiro II que ya había sido monje de la misma antes de ceñir la corona. Actualmente está deshabitado y sirve su iglesia de parroquia.

La iglesia, del siglo XII, severa y sencilla, es una construcción del más elemental románico. El claustro (100-101) es un interesante ejemplar recientemente restaurado con hermosos y riquísimos capiteles hermanos de los de San Juan de la Peña.

SAN ESTEBAN DE RIBAS DE SIL

Por las inmediaciones del pueblo de San Esteban, en las abruptas laderas que por aquellos parajes limitan la cuenca del Sil y entre espesos bosques de robles y castaños, pueden hoy verse las poéticas ruinas de un monasterio benedictino cuya existencia era ya conocida a principios del siglo XII y que más tarde pasó a ser de los monjes bernardos.

San Esteban de Ribas de Sil, con sus tres claustros desmoronándose e invadidos por profusa vegetación, es quizá el más bello monasterio de Galicia. El de la Hospedería, de un orden neoclásico, es una suntuosa edificación de grandes proporciones. El denominado de Los Obispos (96), románico en su cuerpo inferior, tiene sus contrafuertes, crestería y cuerpo superior de estilo gótico. Otro claustro de menores proporciones y de estilo neoclásico completa el soberbio conjunto. La iglesia, única parte que se conserva en buen estado, es parroquia del lugar, tiene ábsides románicos, siendo el resto ojival, con la particularidad de ser sus naves laterales más altas que la central.

SAN JUAN DEL DUERO

San Juan del Suero, en Soria, o mejor dicho, sus ruinas, pertenecieron a un antiguo cenobio de la Orden de San Juan de Jerusalén. Su modesta iglesia, de fines del XII, contiene dos temples a ambos lados del arco triunfal con marcado sabor oriental, lo mismo que el claustro (99), del XII, con sus cuatro ángulos en diferentes estilos. Tiene la singularidad de estar uno de los lados constituido por arcos entrelazados de forma lanceolada sobre pilares cuadrados, único ejemplar de este género en España. Todas estas ruinas respiran un aire oriental, que tiene su explicación en la Orden que lo fundó, tan relacionada con Jerusalén.

SANTO TORIBIO DE LIÉBANA

El que fué importantísimo monasterio benedictino de Santo Toribio de Liébana, encaramado en una alta estribación de los Picos de Europa, uno de los primeros de España, ya que su fundación se hace remontar al siglo VI, refugio un día de los hispanovisigodos ante la invasión árabe, es hoy un conjunto de construcciones casi abandonadas, cuya iglesia, ojival, basilica del XIII, es lo más interesante de cuanto se conserva.

Guarda las tumbas de los dos Santos Toribios, Obispos de Astorga y Palencia, éste último el fundador del monasterio. Fué un gran centro de peregrinaciones que venían a postrarse ante el Lignum Crucis traído por Santo Toribio de Astorga en su viaje a Palestina, que parece ser el mayor trozo de la Santa Cruz existente y que se guarda en hermoso crucifijo-relicario de labrada plata, conservado en monumental templete.

MONTSERRAT

Uno de los lugares en los que la vida eremítica se inició más remotamente en España es Montserrat, donde, según la tradición, un monje fundó un monasterio a mediados del siglo vi. Se conoce mejor la fundación que hizo Wifredo el Velloso, y que data de la novena centuria. Muy posteriores son las noticias sobre la vida de 10 ermitaños, que vivían aisladamente entre aquellas ingentes rocas.

En 1410, el Papa Luna elevó el monasterio a la categoría de abadía, que más tarde fué definitivamente ocupada por la Orden benedictina. Los Reyes Católicos lo reedificaron nuevamente, y el monasterio actual está levantado sobre los cimientos de lo que en dicha época fué construido, siendo el templo de finales del xvi.

Nuevamente sufrió grandes daños durante la invasión francesa; reconstruido pacientemente fué de nuevo abandonado en 1835. En 1862 vuelve de nuevo a restaurarse la abadía y a continuación todos los restantes edificios, tomando el monasterio la forma actual (283).

Hoy, Montserrat es famoso por su milagrosa Virgen, imagen morena del siglo xii (153), su biblioteca, su suntuosa liturgia y por la imponente naturaleza donde está emplazado.

SANTA MARÍA DE AGUILAR DE CAMPÓO

Lamentable y poética ruina es la del monasterio de Santa María de Aguilar de Campóo, cuyo bellísimo claustro (110-111), de no ser sostenido, dejará pronto de existir, pues se desmorona día a día.

Situado en la orilla izquierda del Pisuerga, fué, al parecer, fundado a principios del siglo ix. El Abad Opila con varios clérigos se refugió en aquel yermo, dedicándose a construir el monasterio en los primeros años del xii. Los premostratenses sucedieron a los canónigos, instalándose en él. Muy protegido por Alfonso VIII, adquirió importancia singular.

El claustro, perteneciente al tipo cisterciense, es de triple arquería cobijada bajo apuntados arcos de descarga que apoyan en robustos machones. Los arcos, de incipiente ojiva, apoyan sobre esbeltas y pareadas columnas. Los capiteles, maltratados por el tiempo y por la incuria, son bellísimos y no corresponden a la peculiar sobriedad del estilo.

La sala capitular, de la misma época, sostendría la comparación con la de Poblet de no haber sido maltratada en el xviii para situar en ella el arranque de una escalera renacentista que da paso al coro alto de la iglesia. Esta fué construida sobre otra románica, cuyos restos son visibles, y es ahora una confusión de ruinas, entre las que emergen los restos de abundantes sepulturas.

La invasión francesa y la exclaustración fueron las causas más recientes de esta destrucción que, como en tantos otros casos, ha dejado a España con otro monumento en ruinas.

POBLET

Los monasterios cistercienses de España son los más interesantes de la Península, no sólo por su valor arquitectónico, sino también porque algunos de ellos conservan aún su parte conventual en un estado que permite reconstruir lo que fué un conjunto de edificaciones monacales entre los siglos xii al xiv. Más de medio centenar de monasterios construidos o reedificados por monjes blancos, pueden todavía contarse en España.

En el siglo xiv, la Orden decae, y es un español, Martín de Vargas, el que la reforma, tratando de hacerla volver a las austeridades de la Carta de Caridad de San Bernardo. Con

el nombre de Congregación de la Estricta Observancia se conoce la reforma de Vargas, y por ella se rigen las comunidades cistercienses que aún quedan en España, que radican en Osera, en Galicia; La Oliva, en Navarra; La Espina, en Valladolid, y Cóbrecas, en Santander, a más de Poblet, que ha sido recientemente repoblado por monjes blancos. Existen también otros monasterios femeninos, entre los que el más famoso es el de las Huelgas (86).

Los más interesantes monasterios de arquitectura cisterciense que en mejor o peor estado se conservan en España son los de Poblet, Santos Creus, La Oliva, Las Huelgas, Leyre, Sobrado de los Monjes y Osera.

Poblet (42 a 54) es considerado en conjunto el monasterio más interesante de España, aunque en muchos aspectos el de Santos Creus no le va en zaga.

Tiene una severa iglesia de transición con girola y tres naves; las laterales, según la disposición clásica del Cister, son de crucería. El claustro es un soberbio ejemplar que conserva una de sus alas, la contigua a la iglesia, de puro románico cisterciense, y las restantes de un gótico inicial con reminiscencias románicas en su ornamentación.

Contiguo al ala del Mediodía, un hermoso lavatorio suelta la música de sus surtidores dentro de un templete exagonal semirrománico.

La sala capitular es, con las de las Huelgas y Aguilar, lo más hermoso de su género en España. Biblioteca (35), dormitorio de novicios, refectorio, cocina, bodega, granero y otras dependencias están dispuestas al norte del brazo mayor de la iglesia en la disposición conventual clásica y conservan en buen estado lo esencial de sus fábricas.

Poblet fué fundado en 1149 por Berenguer IV, a cuya época pertenece la nave mayor de la iglesia y ala contigua del claustro. Protegido por Jaime I y Pedro IV, que lo hizo panteón real, se engrandeció rápidamente. Las sepulturas de sus reyes han vuelto a ser restauradas y colocadas sobre los arcos rebajados que dividen los dos grandes pórticos longitudinales del crucero.

Las depredaciones de 1835, cuando ya el monasterio se encontraba en plena decadencia, hicieron sus efectos sobre las magníficas sepulturas, que casi desaparecieron, dispersándose los restos que encerraban. Lo mismo sucedió con las grandes riquezas del magnífico cenobio.

En estos últimos años una paciente reconstrucción ha salvado lo esencial de su arquitectura. Recientemente, monjes bernardos vuelven a ocuparlo, y novicios de toda España comienzan a llenar sus aposentos, restableciendo la sobria liturgia.

La impresión que en su conjunto nos ofrece Poblet, con su recinto amurallado, sus numerosas torres (54) y su monumental puerta de ingreso, es la de un poderoso alcázar más que la de un monasterio, sólo delatado al exterior por un gótico cimborrio del siglo xiv (42 y 56), pues su iglesia carece de torres y campanarios, según era regla de la austera arquitectura del Cister.

El hábito de los monjes bernardos consiste en una túnica blanca, con escapulario y capucha negros (50 y 51). Para asistir al coro y capítulo cúbrense con una amplísima cogulla blanca con capucha y grandes mangas (45 a 48), cuyo vuelo llega con los brazos cruzados hasta las rodillas. Los novicios llevan manto blanco sobre túnica del mismo color. Este hábito solemne y el que visten los cartujos ha sido el motivo de las más bellas creaciones de nuestros pintores y escultores religiosos desde los tiempos en que éstos cincelaban los relieves de las estilizadas figuras de monjes yacentes, que pueden contemplarse en las losas sepulcrales del monasterio de Poblet y de otros muchos.

SANTAS CREUS

Hermano de Poblet y uno de los primeros que en España establecieron los bernardos es Santos Creus, fundado también por Berenguer IV. Fué muy protegido por reyes y nobles, y muy especialmente por Jaime II, que se hizo construir en él bellísimo palacio.

Los primeros monjes blancos que vinieron a Cataluña lo hicieron en 1151, fundando un monasterio próximo a San Cugat. Terminada la reconquista de Cataluña, se trasladaron al de Santas Creus, en las orillas del Gaya. De este monasterio se conserva el arcaico claustro viejo, la pequeña iglesia y el mutilado refectorio. De 1174 es la gran iglesia, de puro y adusto estilo cisterciense, con sus tres sobrias naves y cuadradas capillas absidales. Todos los muros están coronados por recias almenas, y un soberbio rosetón es el único ornato del ábside central, que exteriormente da a un romántico cementerio (55).

El gran claustro (57), muy posterior, es de un finísimo gótico flamígero, con capiteles de una maravillosa labra. Existió, sin duda, anteriormente otro románico, del que se conserva el templete exagonal del lavatorio y la sala capitular, ambos análogos a los de Poblet, pero de más modestas proporciones.

Exteriormente Santas Creus, es una soberbia fortaleza, cerrada por recios y almenados muros, delatándose, sin embargo, su destino religioso más que en Poblet por el gran ventanal gótico del muro hastial del templo.

La primera mitad del siglo XIX fué, como para el resto de la Península, aciaga para Santas Creus, que vió repetidas veces saqueo su recinto y desparramadas todas sus riquezas.

El monasterio sigue aún despoblado, pero una parcial reconstrucción viene salvándolo de su total ruina. Los ocios en España causan una impresión más hondamente poética que este de Santas Creus, con su maravilloso claustro-cementerio, repleto de soberbias arcos sepulcrales en alineados nichos, que llenan toda la extensión de sus muros, sus medio abandonados jardines y el perpetuo silencio en que siempre está sumido.

MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE LA HUERTA (SORIA)

Este monasterio cisterciense fué fundado en 1142 por Alfonso VII quien lo pobló con monjes bernardos.

Como tantos otros monumentos españoles su iglesia, hermoso ejemplar de la Orden, fué emparedada en el siglo XVIII bajo un revoco neoclásico del peor gusto que la oculta totalmente.

Conserva en buen estado toda su hermosa fábrica exterior de sillería y su fachada del más austero estilo del Cister.

El refectorio (34), es la parte más interesante y grandiosa de este monasterio, y por su arquitectura, belleza y dimensiones supera a todos los de España y no es superado por ninguno otro de Europa.

En uno de los lienzos laterales y en el espesor del muro se encuentra la escalera de acceso al púlpito del lector, interesante obra que en otros refectorios como los de Poblet y Rueda encontramos con análoga disposición.

SANTA MARÍA DE LA OLIVA

La Oliva, contemporánea de los anteriores, puesto que fué fundado en 1140 por Garci-Jiménez, que trajo monjes de Cluny para poblarlo, es el monasterio mejor conservado de los de Navarra, ya que los de Leyre e Iruzu son casi un montón de ruinas que se levantan hoy de nuevo por paciente reconstrucción.

La Oliva es famoso principalmente por su grande y robustísimo templo, en cuyo frente hastial una grande y sencilla puerta abocinada y dos rosetones laterales en una poca irrecuente baja posición (58) componen la austera fachada.

El severo templo está totalmente cubierto con bóvedas sobre arcos fajones de reciedumbre extraordinaria. Alguien pretende que este templo es el más antiguo en que se acusa la iniciación más clara hacia lo gótico de la arquitectura religiosa de nuestro país. El presbiterio está compuesto por cinco capillas absidales.

El claustro (59), de época posterior a la iglesia, es uno de los mejores ejemplares góticos. Del primitivo se conserva su sala capitular con la disposición clásica de las del Cister, algo alterada en su frente exterior por la adición de la construcción gótica.

Las edificaciones monásticas, menos afortunadas que las de Poblet, han casi desaparecido, ya que sólo se conservan los arranques de un claustro románico (probablemente del que en este tipo de monasterios tienen su emplazamiento tras la sala capitular). La pequeña iglesia, denominada de San Jesucristo, tiénese por la primitiva del cenobio, y asevérase fué consagrada por siete obispos al regreso de un concilio en 1140, si bien al contemplar sus reducidas dimensiones no parece esto probable.

SAN SALVADOR DE LEYRE

Del histórico y real monasterio de Leyre sólo se conservan sus muy interesantes iglesia y cripta. Alternativamente fué ocupado por monjes blancos y negros, acusando la presencia de los primeros la hermosa nave del templo, y de los segundos, la cabecera más primitiva y la posterior y florida portada románica. En los toscos capiteles de la cripta, que luego se repiten en los de la cabecera del templo, ven algunos influencias carolingias, lo que de ser así explicaría la escasa influencia que esta arquitectura tuvo en España, ya que esta cripta de Leyre demostraría el retraso arquitectónico de nuestros vecinos de la novena centuria.

Grandioso escenario escogieron los anacoretas de la sierra de Leyre cuando fundaron el más antiguo cenobio de Navarra. Leyre, dominado por imponentes picachos, y desde el cual se contempla un amplísimo horizonte, viendo correr a sus pies el Aragón, es, con Montserrat, uno de los parajes en que la obra del hombre queda enmenguada ante la naturaleza que la rodea.

Ya en el siglo IX el mártir cordobés San Eulogio, que visitó Leyre, se hacía lenguas de su ceremonial magnífico. Iñigo Arista lo eligió como panteón real y en él recibieron sepultura buen número de reyes de Navarra. En él se refugiaban reyes y obispos cuando los árabes asediaban Pamplona. Por la azarosa época en que tuvo vida este cenobio de Leyre posee una fuerte arquitectura militar, comparable a las de San Cugat y otros monasterios catalanes.

SORRADO DE LOS MONJES

Aun a pesar de las incursiones de Almanzor, los monasterios de Galicia debieron sufrir menos que los restantes de la Península, dada la brevedad de la ocupación árabe.

Los del camino de Santiago o los muy próximos a él son monasterios de muy vastas proporciones, sin duda exigidas por las grandes hospederías que en ellos había. Pasado el apogeo de las peregrinaciones, era muy difícil el sostenimiento de estas enormes construcciones, lo que sin duda aceleró su ruina, acentuada por ser todos ellos codiciada cantera de contratistas desaprensivos, a los que los gobiernos de sus tiempos dejaban complacidamente maniobrar.

Sobrado de los Monjes (115 a 118), con su hermosa fachada, de un barroco que parece reimportado del colonial mejicano, su espacioso templo y sus claustros, de los que la más profusa vegetación se ha adueñado, es uno de tantos ejemplos, tal vez el más elocuente por las proporciones y grandeza de sus ruinas, de lo que la barbarie, el sectarismo y el abandono han producido en nuestro solar.

Atribúyese su fundación a monjes del Cister, y su primitivo estilo debió ser el románico de mediados del siglo XII, aun cuando probablemente su origen es más remoto. Alcanzó inusitado esplendor en el siglo XIII, en el que poseía en León y Galicia numerosas villas, aldeas, monasterios y hasta puertos propios en las rías próximas. Las ruinas actuales son las de las magníficas construcciones levantadas en el siglo XVII.

En el X lo poblaban aún más de un centenar de monjes; poseía la mayor hospedería monástica de Galicia, con alojamiento hasta para 3.000 peregrinos en derredor del más vasto claustro de cuantos existieron en los monasterios españoles. Los claustros de Las Procesiones y del Jardín también de estilo neoclásico, de más reducidas proporciones, debieron ser bellísimos.

Fundado también por monjes de San Bernardo, el monasterio de Osera es otra obra magnífica, denominada por sus proporciones El Escorial de Galicia. Sólo conserva en buen estado su iglesia, de tres naves y tres capillas absidales de planta cuadrada, siendo uno de los templos cistercienses mayores de España; es de estilo románico transitivo. Contiguo a la nave mayor y en la disposición clásica se encuentra uno de sus claustros, con una magnífica sala capítular (120), que hoy sirve de sacristía, obra probablemente del siglo XV.

Destruído por un gran incendio del que sólo se salvaron iglesia y algunas dependencias, fué reconstruido al estilo clásico durante los siglos XVI y XVII.

LAS HUELGA

El monasterio femenino cisterciense de Las Huelgas (86), famoso en la historia de nuestro país, a más de la portentosa arquitectura, que culmina en su iglesia, sala capítular y claustro románico de Las Claustillas, atesora los sepulcros de numerosos reyes y príncipes y enseña gloriosas de la reconquista, como la de Las Navas.

Fundado a finales del XII, tuvo su abadesa grandes privilegios, y entre sus propiedades se contaba la de 70 pueblos, pues fué protegido por el vencedor de Las Navas, que tiene allí su enterramiento.

Como la mayor parte de los monasterios de la época, estuvo encerrado dentro de un recinto amurallado, del que se conservan algunos lienzos y puertas.

IRANZU

Iranzu, en Navarra, era casi un montón de sillares, que hoy van levantando monjes teatinos, que acometen la paciente obra de reconstrucción, ayudados por la Fundación Príncipe de Viana, de la Diputación de Navarra. Del claustro sólo quedaban parte de sus dos alas románicas, muy apuntaladas (106). Las otras dos, de más frágil gótico, aun siendo más recientes, son un montón de ruinas, de las que sobresalen los arranques de los haces de columnillas de sus grandes pilares. Se conserva su sobria sala capítular y la hermosa cocina. De su gran iglesia quedan en pie los muros y tiene casi totalmente derrumbada su bóveda. Pocos monasterios han sido tan maltratados como éste, primero en los siglos XVII y XVIII por sus propios ocupantes, y posteriormente sufriendo la suerte de todos los de España.

SANTA MARÍA DE EL PARRAL

La primera congregación de jerónimos tiene origen español y fué fundada en 1272 por frailes franciscanos bajo la regla de San Agustín. El primer convento jerónimo español fué el de Lupiana, en Guadalajara. La Orden se extendió muy rápidamente, y bajo la protección de monarcas y nobles prosperaron sus monasterios, siendo algunos tan importantes como los de El Escorial, Yuste, Guadalupe y El Parral. En 1835 quedó extinguida, y no volvió a restaurarse hasta 1925 en el monasterio de El Parral, por iniciativa del entonces Obispo de Segovia.

Hoy ha vuelto la vida monástica a aquellos lugares, y se restaura piadosa y concienzudamente el soberbio monasterio de Santa María de El Parral, volviendo así a nacer en España la Orden jerónima.

Conocido es el origen del monasterio. Juan Pacheco, Marqués de Villena, hizo la promesa de levantarlo por haber salido ileso de un desafío en aquellos lugares. No era muy generoso el Marqués, y las obras avanzaban con excesiva lentitud, hasta que Enrique IV hubo de intervenir para terminarlas en 1494, al cabo de cuarenta años de trabajos. Su hermosa iglesia es de una sola nave, con breve crucero y sobrio estilo gótico, de acuerdo con los cánones jerónimos de la época. Su inacabada fachada (104) muestra sólo los arranques de lo que hubiera sido su portada gótica, los escudos de los Pacheco y la so-

berbia torre, todo ello labrado en una dorada caliza. Su claustro, en reconstrucción, es de un tipo mahometano, que recuerda vagamente al de Guadalupe.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Templo, monasterio, fortaleza y alcázar; así ha sido definido el conjunto de imponentes construcciones que componen el monasterio de Guadalupe, y cuya masa se admira en su soberbio conjunto (74) desde la carretera por la que se llega al monasterio.

Como tantos otros monasterios españoles, tiene su origen en la aparición de una imagen escondida para librarla de profanaciones durante la invasión árabe. A la Virgen aparecida se dedicó una ermita, y en sus inmediaciones se fundó el cenobio, que fué ocupado por frailes benitos hasta que por intervención del Rey Juan I se hizo venir de Lupiana al Padre Yáñez con otros monjes, que completaron las edificaciones, y muy principalmente la iglesia y el claustro.

Guadalupe es un ejemplar único en el mundo. El gran claustro (73) tiene una arquitectura totalmente mahometana, debida sin duda a la influencia de los alarifes moriscos que tomaron parte en su construcción. El templete central es un gótico de ladrillo aplastillado, en el que los mudéjares prodigaron su arte de construir en esta clase de material. Libre de revocos en su parte alta, nos muestra desnuda su estructura, que aumenta así en interés y belleza.

La iglesia, de tres naves, en gótico español, tiene soberbias rejerías y suntuosos sepulcros, dos de ellos debidos al magistral cincel de Egas.

El monasterio de Guadalupe está lleno de singulares riquezas y pasa por ser el primer museo de ropas tales y de magníficos códices, conservados a través del tiempo milagrosamente.

Fuó muy protegido de reyes, sobre todo de Fernando e Isabel y de Carlos I. Nuestros conquistadores lo hicieron lugar de su devoción, encomendándose a su milagrosa Virgen.

Hoy lo ocupan monjes franciscanos (70 a 72), que visten hábito pardo en forma de túnica, con mangas no muy amplias y puntiaguda capucha. Llevan además un redondo cuello del mismo paño; ciñen su túnica con un cordel de nudos. Para algunas ceremonias se cubren con un manto del mismo color.

Esta Orden tuvo su origen en Asís (Italia). A finales del XV, un monje de Guadalupe, de noble familia, el Conde de Benalcázar, fundó conventos en Sierra Morena, sometiéndolos a estrechas reglas, de donde salió la Orden reformada de los franciscanos recoletos, que se extendió a Italia y después a Francia.

LA RÁBIDA

El monasterio de La Rábida, fundado también por franciscanos, es una aglomeración de edificios de escasa riqueza arquitectónica, como es tradición en la Orden, en los que un claustro mudéjar y unas arquerías árabes (69) son las particularidades más interesantes.

Su origen se remonta al 1400, época en la que el Puerto de Palos sostenía activo comercio con Portugal, desde cuyo país acudió Colón a La Rábida buscando el apoyo a sus empresas, que, por fortuna para España, encontró en el Padre Marchena.

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

Jerónimos fueron los monjes que Felipe II puso en El Escorial y que intervinieron en los proyectos del monasterio, según nos relata en sus crónicas sobre las obras y arquitectura escorialense el Padre Sigüenza.

Sería pretencioso añadir algo a lo mucho escrito y discutido acerca del grandioso monumento. Resulta injusto negarle, como hacen algunos, la belleza que su proporcionado equilibrio de líneas y masa representa. Autorizadas opiniones le achacan falta de claroscuro en los enormes lienzos de sus fachadas, sin un solo cuerpo saliente que altere su monotonía. No hay

que suponer que tal recurso fuera desconocido por arquitectos como Juan Bautista de Toledo y Herrera, que sin duda buscaron deliberadamente esta unidad en la composición, que solamente llega a apreciarse en todo su valor contemplando el conjunto del monasterio desde lo alto de la sierra vecina o desde el peñasco denominado La silla de Felipe II (114), en el cual este monarca contemplaba la marcha de las obras.

El patio de los Evangelistas, con su central templete y su jardín de recortado boj, es uno de los trozos de arquitectura más hermosos que han podido componerse. Las equilibradas proporciones de su inmensa iglesia son tales, que casi hacen perder la idea de su magnitud.

La severa majestad del monasterio hubiera requerido una soledad absoluta en medio del grandioso emplazamiento de la sierra, y es lástima que por seguir la orientación clásica de los templos, su fachada no haya quedado mirando hacia Levante, del lado hacia el que caen las vertientes de la montaña, con lo que la impresión del visitante que marcha hacia la sierra hubiera sido mucho mayor.

Bien conocido es el origen del monasterio, erigido por Felipe II para conmemorar la victoria de San Quintín sobre los franceses el día de San Lorenzo. Su mole se levanta sobre un gran rectángulo de cerca de 200 metros en cada lado. Bajo el altar del templo, la barroca cripta de los Reyes de España, y al lado de la epístola, las humildes habitaciones, desde las que desde su lecho podía oír la misa el más grande Monarca de la época.

Comenzóse en 1563 y fué terminado en 1584. Catorce años más tarde, en la pequeña celda junto al altar expiraba el gran Rey. Expulsados los jerónimos en 1835, fué cincuenta años más tarde puesto bajo la custodia de los agustinos.

CARTUJAS

La Orden de los cartujos fué fundada por San Bruno en 1084, en un afán de acentuar la vida contemplativa y tratando de conciliar la vida solitaria con la monástica. En 1163 se estableció en España la primera Orden, fundando el monasterio de Escala-Dei en Tarragona. Durante la Edad Media esta Orden se extendió escasamente en nuestro país, en el que sólo llegó a poseer 14 monasterios.

Arquitectónicamente, los cartujos no traen revolución alguna a la arquitectura monástica, y únicamente necesidades derivadas de sus reglas se hacen notar en las plantas de sus edificaciones. La vida aislada de sus monjes exigía claustros de gran desarrollo, donde poder agrupar las viviendas. Las iglesias, en cambio, podían ser relativamente reducidas, pues solamente se planeaban para alojar en ellas los dos coros: el de los Padres, situado en la parte anterior, y el de los Hermanos, en la posterior, dejando un reducido espacio detrás de este último con destino a los fieles.

En el gran claustro tenía también su emplazamiento el cementerio. Los Hermanos tenían sus celdas en claustro separado.

El claustro de mayor belleza arquitectónica solía ser el de la tertulia, o sea el destinado para conversar los días señalados para ello, cuando la inclemencia del tiempo no permitía el paseo semanal que la regla fija.

En España han existido hasta 22 cartujas. Actualmente las únicas habitadas son las de Aula-Dei, Porta Coeli, Montalegre y Miraflores. Otras renacen de sus ruinas, como la de Jerez, con su claustro gótico, donde se encuentran las celdas y el cementerio (12), y el más íntimo y bello de las tertulias (13). El templo contenía un portentoso retablo con lo más selecto de la obra de Zurbarán, en gran parte malvendida al extranjero. Actualmente vuelve a la vida monástica esta cartuja cuya reconstrucción se ha emprendido.

Tiene una hermosa portada churrigueresca del XVII (11), que se conserva en buen estado. Esta cartuja fué fundada en el XV.

Las celdas de los cartujos tienen cocina, dormitorio, cuarto de trabajo y un pequeño huerto, que ellos cultivan.

De la celda pueden salir sólo tres veces para maitines, coro y misa. Comen aislados, salvo los días festivos, que lo hacen en común en el refectorio.

El hábito consiste en una túnica de fuerte paño blanco, escapulario con capucha también del mismo color. Los costados del escapulario se unen en su parte inferior por bandas del mismo paño. Los conversos visten lo mismo, salvo la forma del escapulario, que es redondo y sin banda de unión (15 a 33).

SANTO TOMÁS DE ÁVILA

Los dominicos o predicadores fueron fundados en Francia en 1210 por el español Domingo de Guzmán, descendiente de noble familia de Soria, y su fin era el de predicar combatiendo la herejía. Poco más tarde el propio Santo Domingo fundó cuatro conventos de la Orden en España, que se extendió luego rápidamente por todo el país. Los monasterios de esta Orden, generalmente góticos de una nave, se caracterizan por su modestia y sencillez.

Una excepción a esta regla es la del suntuoso monasterio de Santo Tomás de Ávila, situado a extramuros de la amurallada ciudad, en la adusta y fría paramera abulense.

De las postrimerías de un sobrio estilo ojival, la iglesia, de una nave, tiene la singularidad de su alto presbiterio, frente a cuya gran bóveda el cuerpo del Infante Don Juan reposa en portentoso sepulcro de alabastro en el centro del crucero de la iglesia.

El claustro, conocido por el de los Reyes, tiene en cada lado doce arcos de medio punto sobre columnas perladas octogonales. En el centro de cada frente gruesos machones alojan puertas rebajadas que dan acceso al jardín (64-65).

A esta Orden se encomendó, en todo el mundo, los asuntos de la Inquisición, de acuerdo con los fines para que fué fundada, de combatir la herejía. Más tarde se asociaron a estos tribunales los miembros de la Orden franciscana. Antiguamente ya en Francia dominicos y franciscanos formaban parte de los tribunales del Santo Oficio.

Los dominicos adoptaron desde su fundación las reglas de la Carta de Caridad, algo modificadas. El hábito de estos religiosos consiste en túnica blanca, sobre la que ponen escapulario del mismo color con cuello y capucha (62-63). Para algunas ceremonias cúbrense con capa negra.

LOYOLA

El Santuario de Loyola (76), que guarda dentro de sus muros el castillo donde nació San Ignacio, es de muy severas líneas, sólo alteradas por el barroco pórtico de la fachada. El templo, de planta circular, responde a la tradición de riqueza y suntuosidad jesuítica, y está cubierto por una gran cúpula de 60 metros de altura. Comenzado en 1689, no llegó a terminarse hasta casi dos siglos después, debido a las vicisitudes por las que la Compañía de Jesús pasó durante tan largo período.

Con motivo de la conmemoración del 450 aniversario del nacimiento de San Ignacio se celebraron en el Santuario de Loyola las consagraciones de novicios jesuitas de todos los colegios de España. Las ceremonias religiosas de la consagración de sacerdotes, ya de suyo solemnes, adquirieron un mayor realce por tan extraordinario número de religiosos. Los pasajes siguientes son los representados en este libro: Ordenación de sacerdotes: En la misa celebrada a una con el Obispo: "Ya no os diré siervos, sino amigos" (78), y en la profesión de la fe: "Creo en Dios l'adre todopoderoso" (79).

CASTILLOS MONACALES

Gran número de castillos de España fueron levantados por los Caballeros Templarios, que entre sus votos tenían el de tomar las armas contra los infieles, para cuyo ejercicio les ofrecía la Península extenso campo.

A partir del siglo XII tomaron parte activa en la reconquista; y junto con los Caballeros Hospitalarios organizaron la protección de los peregrinos de Compostela, tan amenazados por las razias de los musulmanes. En 1314 el Papa Clemente V

ordenó la extinción de la Orden del Temple, que Jaime II de Aragón se apresuró a cumplir. Los castillos hasta entonces ocupados por ellos fueron guarnecidos por las Ordenes militares españolas que les sucedieron, y así, en la mayor parte de los de la Península se encomendó la defensa a las de Calatrava, Montesa, Alcántara y Santiago. De ellas, la primera es la más antigua, siendo su fundador el cisterciense San Raimundo de Fitero, que habiéndose ofrecido al Rey Sancho de Castilla a defender la plaza de Calatrava, abandonada por los Templarios, dejó su monasterio, y acompañado de algunos monjes reclutó un ejército.

La de Montesa tuvo por origen la defensa del castillo de este nombre, situado entre Valencia y Alicante, y que, sustituyendo a los Templarios, ocuparon también monjes del Cister, acompañados de varios caballeros, poniéndolo bajo la advocación de la Virgen de Montesa. Desaparecido casi totalmente en el terremoto de 1748, era el tipo más perfecto de castillo monacal existente en España, con claustros, sala capitular, soberbio templo, refectorio, granero, palacio episcopal y toda clase de dependencias militares entre fortísimos muros, que prolongaban la inaccesible roca. Tras el terremoto, el vandalismo y el saqueo dieron fin a los interesantes restos de esta singular fortaleza religiosa.

La Orden de los Caballeros de Alcántara tuvo su origen en la de San Julián del Peral, que ya existía junto a Ciudad Rodrigo en 1176. En el año 1200 fué conquistada a los moros la villa de Alcántara, y los de Calatrava, encargados de su defensa, la entregaron a los de San Julián en 1219, siendo éste el origen de la nueva Orden.

Los Caballeros de Santiago fundáronse con el principal fin de proteger a los peregrinos compostelanos durante el siglo XI, apogeo de vida en el Camino Francés. Acompañaron frecuentemente a los Caballeros de Santiago canónigos regulares, congregados bajo la regla de San Agustín, y juntos tuvieron a su cargo la defensa de numerosos castillos fronterizos.

Las partes monacales de estos castillos-monasterios eran muy importantes, como podemos formarnos idea al contemplar las ruinas de los menos maltratados, entre los que se cuentan los de Loarre y Montearagón, en Huesca. En la misma provincia, el castillo colegiata de Alquézar (103) nos ofrece aún un conjunto interesante de castillo monacal, situado sobre inaccesible peñón. Tiene un claustro de planta casi triangular (102) obligada por lo limitado del emplazamiento, y en uno de sus frentes se conserva aún una interesante arquería románica.

En 1069 fué reconquistada a los sarracenos por el que luego fué Prior de su colegiata agustiniana. El templo actual es una hermosa construcción gótica de finales del xv, en la que se conservan algunos restos románicos.

Muchos otros castillos españoles encierran construcciones religiosas en su recinto, consecuencia de la época en que fueron levantados, en la que monjes, clérigos y caballeros combatían juntos por la fe y guarnecían las fronteras largo tiempo estabilizadas durante la prolongada gestación de la reconquista.

Calatrava, Loarre, Montearagón, Ponferrada, Monterrey, Peñíscola, Alcalá la Real, San Pedro de Roda son, entre otras muchas, las fortalezas monásticas que se conservan, aun dentro de su general ruina, en estado que aun permite darse cuenta de lo que fueron aquellas imponentes construcciones, mezcla de castillos y de monasterios, que tan importante papel desempeñaron en el transcurso de nuestra Edad Media.

COVADONGA

En el sitio en donde desembocan los más intrincados valles que dan paso a la laberíntica cantábrica tratando de esquivar la pétrea masa de los Picos de Europa, escogieron su refugio godos e hispanos barridos por la marea árabe que llegaba hasta el pie de los colosales escarpes. El descendiente de Don Rodrigo tenía mucho que vengar, y elegido Rey esperó la ocasión propicia. No tardó en ofrecérsele en los estrechos valles del Deva, donde los ríos desbordados aumentaron la hecatombe que los cristianos causaron a las huestes musulmanas.

El concurso de la naturaleza fué atribuido a la milagrosa imagen que Don Pelayo había depositado en una cueva, y

ésta fué en adelante centro de veneración en aquellas montañas. Santuarios y monasterios, que en remotas épocas allí se edificaron, fueron destruidos por diversas causas, y sólo se conservan escasos restos de las edificaciones antiguas, ya que tanto la capilla de la gruta como el santuario actuales (148-149) son de reciente construcción.

III

LAS PEREGRINACIONES

Santiago, según la tradición, llegó a la Bética en una nave de mercaderes. Desembarcó cerca de Itálica, tomó el camino de Mérida, desde donde fué a Galicia, visitando Iria, a orillas del Ulla, donde permaneció algún tiempo ocupado en sus predicaciones. En Padrón se venera el lugar donde el Apóstol predicaba.

Desde allí, y siempre predicando, marchó a Varía, la hoy Varea, cerca de Logroño, hasta donde el Ebro era entonces navegable para las almadías y pequeñas embarcaciones, en una de las cuales bajó hasta Cesaragusta (Zaragoza). Ocupado allí en su santa misión, se le apareció la Virgen sobre una columna para infundirle la fe tan necesaria en su tarea. Desde aquel momento el Apóstol con los discípulos que le acompañaban se dedicaron a levantar un santuario donde quedara encerrado el pilar sagrado.

La fama del santuario se extendió entre los cristianos, que continuaron engrandeciéndolo en sucesivos siglos, y cuando fué demolido para levantar el nuevo templo actual era una importante iglesia con notables retablos y ricas jererías en la que la Santa Capilla estaba alumbrada por cerca de 100 soberbias lámparas.

En 1681, el Cabildo, considerándolo sin duda incapaz para poder contener a la creciente muchedumbre de las peregrinaciones que a él acudían, encargó a Herrera el Mozo el gran templo, de estilo neoclásico, en el que cobijar la Capilla de la Virgen, que proyectó y ejecutó Ventura Rodríguez.

Es un edificio de grandes dimensiones, no exento de grandiosidad. Lo cubren 11 cúpulas y fué proyectado con cuatro torres, de las cuales las dos del lado norte quedaron inacabadas (146). Mediante cuantiosas limosnas y la venta de parte del tesoro logró terminarse el templo en 1872, en que tuvo lugar imponente peregrinación. La imagen de la Virgen, colocada en la misma columna en que apareció a Santiago, lleva siempre riquísimos mantos, que son donativos de sus más fervientes devotos (147).

De las predicaciones del Apóstol en Galicia se conservan tradiciones a las orillas del Ulla. En lo que fué populosa Iria Flavia son veneradas unas penas entre las que el Apóstol permaneció escondido algún tiempo y en las que predicaba. En ellas se levanta hoy una cruz y a sus pies ha sido colocada una imagen de Santiago (138). En las inmediaciones se levantó un venerado santuario. No muy lejos, en el mismo Padrón, la antigua Iria Flavia, existe una fuente que la tradición afirma hizo brotar el Apóstol, en recuerdo de lo cual se ha cubierto por un monumento con su imagen y un relieve representando la llegada de su cuerpo en la milagrosa barca.

Refiérese en las crónicas que ésta llegó a Iria, donde amarró a un poste de piedra de los que allí había con este objeto y que se denominaban pedrones, del cual proviene el nombre del actual Padrón. Sobre el lugar donde estaba el poste se levantó una iglesia, hoy parroquia, bajo cuyo altar puede verse el antiguo pedrón.

Conocida es la tradición según la cual el cuerpo del Apóstol fué transportado desde Iria Flavia en un carro tirado por dos fieros toros, los que se amansaron al uncirlos. Una vez que atravesaron el Tambre por un puente, éste se hundió para librar la sagrada carga de la persecución de sus enemigos, siendo enterrado al fin en el Monte Sacro.

La tormentosa época de guerras, invasiones y persecuciones cristianas hizo que el lugar del sepulcro permaneciera oculto en los primeros siglos. La revelación del lugar acaece a principios del ix. Una misteriosa luz parpadea sobre el Monte Sacro. Un monje percibe el celestial mensaje y avisa al Obispo de Iria, se excava la cima del monte y aparece la sepultura con el cuerpo del Apóstol y a los lados sus dos compañeros.

Pronto un santuario rodea el lugar y junto a él se funda un monasterio. A fines del siglo ix, Alfonso III hace levantar una basílica, que las crónicas de la época describen magnífica. Las incursiones normandas y las razias de Almanzor dieron cuenta de ella y de la inmediata ciudad, que se vió saqueada e incendiada. Únicamente el sepulcro y un monje guardián fueron respetados.

El Obispo Gelmírez fué el alma y el cerebro del templo presente, obra cumbre de la fe cristiana en aquellos tiempos. Comenzado en 1075, fué terminado en 1128, tras frecuentes interrupciones de actividad.

La Puerta de las Platerías, cuyo maestro, de nombre ignorado, dejó sus huellas en diversos templos de la ruta compostelana desde Tolosa a Santiago, es la única que se conserva de las varias románicas que tuvo.

El Pórtico de la Gloria (141) (pie de la lámina erróneo), pertenece a una época posterior, ya que fué levantado entre 1158 y 1188 por el maestro Mateo, que realizó en él la obra maestra del arte románico de todos los tiempos. Esta obra hizo escuela, sobre todo en Galicia, donde ya en pleno apogeo del gótico, seguía imperando la tradición románica, produciéndose obras tan bellas como la catedral de Orense con su Pórtico del Paraíso (142-143), imitación servil del de la Gloria.

En los últimos siglos, diversas construcciones han sido agregadas exteriormente al soberbio templo, ocultando así su característica silueta románica, sobre todo por la parte de sus ábsides, y ya en el xviii se levanta la gran fachada barroca del Obradoiro (137), sinfonía de piedra que por sí sola haría que perdonáramos al estilo todas sus extravagancias.

Rodeado de barroca decoración está el altar con el busto, románico, del Apóstol. El altar es de plata, ostentosa obra de finales del xvii (139). Tras el altar la escalera para bajar a la cripta, en la que se guardan las reliquias en rica urna de plata.

Desde que en el siglo ix fué descubierto el sepulcro del Apóstol, la España cristiana que se debatía en los albores de la reconquista tomó a Santiago como estandarte de su fe, y Compostela se erigió en rival de Córdoba.

Las peregrinaciones comenzaron desde toda Europa. En los primeros tiempos, llenos de incomodidades y de riesgos, servíanse de las rutas de la costa para librarse de las embestidas de los árabes.

Es durante el apogeo cluniacense, época del florecimiento de Sahagún, cuando las rutas desde Francia a través del Pirineo se organizan, gracias a la inagotable actividad de Hugo, el Abad de Cluny, que gobernó 200 abadías de monjes negros durante más de sesenta años de su dilatada vida. Creáronse hospederías, hospitales, monasterios. Fundáronse hermandades para vigilar los caminos, creóse, en fin, la complicada organización que con todo detalle refiere el Código Calixtino.

Desde diferentes puntos de Francia convergían tres rutas hacia Ostabat, que se unían en Cize, para pasar los Pirineos. Otra los pasaba por Canfranc y Jaca. Las dos se reunían en España en Puente de la Reina, levantado para facilitar la marcha de los peregrinos por la esposa de Sancho de Navarra. Luego seguía por Logroño, Nájera, Santo Domingo, Burgos, Fromistá, Sahagún, León, Astorga, Ponferrada y entraba en Galicia por caminos sembrados en sus inmediaciones de monasterios con gigantescas hospederías, como los de Ribas de Sil, Sobrado de los Monjes, Osera y otros muchos hasta llegar a Santiago.

Era una ruta internacional, un camino del mundo, por el que discurrían reyes y nobles, obispos y monjes, penitentes

humildes y artistas trashumantes que traen los modelos arquitectónicos del Norte y llevan las réplicas compostelanas. Por esta ruta jalonada de monasterios transitaron durante la Edad Media peregrinos del mundo entero; por ella pasaron los Ramiro, Ordoño y Alfonso, Santo Domingo de Guzmán, San Luis, Rey de Francia; San Francisco, los Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II, otros reyes de Jerusalén y Antioquía, San Vicente Ferrer, el Gran Capitán y multitud de otros personajes que venían a postrarse ante el Sepulcro. Ante la gran basílica no había idioma ni dialecto que dejara de entender sus voces. Todos contribuían con sus aportaciones a levantar el nuevo templo sobre los restos del que Almanzor destruyera. Nuevas campanas hubieron de sustituir a las que el guerrero musulmán hizo transportar a la mezquita de Córdoba a hombros de cautivos cristianos, y así surgió el nuevo templo que la cristiandad levantaba como un reto al poder de los califas cordobeses. Era preciso un ideal para impulsar la reconquista, y Santiago fué el caudillo de la cristiandad en aquellos años de largas y heroicas luchas.

Las peregrinaciones tuvieron una influencia enorme en la arquitectura religiosa de la Península, irradiando el románico por León y Castilla, y así vemos hoy los pequeños templos de aquella época contruidos bajo una inspiración semejante. Las condiciones del duro clima imponen un nuevo elemento que las ha hecho características: el atrio, que generalmente cubre sus fachadas de Mediodía para servir de abrigo a los fieles y Concejos que en él se reunían. A veces este atrio se extiende a dos o tres fachadas. Así vemos gran número de interesantes iglesias de las provincias de Soria, Avila y Segovia (109).

En lugares en que la piedra escasea es el ladrillo el que da lugar a un peculiar estilo exclusivamente nacional con sus ábsides y muros cuajados de arquerías que decoran y aligeran las fábricas y sus enormes torres a modo de linternas levantadas sobre los crueros de los templos, tal y como hoy los vemos en Sahagún, Cuéllar, Olmedo y Arévalo (269).

No fueron sólo iglesias modestas las que, fuera de Santiago, se levantaron por nuestro suelo en la segunda mitad del xii. Otras influencias venidas de Oriente y que entraban en España por las rutas del Ebro y el Duero influían sobre el estilo de grandes templos, como los de Toro, Zamora y Salamanca, originando las grandes cúpulas sobre arquerías con que iluminar sus crueros. La catedral vieja de Salamanca (129) es, probablemente después de Santiago, el monumento románico de mayor interés que se ha levantado en España y que conserva absolutamente intacta su gran linterna bizantina, cuya cúpula, cubierta por tejado de piedra con decoración de escanías, descansa sobre un doble cuerpo de hermosas arquerías. Hacen aún más magnífica esta decoración cuatro redondas torrecillas y otros tantos triangulares pináculos colocados entre ellas.

RONCESVALLES

Los tres caminos que por Francia seguían los peregrinos que marchaban a Santiago y que se unían en Ostabat, al pie de los Pirineos, siguiendo la antigua vía romana de Burdeos a Astorga, pasaban por el puerto de Ibañeta, a cuyo pie se encuentra Roncesvalles.

En Ibañeta encontraban los peregrinos la capilla llamada de Carlomagno y al pie del puerto, junto a un santuario, el gran hospital.

Refiérese que los peregrinos eran sometidos a toda clase de vejaciones en aquella bárbara Edad, y que para protegerlos se creó una hermandad que adoptó como distintivo una cruz verde, cuyo brazo es al mismo tiempo báculo y empuñadura de espada.

El antiguo santuario es hoy colegiata, regida por una congregación de 12 clérigos bajo la regla de San Agustín y entre los cuales se nombra el Prior. Estos clérigos llevan sobre las ropas talaras la antigua cruz verde.

Exteriormente, Roncesvalles presenta el aspecto de una maciza casa fuerte (150). Tenía un soberbio claustro gótico que se hundió bajo el peso de la nieve en aquel duro clima, y aleccionados sin duda por el desastre edificaron el actual

de pesadas ojivas y recios contrafuertes sin concesión alguna a las filigranas góticas, y que más parece patio de armas de una fortaleza que claustro de un monasterio. La colegiata es de un fino gótico del XIII con tres naves y ábsides de rasgados ventanales, espléndido triforio y calado rosetón en el hastial. Es un prodigio de diaphanía y equilibrada belleza.

En ella se venera la famosa Virgen (152), bella imagen de plata, cuya aparición, dice la leyenda, fué debida a un ciervo cuyas astas resplandecientes sirvieron de guía a los pastores, que la encontraron bajo un arco de piedra.

Hoy la colegiata, situada en medio de los bosques más hermosos de España, ha restaurado su bella iglesia. Aun se conserva la románica capilla de Santiago, el silo donde se enterraba a los peregrinos y donde aseveran se guardaron los restos de los Caballeros de Carlomagno cuando la rota de Roncesvalles.

En lo que fué sala capitular, convertida en capilla y en un gran sepulcro de piedra, se guardan los restos del Rey Sancho el Fuerte, uno de los vencedores de Las Navas, cuya estatua yacente, que por su tamaño justifica el apodo de *aquel Rey*, cubre la losa sepulcral.

En las fiestas solemnes, la Escolanía de Roncesvalles entona sus cánticos a la venerada imagen de la Virgen (151-152).

EL HOSPITAL DEL REY (BURGOS)

Entre los hospitales que aún subsisten de la época de las peregrinaciones, aunque naturalmente muy transformados en sus edificaciones, se encuentra el Hospital del Rey en Burgos.

Fué fundado por Alfonso VIII después de la derrota de Alarcos en 1195 y adscrito al Monasterio de las Huelgas.

El cuidado del Hospital fué puesto bajo siete Comendadoras que vivían en clausura y usaban traje monjil con cruz de Calatrava en el pecho que les daba apariencias de señoras medievales.

Estas comendadoras (85) han subsistido hasta hace pocos años en que fueron sustituidas por Hermanas Hospitalarias.

LOS CRUCEROS

Aún se celebran en Roncesvalles las peregrinaciones procesionales iniciadas en el siglo XII y que, después de largos eclipses, vuelven a retornar por todos los valles de los contornos.

Primitivamente fueron organizadas por las antiguas cofradías que creó el Obispo de Pamplona en 1132. Estas cofradías, que alguien pretende son las primeras del mundo cristiano en la Europa occidental, se propagaron en seguida por toda Europa. El fin principal que perseguían era el de allegar fondos para sostener el hospital de peregrinos de universal renombre en la Edad Media, durante la cual fueron muy poderosos.

Un ejemplo de este poder es la formidable fachada de la iglesia del Santo Sepulcro en Estella (119), levantada por una hermandad de comerciantes de la ciudad en la Edad Media.

Todavía en el siglo XVI conservaban su fuerte organización en todos los valles que se extienden hasta unas ocho leguas en derredor del santuario. Al decaer el monasterio fueron desapareciendo.

Las pocas que aún persisten conservan el antiguo espíritu de penitencia y acuden en largas procesiones a la colegiata el día anterior a Pascua de Pentecostés vestidos con túnicas negras, cubierto el rostro y cargados con pesadas cruces de rollos troncos de haya (204-205), recorriendo en ayunas 30 ó 40 kilómetros para confesar y comulgar ante la Virgen.

Desde todos los valles las procesiones acuden a un lugar determinado, donde, reunidas, forman interminable caravana, llegando al monasterio en las primeras horas de la mañana. Terminada la ceremonia, regresan bajo la pesada carga los vecinos de los valles de Burguete, Espinal, Arce, Aezcoa y Erro.

IV

MÍSTICOS PARAJES.—SILENCIOSOS RINCONES.—HUMILDES SANTUARIOS

Junto a Peñas Grajeras, donde el Eresma y el Clamores se reúnen después de modelar la roca en que se asienta el Alcázar segoviano, ha fundado en 1586 San Juan de la Cruz un convento de descalzos habilitando el que una Orden de trinitarios había abandonado.

Peñas Grajeras son unas estériles rocas, que los dos ríos unidos logran romper en su carrera hacia el llano, y por las que trepa la carretera que conduce a Zamarramala. Al pie de tanta peña estéril hay unos rellanos, donde el río hace brotar huertecillos amables en los claros de una fronda de corpulentos árboles. Pronto el viejo convento queda estrecho, y el Santo Místico compra, doce años más tarde, las mismas peñas.

En ellas hay una cuevecilla que mira al Mediodía y de la que el Santo había hecho su morada mientras el convento cobraba nueva vida. Sobre la loma que domina la cueva sus manos edifican modesta ermita, y a su lado planta el compañero inseparable, un ciprés, que al cabo de los años puede aún contemplarse apuntalado y carcomido (268).

El amplio boquete de la cueva encuadra el panorama de la ciudad, que se extiende por alargada loma y destaca su mística silueta sobre el fondo de la nevada sierra. Finaliza el XVI, y una serie de iglesias románicas salpica la ladera, destacando entre el apretado caserío; San Esteban, con su alta y bizantina torre; más abajo, la Vera Cruz, que los Templarios levantaron; en lo alto, las torres románicas de San Andrés, El Salvador y San Justo. Repartidas por toda la ciudad, las de San Martín, San Juan de los Caballeros, San Agustín, San Lorenzo, San Millán y hasta cerca de veinte templos románicos, que parecen formar el pedestal de la colina donde un Gil de Hontañón ha dejado al morir casi terminado el poema de piedra dorada de la catedral dominándolo todo.

Poco ha cambiado desde los tiempos de San Juan de la Cruz el panorama que desde la cueva que sirvió de morada al Santo ofrece la mística ciudad. El la ladera de las peñas y en el mismo convento que el Santo levantó guárdanse hoy sus restos en suntuosa sepultura.

Por el lado opuesto, hacia Mediodía, otros panoramas cautivan nuestra atención. Desde la ermita de la Piedad y entre las cruces del calvario, es nuevamente la catedral la que destaca su arquitectura (126). Hoy la torre ya no ofrece la esbelta silueta de antaño desde que hace tres siglos perdió su gótico remate, calcinado por el fuego, y fué levantada la redonda cúpula que ahora contemplamos.

Poco frecuente es en España el situar los cementerios junto a las parroquias. En los humildes lugares gallegos, donde la organización parroquial tiene tanta importancia; donde la población no vive agrupada, sino que se disemina por todo el campo, el cementerio se cobija junto a la humilde iglesia. Salpicando los campos de Galicia, el cruceiro, la pequeña iglesia parroquial y el camposanto (274) están siempre unidos y acentúan la poesía de su verde paisaje.

En muchos pueblos castellanos son los lienzos del derruido castillo los que encierran en su recinto el cementerio; así es

en Brihuega (273), sobre la meseta de la Aicarria, al borde del Tajuña. Otras veces la parroquia es la antigua capilla del castillo, y en su patio de armas apríetanse las sepulturas; tal ocurre en Garcimuñoz (275), donde una humilde espadaña, con su campana, corona uno de los cubos de su gran fortaleza.

Los santuarios y ermitas se encaraman sobre los cerros de España. A ellos se asciende por penoso calvario para llegar al venerado lugar. Los de Andalucía suelen ser claros y rientes, como el de la Virgen de Gracia, en Carmona (276), y el de Nuestra Señora de la Estrella, en Villa del Río (272).

A veces son alardes populares del barroco, como ésta de la Virgen del Perpetuo Socorro, en Antequera, con sus filigranas de ladrillo sobre enjalbegado fondo y su tejadillo de vidriadas tejas (271).

En Levante, son las blancas capillas remate de calvarios, jalonados por milenarios cipreses.

Por la Mancha y Castilla la Nueva son humildes construcciones de tapial, frecuentemente adosadas a la cueva del cerro en que acaeció la milagrosa aparición, tal como en la ermita del Santo Niño, junto al pueblo de Laguardia.

En la Vieja Castilla, el pórtico de la ermita sobre pilares de piedra ofrece al Mediodía abrigo al caminante.

En Navarra, el pequeño santuario es un remedo de iglesia gótica, que se cubre de lajas de piedra señalando las bóvedas (282).

Los pequeños templos que en plazas y callejas se esconden en todas las ciudades y pueblos españoles suspenden vuestro ánimo, componiendo los más evocadores lugares. Tal es el que, subiendo por la empinada y blanquísima calle de Arcos, encontráis como una dorada aparición al tropezar repentinamente en un ensanchamiento de vuestro camino con la iglesia de Santa María (280), cuyos arcos botatares descargan sobre las construcciones del lado opuesto de las callejuelas circundantes, y dan a Arcos el curioso aspecto origen de su nombre. Y también la filigrana de ladrillo de la capilla que en Carmona compone una deliciosa plazuela del pintoresco pueblo (276). O el conocido rincón de la recatada Plaza del Cristo de los Faroles, en Córdoba, con el blanco convento que le sirve de fondo como una sabia composición escenográfica (278). Y el templo, adosado al que fué castillo árabe, con su puerta de acceso en lo que fué uno de sus torreones, cuyas almenas se han metamorfoseado en graciosos pináculos. Todo deslumbradoramente encajado, brindando al sol la filigrana de sus juegos de luces (270).

Y en Valderrobres, al remate de la empinada callejuela, la gótica portada y el calado rosetón del gótico templo, que se ampara junto a la mole de su castillo (277). Y la silenciosa calleja que entre cipreses os conduce en Morella al soberbio templo de Santa María, de doble entrada gótica, que diestros canteros, padre e hijo, labraron en porfiada competencia (281).

V

LAS CATEDRALES

A medida que la reconquista se va afianzando, el poder monacal va disminuyendo y los abades dejan paso a los obispos. El monasterio ya no es el refugio tan necesario a la cultura, ni el templo ha de servir tan sólo para los oficios de la comunidad. Las ciudades van engrandeciéndose y las iglesias han

de cobijar al pueblo. Es a principios del siglo XIII, a raíz de la victoria de Las Navas, al no quedar duda alguna sobre el predominio cristiano, cuando los obispos toman parte importante en el trazado de las grandes catedrales; es el momento a partir del cual el poder episcopal domina sobre el monacal.

Ya el gótico había sido importado a España por los monjes del Cister, y en nuestro arraigado románico se iniciaba la evaluación, cuando fué levantada la soberbia catedral de Tarragona, último gran templo románico construido entre 1193 y 1287. Estas dos fechas quedan perfectamente definidas por su ábside, fuerte cubo con almenas y matacanes, preparado para la defensa, y su hastial de purísimo gótico, cuajado de imaginaria (135). Eran aún el Cister, con su sobrio estilo, el que dejaba sentir su influencia, y a él pertenece el bello claustro (108) que en el ala norte acompaña a este severo templo de majestuosas proporciones, sin par en el románico español, fuera de Santiago.

También segiores del Norte habían traído a España el ojival, y en plena construcción del templo tarraconense, hacia 1221, comenzaban las obras de la catedral de Burgos (123), cuyo purísimo gótico queda hoy casi oculto exteriormente por la pompa del flamígero y del plateresco y bajo el cúmulo de construcciones con que fué rodeada. Aún no han surgido las finas estructuras del templo de León. El de Burgos es de robustos pilares (125) y de sólidos muros, con sencillos arbotantes y contrafuertes. Terminada en 1250, su ejecución fué prodigio de celeridad. Muy posteriores, del siglo XV, son las caladas flechas con que Juan de Colonia remató sus torres. Desdichadamente, en el siglo XVIII la puerta de su hastial fué modificada, colocándose las vulgarísimas actuales, sustituyendo a otras de rica imaginaria. Entre todas las riquezas de su ornamentación plateresca sobresale la magnífica linterna, rematada de góticas flechas (124), que cubre el crucero.

Junto a la cabecera del templo, a principios del XIV, los clérigos de la catedral vivían sin duda en congregación, y a ello se debe la construcción del claustro gótico de dos plantas, que con el de Pamplona (105) son los más bellos ejemplares de su género en España.

Al mismo tiempo, pero mucho más lentamente, venía elevándose el templo de León. La casi totalidad de su prodigiosa fábrica fué levantada en el transcurso de tres siglos, entre el XIII y el XV. Obras posteriores han prolongado su construcción mucho más tiempo. A pesar de ello, es el templo español de mayor pureza y unidad de estilo. De aérea estructura, diáfano y sutil, espiritualización inverosímil de la materia, es, con el de Amiens, la obra más atrevida del arte gótico. Sus grandes y rasgados ventanales unen en su base a los del calado triforio, suprimiendo totalmente los muros. Dobles, airoso y atrevidos arbotantes refieren los empujes a esbeltos pilares, que prolongan los finos contrafuertes de las naves bajas, y toda la estructura, con su sabia organización, nuéstrase completa, sin aditamentos que la oculten (121).

Sus hastiales están poblados de rica imaginaria, que culmina por su riqueza en el soberbio pórtico de la fachada (135).

Con menos fortuna el soberbio templo de Cuenca se encuentra hoy exteriormente casi oculto, sobre todo por la parte de sus ábsides, tapado totalmente por abigarrado conjunto de construcciones levantadas sobre las rocas en que la catedral está cimentada.

De finales del XII es la cabecera de la catedral de Avila, singular construcción religiosa y militar, que exteriormente es un fuerte cubo de sus murallas y por su interior se resuelve en una doble e interesantísima girola. El resto del templo es un construcción gótica del XIV levantada bajo la influencia del templo leonés (131). Entre sus dos fuertes torres (130), una inacabada, levántase una portada mezcla de gótico y plateresco que no corresponde al valor de la situada en la fachada norte.

Esta singular catedral-fortaleza con su almenada torre y su fuerte cubo defensivo es un elemento esencial en el recinto amurallado de la ciudad, a cuya defensa contribuía eficazmente.

No todo era en nuestro gótico modelos importados, al mismo tiempo alzabase la catedral de Toledo, en que el genio español asimilaba a su manera los modelos franceses.

Pocos templos de Europa le aventajan en magnificencia y riqueza. Sus cinco naves y doble girola apoyanse en robustos pilares. Numerosas capillas alójanse entre los grandes contrafuertes, que en sus remates reciben por fuera el empuje de simples botareles.

Su fachada oeste (122) decórase con triple portada de abundante imaginería y su única torre, de muy movida arquitectura, con robustos contrafuertes en sus ángulos, levanta su característica silueta, rematada en aguda flecha, sobre la colina por la que Toledo extiende su abigarrado caserío.

Su construcción dió comienzo reinando Fernando III, y por iniciativa del Obispo Jiménez de Rada, en 1227, terminándose totalmente a finales del xv, siendo con León la de más lenta construcción de todas las españolas.

Durante el siglo xv, las nuevas aportaciones extranjeras de artistas traídos por nuestros reyes, como los Colonia y Egas, de una parte, y de otra, las de los artífices mudéjares que tanta influencia llegan a tener en las artes españolas, se introducen en el gótico español y conduciéndole a excesos decorativos relegan a segundo término las esenciales normas constructivas, iniciando su decadencia no sin producir magníficas obras, como San Juan de los Reyes, la Capilla del Condestable en Burgos y San Gregorio en Valladolid, por no citar más que las más características.

Sin embargo, el gótico españolizado, nacido muy tardíamente, no se resigna a morir, y en pleno xvi, ya en la decadencia del estilo, las magníficas catedrales de Salamanca y Segovia (126 a 128), obras culminantes de los Gil de Hontañón, saben conservar su pureza y sobriedad, dentro de las normas clásicas en Segovia, y con originales soluciones en Salamanca, última manifestación de un magnífico gótico nacional que el Renacimiento, de nuevo imperante, ahogó en germen.

Sin filiación determinada levantóse entretanto el colosal templo de Sevilla, una de las mayores obras que ha erigido en el mundo la fe cristiana, junto al orgullo de la Giralda que el árabe levantó en rememoración de su victoria de Alarcos (132-133).

VI

COFRADÍAS Y PROCESIONES

SEVILLA

Las más famosas Cofradías de España, son, sin duda, las de Sevilla. No son las más antiguas, puesto que su fundación coincide con la conquista de la ciudad por San Fernando en el año 1248, mientras las Hermandades que se fundaron en el norte de España para protección de los peregrinos datan, según parece, de 1132. De la del Santo Entierro, que parece ser una de las más antiguas, el Rey San Fernando fué el primer Hermano Mayor. En 1340, nace la primera Cofradía de Penitencia fundada por el gremio de hortelanos, que fué la Cofradía del Silencio.

Se trataba en esta época de Hermandades Gremiales con fines de asociación y humanitarios. Las Cofradías con fines procesionales son muy posteriores y datan todas del xvi, aunque son casi siempre transformaciones de Hermandades mucho más antiguas. Así vemos que fueron formadas por gremios de hortelanos, cocheros, navegantes, toncleros, cigarreras, esclavos, etc. Entre sus fines los hay muy distintos y siempre humanitarios: protección de huérfanos, sostenimiento de sacerdotes desvalidos, alivio de encarcelados, cuidado de niños expósitos y otros muchos.

Las Cofradías de Penitencia parece fueron las fundadas por el caballero don Fadrique Henríquez de Ribera, después de un viaje a Jerusalén en 1533, en cuya época edificó la que

hoy se conoce por Casa de Pilato. Estas Cofradías hacían el recorrido desde dicha casa hasta el humilladero de la Cruz del Campo por el Vía Crucis que entonces existía y del cual se conservaban aún en el siglo pasado las catorce cruces de su recorrido, a cuyos pies, religiosos de distantes congregaciones, recogían limosnas. Esta fué la primera Hermandad de Penitencia que se recuerda. San Vicente Ferrer, con sus predicaciones en Sevilla, en el patio de cuya catedral se conserva su púlpito, impulsó la formación de procesiones públicas de penitentes.

Hasta 1586, las Cofradías se fundaban y disolvían con plena autonomía; pero a partir de entonces el Cardenal Castro impuso el requisito de someterle sus reglamentos, que habían de ser aprobados por su autoridad para poder constituirse. Con Carlos III se exigió también la aprobación real. En 1620 todas las Cofradías sevillanas tienen ya sus reglas, y son cerca de 60 las constituidas.

Quando las Cofradías tenían un carácter parroquial o de gremios de barrio encabezaban sus desfiles las mangas de cada parroquia. Al tomar una organización más extensa las mangas fueron sustituidas por cruces de madera. La Cofradía rompe la marcha encabezada por la Cruz de Guía. Después venía el muñidor, que avisaba el paso al son de campanillas, que en algunas más solemnes eran trompeteros que daban las señales para marchar y hacer alto. Después venían los penitentes; éstos eran "de luz" y "de sangre". Los de sangre marchaban primero, desnudos de cintura a la cabeza, disciplinándose con látigos de rodela, llevando la cabeza cubierta con flácidos capuces que se prolongaban tapando el rostro. Los penitentes de luces eran los portadores de gruesos cirios.

Los nazarenos llevaban una túnica morada ceñida con cuerda de esparto a la cintura, iban descalzos y con pesadas cruces, cubrían su rostro con abundantes melenas postizas que caían sobre sus hombros y sobre su frente. Disciplinantes y nazarenos llegaban, sin duda, a las mayores extravagancias con sus flagelaciones, sus vestiduras y sus melenas. El fino espíritu sevillano decidió abolirlos, y surgió el penitente actual con su capirote, que es el antiguo capuz armado para terminar en aguda punta; llevan túnica o sotana ceñida con cuerdas de esparto; la tela del capirote cae sobre el rostro en forma de antifaz y se prolonga en forma de escapulario por pecho y espalda. La túnica termina muchas veces en amplia cola; en ocasiones cúbrense con una capa. Tal es el hábito bajo el cual se oculta el anónimo penitente de las Cofradías sevillanas (162-163-166-167).

Los hábitos son con frecuencia blancos y negros, pero muchas veces se combinan diferentes colores, y morados, verdes y rojos en variados matices ponen su nota distintiva en cada Cofradía. Los hermanos llevan largas varas de plata, rematadas por el emblema de la Cofradía.

El orden en que hoy desfilan es el siguiente: a la cabeza la Cruz de Guía (antiguamente la manguilla parroquial). Sigue el "senatus", con las iniciales de los romanos que acompañaban al Redentor; vienen después las banderas (162), una por cada "paso"; son de grandes dimensiones y con una gran cruz en el centro del paño. Delante del "paso", el estandarte con la enseña de la Cofradía (163) y detrás del estandarte los "pasos", rodeados de los penitentes (166-167).

Los "pasos" sevillanos, sobre todo las Dolorosas, creación del sentimiento de sus devotas mujeres, cuyas delicadas manos visten a maravilla la imagen y parecen infundirla vida, son algo de difícil aclimatación fuera de aquel ambiente. Las camareras de la Virgen pliegan las tocas que encuadran el rostro, colocan el pesado manto (164) desbordante de oro y pedería; suspenden el palio, cuajado de bordados, sobre las finas varas de plata, que parecen cimbreantes juncos. Dispone el capiller el órgano de la candelaria, sinfonía de luces y de cera, jardín de flores encendidas que brota a los pies de las Dolorosas. Es un alumbrado litúrgico que Sevilla ha creado y que no volveréis a encontrar en parte alguna. El capiller ordena, enciende y cuida, provisto de una larga caña, durante todo el recorrido el complicado graderío de las luces para que ni una sola de ellas deje de lucir.

Vestido y alumbrado el "paso", tapizado su piso de olorosas flores, carga su enorme peso sobre los costaleros. ¡Abrumador trabajo el de estos hombres! Las trabajaderas, enormes madeiros, nervios esenciales de la trabazón que soporta el "paso", cargan implacables sobre sus cuellos. No exhiben su trabajo como los penitentes llevando los "pasos" de Cuenca, o los Hombres de Trono que llevan los de Málaga; van tapados tras los paños y caladas molduras que dan entrada al aire, ocultando a los sudorosos y jadeantes mozzarones, verdaderos penitentes de estas procesiones. Un capataz elige y coloca a los costaleros repartiendo debidamente la carga; ordena sus movimientos con voces de antiguo conocidas por sus hombres, y consigue, en fin, con disciplinados movimientos dar a todo el "paso" un majestuoso balanceo que parece infundir vida a las imágenes.

Así circulan lentamente las Cofradías procesionales de Semana Santa por las angostas callejas, en cuyas encrucijadas suena a intervalos el agudo canto de la saeta, cante jondo religioso que entonan con agudas voces espontáneos espectadores. Todas hacen la estación de la catedral, por cuyos ámbitos se extienden cual la riada saliendo de estrechas barranqueras al ancho llano. Es aquí, lejos del bullicio callejero, cuando las Cofradías, en su lento desfile, adquieren todo su sentido religioso. Cruzan bajo las altísimas bóvedas del anchuroso templo, desde la puerta de San Miguel a la de los Palos, y cumplido este esencial deber regresan a sus capillas.

MÁLAGA-CUENCA-ZAMORA

Comparte el primer rango con Sevilla por el esplendor de sus procesiones la ciudad de Málaga. Tiene también su especial estilo. Son ordenadas y deslumbradoras, son más densas y quizá más ostentosas. Diganlo si no Cofradías como las del Cautivo, con sus blancos penitentes portando gigantescos cirios, y el monumental "paso" de La Cena, llevado a hombros de 180 Hombres de Trono vestidos con túnica y flácidos capuces, que marcan el paso rítmicamente bajo el enorme peso, que reparten sobre aquella masa humana sus seis largas vigas. Las Dolorosas llevan también espléndidos mantos y se alumbra con grandes y complicados candelabros (165-171 a 173-VI-VII-VIII).

No le van a la zaga las monumentales procesiones de Córdoba y Zamora, con sus formidables "pasos" que la fe de aquel pueblo renueva, valiéndose de nuestros más diestros imagineros del día (176 a 181-185-V).

En Cuenca también existe una antigua tradición de Hermanidades, transformadas hoy en Cofradías procesionales. Son los antiguos gremios que agrupaban a hortelanos bajo la advocación del "paso" de la Oración del Huerto; a los albañiles y canteros, bajo el de Cristo atado a la columna, y así otras muchas.

Los "pasos" son conducidos por penitentes con capirotos que marchan al descubierto (170), imprimiéndoles un fuerte balanceo. Cúbranse con telas de pesados terciopelos que les obligan a descubrir con frecuencia sus rostros, sobre todo a los de más abrumador trabajo que llevan las imágenes, los pesados estandartes y las banderas (160). No suelen llevar cirios y si varas terminadas en fanales de cristal que protegen las luces (159-161). Las túnicas de los penitentes terminan en larguísima colas.

En Madrid, las procesiones de Semana Santa adquieren cada día mayor esplendor. Nota curiosa son los hábitos que visten los tres niños cantores que en la procesión del Viernes Santo en las Salesas Reales representan a las tres Marías (174).

LEVANTE

Las famosas procesiones acompañadas de cabalgatas bíblicas que por Semana Santa tienen lugar en Lorca están organizadas por dos Cofradías o Hermanidades denominadas de "Los Blancos" y "Los Azules".

La que dio origen a la de los blancos estaba formada por cien nazarenos y tiene tradición muy antigua. La disolvió, en 1766, el Corregidor de Lorca con motivo del famoso bando de Esquilache prohibiendo los grandes sombreros y las largas capas, impuestos por la moda.

En 1852 volvió a resucitar la Cofradía o Hermandad bajo la advocación del Paso Blanco, tal y como hoy se la conoce. Los hermanos vestían y siguen vistiendo túnicas blancas con vivos morados, teniendo por emblema un águila coronada.

Tres años más tarde se fundó la Hermandad del Paso Azul, vistiendo túnicas blancas con vivos capirotos azules, llevando como emblema un corazón de oro atravesado por una espada.

Ambas Hermanidades, en noble emulación, han hecho de la Semana Santa en Lorca algo extraordinario.

Figuras y hechos del Antiguo y Nuevo Testamento representando personajes romanos, de Antioquía, de Israel. Carrozas conduciendo a Salomón (189-190) escoltado por esclavos al rey Asuero, a la reina Esther, a Cleopatra (198-199), a Nabucodonosor. Jinetes en espléndidos caballos (192 a 195), representando a Nerón, Mahoma, Alejandro, Atila y otros muchos.

Una gran carroza representa el Triunfo del Cristianismo (196-197), en el que un ángel en alto levanta su flameante espada sobre un grupo de demonios, entre los que figura Lucifer encadenado, todos ellos con culebrinas rodeando el cuello. Escoltan la carroza nutridos grupos de ángeles y arcángeles con grandes alas de plumas de seda (191) y túnicas de delicados colores.

Centurias de romanos muy bien caracterizados nazarenos, portaestandartes con enormes banderas que ondean aclamados por el público completa el brillante cuadro, en que rivalizan en lujo y propiedad todos los personajes que en él toman parte.

Entre los largos intervalos que dejan "pasos" y carrozas, los jinetes lucen sus habilidades haciendo caracollear y empujarse a los caballos, entre los clamores de la multitud.

Al final de las cabalgatas que presentan las dos Cofradías van los Pasos Blanco (186-87) y Azul (188) con ricas imágenes sobre suntuosos tronos bajo riquísimos palios y cubiertas por los mantos más espléndidos que imaginarse pueda, de finísimo bordado que las mujeres de Lorca van bordando pacientemente a punta de aguja, sin que quede al descubierto un solo milímetro de la enorme superficie.

Aquí, lo mismo que en Cartagena y que en Cieza y otros sitios de Levante, los "pasos" son llevados sobre ruedas, lo que se intentó hacer arraigara en Sevilla, sin conseguirlo. En Levante la cosa es diferente; estas procesiones son más bulliciosas y el graderío de las velas se sostendría mal entre aquellos clamores. Se impuso el alumbrado eléctrico, y es curioso ver a cada Cofradía encuadrada en su circuito de flexible que obliga a conservar distancias, exigiendo un rígido orden, que de otro modo sería difícil conseguir del temperamento levantino. La procesión es así un asua de luz que diestros y veloces portadores de larguísima cables se encargan de mantener con las instalaciones dispuestas al efecto en todo el recorrido.

VII

REPRESENTACIONES RELIGIOSAS

Entre las representaciones religiosas más famosas de España hemos de contar el Misterio de Elche, La Loa y Auto de la Alberca, los bailes de los Seises de la catedral de Sevilla, las Pasiones que se representan en Olesa y Esparraguera de la región de Montserrat y las cabalgatas bíblicas que acompañan a las procesiones de Semana Santa. Los romances de los huertanos de Levante, que aún perduran, y las comparsas de pastores que en la Misa del Gallo acudían a los templos a adorar al Niño Jesús, que han persistido hasta no hace mucho en los pueblos de Castilla y León, también pueden incluirse en el género de representaciones religiosas.

El más interesante y curioso parece ser el Misterio de Elche, drama de carácter sacralítico, cuyo libreto, según la tradición, fué traído dentro del área en que por nár vino a Elche la imagen de la Virgen en 1370, época en que las representaciones dentro de los templos eran frecuentes.

El drama religioso siguió representándose en Elche, a pesar de la prohibición que las autoridades religiosas dictaron en el mundo entero sobre esta clase de actos.

La disposición arquitectónica del soberbio templo de Santa María, donde se representa, hace pensar en que su autor lo proyectó ya teniendo en cuenta las representaciones que con la denominación de "Misterio de la Muerte, Asunción y Coronación de la Virgen" fueron al fin autorizadas por disposición excepcional de la Roma.

El drama se compone de dos actos, que se celebran cada uno en las tardes del 14 y 15 de Agosto.

Los actores son elegidos cada año entre de voces más adecuadas, y el drama se representa sobre un gran tablado situado en el crucero del templo y bajo su soberbia cúpula, elemento esencial para la representación.

Los personajes son, además de la Virgen María, los doce Apóstoles, los judíos, cuatro ángeles que componen el "Araceli" y el grupo de los tres personajes que componen la coronación, a más de grupos diversos de angelillos.

Los actores del Misterio esperan en la inmediata ermita de San Sebastián a que los "Caballeros Electos" los introduzcan en la iglesia, lo que hacen ya vestidos para el drama y acompañados del clero.

En el primer acto el rectablo representa el Huerto de Getsemani, donde María, arrodillada, canta sus dolores por la Pasión de su divino Hijo, celándose después en el lecho disponiéndose a morir. En ese momento desde la bóveda de la iglesia descende una gran esfera dorada, que se encabre, saliendo de ella un ángel que cantando se dirige al lecho de la Virgen con una palma que le envía el Señor, la que besa y coloca sobre su cabeza.

La Virgen pide entonces que se acerquen los Apóstoles para acompañarla en su muerte y enterrarla después. El ángel, en nombre del Señor, concede esto a la Virgen, y retorna al cielo. La ascensión se simboliza elevándose de nuevo dentro de la bola dorada, que va cerrándose a medida que asciende. Toda esta escena se desenvuelve en medio de agudos cánticos del ángel acompañados por el órgano.

Aparece en seguida San Juan, que llama, cantando, a los otros Apóstoles, los que van llegando en diversos grupos entonando originales y variados cánticos (201).

Rodean a la Virgen en su lecho de muerte entonando en coro una Salve mientras la Virgen muere. La recogen los Apóstoles y la dan sepultura, quedando en el lecho la imagen con la mascarilla de la muerte. Aparece en este momento el "Araceli", áureo trono ocupado por cuatro ángeles, que entonan celestiales cantos, dando paso a un sacerdote, que recoge el alma de la Virgen, simbolizada en una diminuta imagen, que conduce al cielo. El primer acto termina, desfilando los actores en comitiva hacia la ermita de San Sebastián, de donde salieron.

Al día siguiente idéntica comitiva se traslada a Santa María para la representación del segundo acto.

Sobre el lecho está yacente la imagen de la Virgen con la mascarilla mortuoria. La rodean los Apóstoles, que entonan la Salve, seguida de otros cánticos. Oyense ruidos, y aparecen los judíos en tropel. Vienen a robar el cadáver de la Virgen; llegan hasta el escenario, parece que van a lograr su propósito y repentinamente quedan inmóviles. Ante el milagro, se prosternan e imploran perdón. Entonces, San Pedro, rociándoles con un hisopo, vuélvelos al movimiento, tras lo cual humildemente besan las sandalias de la Virgen muerta.

Entonan los Apóstoles y judíos un solemne concertante, y seguidamente se celebra el entierro, al que asisten todos los actores y el clero. Durante el sepelio descende el "Araceli" con el alma de la Virgen, quitándose entonces a la imagen yacente la careta

mortuoria, conduciendo aquélla al centro del trono. Mientras tanto descende otro pequeño trono con la Santísima Trinidad, que queda suspenso en el espacio, al tiempo que sube el "Araceli" con la imagen, que queda detenida a la misma altura.

Aparece en este momento Santo Tomás, que llega de largo viaje, y al ver a la Virgen subiendo al Cielo rompe en cánticos dirigiéndose a Ella, mientras una corona cae sobre las sienes de María, a los sonos del órgano, que llena de melodías el amplio templo.

Actores y público entonan juntos la Salve, terminándose así la representación sagrada.

LA LOA Y EL AUTO DE LA ALBERCA

El 16 de Agosto y después de celebrarse el solemne ofertorio de la Virgen, el día de la Asunción, tiene lugar en la Alberca y sobre un tablado improvisado frente a la escalinata de la iglesia, la representación por los mozos del pueblo de la Loa y al Auto, piezas del teatro religioso español que con el Misterio de Elche, son casi las únicas que perduran.

Loa y Auto en la fluida versificación, son representados por el Demonio, el Arcángel, el gracioso y los Galanes. Comienzan con una parte de canto celestial, comentan la alegría del pueblo e ironizan con las mozas que presencian la función. El Demonio (229), principal personaje, invoca todas las furias contra María y acaba por ser expulsado por el Arcángel.

La presentación del Demonio es lo más espectacular de la representación. Aparece montado sobre un dragón de siete cabezas de primitiva ejecución popular, el que se desliza por una rampa vomitando fuego a fuerza de cohetes y petardos de que va bien provisto. En esta aparición, el Demonio recita lo siguiente:

Esa voz que a mis oídos
Me resuena tan veloz
Me arrebató los sentidos
Y me llena de pavor
¡Voz que imploras mis servicios
Ven a este puesto veloz
Que entre las nubes y el viento
Te espero en esta ocasión.
Sal pues que Luzbel te llama
Con agitado rencor
Luevan rayos y centellas
Tiemble el mundo a mi valor
Vomita ya vil serpiente
Las iras de mi corazón.

LAS PASIONES

En algunos pueblos de las estribaciones de Monserrat durante los días festivos de Pascua antes de la Semana Santa se celebra con toda propiedad y realismo el drama de la Pasión del Señor por los vecinos de la localidad.

Esta costumbre perdura principalmente en los pueblos de Esparraguera y Olesa. Es lástima que estas representaciones no se celebren al aire libre y ante los magníficos escenarios de aquella grandiosa naturaleza, recluyéndose en lugares cerrados, como hoy sucede.

La Pasión de Esparraguera tiene por origen las representaciones que se realizaban en la plaza del lugar bajo los cobertizos de los canteros que trabajaban en la erección de su grandioso templo a mitad del siglo xvi. En aquella época la Abadía de Monserrat era dueña de extensos términos, comprendiendo el de Esparraguera.

Estas representaciones estaban patrocinadas por los diferentes gremios existentes en la industriosa localidad. En 1792 el Padre Antón Jerónimo verificó estas representaciones, que se realizaron, desde entonces, en locales cerrados. Sufrieron diversas interrupciones, principalmente durante la primera mitad del siglo xix.

Actualmente, y con la adición de coros y orquesta en algunos de sus cuadros, han aumentado en interés y atractivo de tal modo que pueden seguirse sin fatiga sus cincuenta y siete cuadros con una duración de cinco horas y en los que intervienen más de doscientos actores.

Durante los cuatro siglos que estas representaciones vienen sucediéndose, los papeles de los principales personajes han estado por frecuencia vinculados por largos períodos en miembros de la misma familia transmitiéndose por herencia a través de diversas generaciones.

Como en tantas otras manifestaciones de la vida cultural de Cataluña es ésta una de las que más ponen de manifiesto el espíritu de cooperación existente en aquella región, ya que estas representaciones de la Pasión organizadas a base de una selección entre la masa trabajadora de la localidad están logradas con un buen gusto y acierto en todos los detalles y ademanes de sus actores, siendo extraordinariamente acertado el concepto de la composición, colorido e iluminación que han tenido a través del tiempo los directores de tan complicada representación (209 a 217-XV).

Las representaciones de Olesa están también montadas con todo lujo y propiedad, tomando parte en ella gran número de personajes (206 a 208), que la ejecutan con el mayor fervor. No hace muchos años fueron celebradas al aire libre. Actualmente se representan en espacioso teatro provisto de amplísimo escenario. Estas Pasiones son poco conocidas en España, fuera de Cataluña; desde luego mucho menos que las famosas de Oberammergau.

ROMANCES

También son dignos de mención los romances, a que tan aficionados son en Levante, y sobre todo en las huertas de Murcia y Lorca, en las que el sentimentalismo popular concentra su atención en las escenas más tiernas de la Pasión, tales como la despedida de Jesucristo a su Madre, así como sus padecimientos, relatados en versos.

Estos romances son recitados la noche anterior a Jueves Santo en los largos recorridos de los Vía Crucis del lugar, durando hasta la madrugada. Tras de cada huertano recitador se agrupa un nutrido conjunto de gentes de toda clase, recorriendo reunidos las estaciones, ante cada una de las cuales recita el romance adecuado. La letra ingenua de estas composiciones no está escrita en parte alguna y se transmite de generación en generación como un patrimonio de cada familia, que se confía exclusivamente a la memoria.

En Castilla, donde también existieron costumbres parecidas, se han extinguido casi totalmente, y sólo perduran en algunos lugares en forma de romances cantados.

LOS SEISES DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

Las danzas y cantos de los seises de la Catedral de Sevilla constituyen, por su rareza, uno de los atractivos que el ceremonial religioso de la ciudad ofrece al visitante.

Parece que el origen de esta extraña costumbre proviene de los primeros tiempos del cristianismo y de ceremonias religiosas que se celebraban en las catacumbas de Roma, donde niños vestidos de ángeles bailaban ante el Arca del Sacramento.

Perduraron en las catedrales de Sevilla y Toledo durante la Edad Media, en la cual ya recibieron el actual nombre de seises por ser seis el número de los que entonces actuaban y que posteriormente se ha elevado a diez.

Existieron primeramente en la Catedral de Toledo de donde San Fernando los llevó a Sevilla después de la reconquista de la ciudad.

Hoy sólo se conserva totalmente este ceremonial en la Catedral de Sevilla y durante la Octava del Corpus, la Inmaculada y el Triduo de Carnaval, pues en Toledo sólo toman parte estos seises en los cánticos de su capilla y van vestidos con

traje talar. Los de Sevilla llevan trajes a modo de pajecillos confeccionados con ricas telas de damasco, cuyos colores varían según la festividad en que se emplean. Danzan en la Catedral ante el altar mayor, en presencia de S. E. el Arzobispo, componiendo las figuras más diversas y entonando primitivos villancicos al son de las castañuelas que todos ellos llevan (223-XVIII-XIX).

VIII

DEVOCIÓN POPULAR

ATUENDOS RELIGIOSOS

En la indumentaria popular española los trajes para asistir a ceremonias religiosas tienen especial importancia. Bodas, bautizos, entierros y funerales son los actos para los que los habitantes de pueblos y aldeas reservan sus mejores y más costosas prendas. Los actos religiosos son, por otra parte, los que más han contribuido a conservar el indumento popular español, pues en lugares donde éste ha casi desaparecido del uso cotidiano, aun lo conservan las más ancianas del lugar para ir a misas y rosarios (247 a 249).

El Alto Aragón y La Alberca son los lugares en que para asistir a la iglesia vistense sus mujeres con los más impresionantes trajes que pueden verse en el atuendo popular español. Parecen muchos de ellos concebidos especialmente con un alto sentido religioso.

En el traje ansotano, el femenino para entierros y funerales (240) es el más solemne. El que usan para asistir a misa (241) más sencillo, con negra falda y blanca mantilla con su gran borla o recato, es enteramente un traje monjil. Niñas, mozas y viejas tienen sus prendas y colores especiales para asistir a las diversas ceremonias (240 y 241 títulos cambiados).

El traje de vistas de La Alberca (219) se viste ya sólo en raras ocasiones. Se trata de un traje de hechura talar, de terciopelo galeonado, que se completa con el adorno de pesados collares con toda clase de medallas, relicarios, amuletos y Cristos, que cuelgan en profusión por ambos lados. Otras cúbreanse además con el gran manto llamado veinticeno.

Contrastando con estos complicados indumentos, las mujeres del Sur asisten a la iglesia ocultas bajo el simple y ligero cobijo (242-243), cruzando las calles de Vejer y Tarifa más ocultas aún que si fueran árabes.

En los valles navarros sólo perduran los trajes conservados para asistir a la iglesia, y así podemos ver a las devotas de los valles de Aezcoa y Salazar, con cestillos de cera y rosarios, cubiertas con mantillas negras y vistiendo aún los corpiños y plegadas faldas (250).

Hay trajes populares de Cofradía, tales como los que se usan en algunos lugares de la provincia de Huelva, como Puebla de Guzmán, y más al Norte, en Jabugo y Cortegana. Los de Puebla de Guzmán son muy lujosos, como de gentes pudientes, que en sus tiempos fueron las cofrades de la Virgen de la Peña, ermita encaramada en una roca a alguna distancia del lugar. Por ello, los cofrades se trasladan el día de la Virgen en vistosas grupas. Tal vez a ello es debido el corte de amazona de este fastuoso traje de terciopelo galeonado, cuyo corpiño cierran hermosos broches. Cubren su cabeza altos sombreros de copa con grandes plumas, que colocan sobre blancas mantillas de delicado encaje (254).

Otras prendas populares de sabor religioso y muy características en la región son los collares de oro con grandes Cristos en el centro (234-235), que llevan en Ibiza todas las mozas en sus trajes de gala como una santa obligación. Estos collares, confeccionados con arreglo a un patrón único por los orfebres del

lugar sólo difieren entre sí, por el número de vueltas que cada una puede llevar, que dependen de las posibilidades y rumbo de cada familia y constituyen una parte importante del dote de las hijas.

La mantilla es de un empleo general y casi siempre tiene una borla, que cae sobre la frente, unas veces diminuta, como en Navarra y los pueblos zamoranos, otras veces, de gran tamaño, para recatar el rostro, como en Ansó. Es generalmente negra (244), y con frecuencia blanca, como la graciosa mantellina de Lagartera (236), o las que llevan las ansotasas (240-241). En Lagartera usan a diario para la iglesia, bien el pañuelo (239) o el cubrepiepi, que es una falda plegada de modo especial sobre la cabeza (245). Las de La Alberca llevan una mantilla de encaje (219) o el gran manto que llega hasta el suelo.

En algunos pueblos de la Rioja, Alava y Navarra es frecuente ver a las ancianas vistiendo aún grandes mantos de luto (248). En el Roncal visten mantillas muy lujosas de variados colores, haciendo juego con el traje. Y la más lujosa mantilla popular es sin duda la de Candelario (246), colocada sobre el alto moño de picaporte, después de rodear el rostro con blanco pañuelo de seda.

Entre los hombres no existe una tan gran variedad en los trajes de iglesia. En las fiestas solemnes vistense los trajes cortos de color negro, con sus pesadas capas y sus grandes sombreros.

EL OFERTORIO DE LA ALBERCA

El 15 de Agosto, fiesta de la Asunción, se celebra en este típico pueblo serrano salmantino, esta tradicional fiesta.

Después de la fiesta religiosa celebrada en la parroquia, la Virgen es trasladada procesionalmente a la plaza del pueblo, donde se la deposita sobre pequeño altar (218). La procesión va precedida por los danzantes con el típico traje serrano y acompañada de los mayordomos (257) y de la Comunidad de dominicos del vecino convento de la Peña de Francia.

Una vez en la plaza, parejas de ofertantes ataviados en ocasiones, con el formidable traje de vistas, se aproximan a la Virgen, se arrodillan ante Ella (219) y depositan su ofrenda. Los danzantes tejen sus afiligranadas danzas ante la Virgen, en medio del estruendo de petardos y cohetes y la procesión se organiza de nuevo para el regreso a la iglesia.

PROCESIONES

Con ostentosos adornos, cubiertos busto y cabeza con pañuelos de flecos, van las ibicencas a las procesiones, llevando ellas a las santas y ellos a los santos. Conducen las imágenes en posición baja, formando armoniosos grupos (234). Por Semana Santa, para conducir a la Dolorosa, colécanse mantillas blancas rebordeadas de negras bandas de terciopelo (235).

De modo parecido son conducidas en Lagartera cuando en el lugar se celebra la fiesta de la Virgen de Agosto. Más tétricas y oscuras suelen ser las procesiones en los pueblos de Castilla, en las que hombres cubiertos de negras capas forman la escolta del Crucificado al regresar al templo, ya caída la tarde (232-233).

CERAS

En todas las regiones de España perdura la costumbre de llevar ceras a la iglesia en un canastillo o bandeja, o bien sencillamente arrolladas. En los altos valles de Navarra usan pequeños cestillos, en los que se ocultan los rollos, saliendo los dos largos extremos (250). En Ansó son pequeños carretes, que van desarrollando y que colocan directamente en el suelo (240). En otras regiones de Navarra, como Berastegui, se emplean largas velas, colocadas en una especie de póstigos, más o menos complicados (251), y también madejas planas de cera sobre el suelo. En Lagartera son enormes mazos con abundante cera (244) o gruesos cirios en sus ciriales (249).

En León en lugares como Castro Contrigo llevan largos cirios en cestos que colocan en el suelo encendiéndolos dentro de los mismos (230-231).

MISAS Y OFICIOS DE ALDEA

"La campana aprenia; la fauce negra del templo traga viejecitas devotas y hombres que quieren reposar sobre el banco; la nave está fresca y sombría, trasudando incienso y olor de albahaca, y tras el negro barandal del coro asoma pintada en tenebroso lienzo la cabeza de un santo, y el órgano apunta a los fantasmás con la escala de sus negros flautines; allá en la vanguardia de la devoción figura la vieja más rica del pueblo, que hasta rezando gruñe; más acá, las buenas mujeres de rostros plácidos y como encogidos bajo el manto, y los palurdos, en cuyos rostros se burla con extraños resplandores el brillo de los lejanos cirios, y el sacristán sábelotodo, y el avaro que vive a la luz de la iglesia por no gastar la de su casa, y el viejecillo di-charachero, y los rapaces avisados, que, moco al aire, se sienten encogidos por la dulce presión de un desconocido respeto.

La voz del cura plañe en el púlpito, alargando a voluntad las sílabas..." (L. de Saa.) (255).

Rocío

La ermita de la Virgen del Rocío, la Blanca Paloma, como los andaluces la designan, es un blanco santuario situado en medio de los extensos areales de las marismas del Guadalquivir, en la provincia de Huelva.

Según la tradición, la imagen, que permanecía oculta para librarla de profanaciones durante la invasión sarracena en un bosque denominado La Rocina, apareció a un cazador en el tronco de un árbol.

Este bosque de La Rocina distaba unas tres leguas de Almonte, pueblo el más próximo. El asombrado cazador cargó la imagen a sus espaldas, encaminándose a la iglesia del citado lugar. A los pocos kilómetros quedó rendido por la fatiga y se durmió. Al despertarse vio con asombro que la Virgen había desaparecido. Por si lo ocurrido era sueño, regresó presuroso al lugar de la aparición, donde encontró a la Virgen en el mismo tronco del que ya no dudaba la había antes sacado. Corrió presuroso a Almonte, relatando lo acaecido.

Religiosos y vecinos del lugar no vacilaron en interpretar que era bien manifestado el deseo de la Virgen de que no se moviera su imagen de aquel sitio, por lo que decidieron levantar sobre el mismo tronco del árbol una capilla donde guardarla.

Este es el origen de la ermita de la Virgen del Rocío, así llamada por el nombre del bosque de La Rocina, donde apareció.

Desde que se fundó la capilla, la veneración a la Virgen ha venido en aumento. Junto a la ermita, y desde muy antiguo, al parecer desde 1635, se establecieron ermitaños, que fomentaron el culto a la sagrada imagen.

Poco después se fundó la Hermandad de Almonte, y sucesivamente lo fueron otras en diversos lugares, y así nacieron entre otras las de Palos de Moguer, Villamanrique, Las Pilas, La Palma, Sanlúcar, y más recientemente las de Triana, Umbrere y Coria del Río.

Todas ellas y algunas otras más lejanas acuden cada año, a últimos de mayo, en interminables caravanas, recorriendo en varios días los casi impracticables caminos que a través de arenales conducen desde varios lugares hasta el santuario.

En cabeza marcha la carroza del Simpecado, denominación que dan las Hermandades a sus estandartes de la Virgen, a causa de la leyenda que llevan al pie. Rivalizan en lujo la de las diversas Hermandades; tienen forma de templete sobre columnas, y éstas son de plata (266) en las más ricas. Tras la carroza del Simpecado va la caravana de blancas carretas (XX), tiradas por pesados bueyes, muy adornados con lujosas y grandes cinchas y con altísimos y vistosos frontiles. Las carretas, alegres y vistosamente decoradas, muestran sus racimos de mujeres (XXI) y sueltan por la embocadura de sus grandes toldos la algarabía de cantos y el repiqueteo de los palillos y panderetas que llevan dentro.

Recorriendo de un extremo a otro la interminable fila van los jinetes en andaluzas jacas, caracoleando entre las carretas y llevando a la grupa la pareja elegida (262).

Tocando al fin la larga caminata, se llega a lugar próximo a la ermita, y entre pinares se entregan al descanso mientras las Hermandades se concentran para el desfile.

Este comienza por la Hermandad de Almonte, la que, después de humillarse ante la Virgen, deposita su Simpecado. Forman tras el Hermano Mayor en fila ante la puerta del santuario, que permanece abierta mientras dura el desfile, colocando en el centro la gran bandera o guión de la Hermandad, conducida por inconfundibles almonteños.

A continuación van desfilando las otras Hermandades, precedidas de sus jinetes con banderas y estandartes. Depositán en la ermita sus Simpecados y pasan saludando a la Virgen, ante la que se arrodillan, incluso los jinetes con sus jacas y hasta los toros de las carretas. Todo al son de las flautas y de los tambores.

Terminado el desfile, acampan en los lugares que cada Hermandad tiene desde siempre acotados junto a las casetas de su propiedad. Los jinetes dedican a vistosos recorridos, entre los arenales, con sus parejas a la grupa. En las casetas reúnen para el baile y para el canto. Las primeras canciones son para la Virgen (263). Son seguidillas rociadas las que con agudas y sentimentales voces entonan los romeros acompañados del tambor y la flauta. Cantan a su Blanca Paloma, ponderándola sus bellezas, sus milagros; le cuentan las penas de sus amores, los dolores familiares, y acaban implorándola toda clase de inverosímiles favores.

En la penumbra de la ermita grupos de romeros se suceden devotos ante la Virgen. Mozos de rostros alucinados consumen sus cirios arrodillados hasta sentirlos extinguirse al cabo de las horas sobre las palmas de sus manos. La cera se anmontona en llamaradas caldeando los ciriales de forjado hierro (259 a 261-XVII).

Pero el fervor sube de punto y llega al paroxismo cuando al día siguiente es sacada la imagen en procesión. Se apiñan, se arrebatan las andas, todos quieren conducirla sobre sus hombros. Y la santa imagen camina sobre las cabezas de aquella multitud enfebrecida, que a pesar de todo, realiza el milagro de que vuelva a su ermita sin que se descomponga ni uno solo de sus adornos.

IX IMÁGENES

El afán de contemplar a Cristo sangrante en toda su trágica realidad es peculiar de la devoción española. Ya a Teófilo Gautier, en su viaje por España, realizado en 1840, no dejó de sorprenderle este alucinante deseo. El Cristo de Burgos (156) le impresionó profundamente, y escribe en su conocido libro: "El célebre Cristo tan venerado en Burgos, y que no se puede ver sino después de encender las velas, es un ejemplo sorprendente de este extraño gusto; no es de piedra ni de madera pintada; es una piel humana — así dicen, por lo menos — rellena con mucho arte y cuidado. Los cabellos son de verdad; los ojos tienen pestañas; la corona de espinas es de escaramujo y no le falta ningún detalle. No hay nada más lúgubre ni más impresionante que este Crucificado con un falso aspecto de vida y su inmovilidad de muerte; la piel, de un tono rancio y de hollín, aparece surcada de unos largos hilos de sangre, tan bien imitados, que parece efectivamente que manan.

No es preciso un gran esfuerzo de imaginación para dar crédito a la leyenda de que este milagroso Cristo sangra todos los viernes..."

Unánime también se sobrecoge contemplando otros Cristos de España y el del convento de Santa Clara, en Palencia, le inspira tenebrosos versos al que él llama "El Cristo Formidable de esta tierra":

"Este Cristo español que no ha vivido negro cual el mantillo de la tierra, yace cual la llanura, horizontal, tendido, sin alma y sin espera, con los ojos cerrados cara al ciclo, avaro en lluvia y que los panes que, y aun con sus negros picos de garra de águila, querer parece aprisionar la tierra."

Este afán de la representación trágicamente humana de Cristo se extiende de Norte a Sur por toda la Península. El de Lezo con su livida faz y abundante cabellera, que la devoción popular ha compuesto en exceso, es otra de las más tétricas imágenes del Crucificado, no tanto, sin embargo, como el desconsoado semblante, áspero y rudo, que, agobiado bajo la cruz y la enorme corona de espinas, talló Juan de Mesa para la famosa Cofradía sevillana del Jesús del Gran Poder (158).

Nadie ha superado a los tallistas españoles en las representaciones de Cristos y Dolorosas. Los siglos XVI y XVII son los de mayor apogeo de nuestra escultura religiosa. Gran número de templos se levantan por toda la Península que parecen dispuestos, casi exclusivamente, para cobijar complicados y enormes retablos, dorados, inmensos, como en parte alguna del mundo existen. Abundaban entonces los encargos de Cabildos y Obispos. En los talleres de Berruguete, Hernández Montañés, Cano, Mesa, Roldán, Mena y muchos otros, formados en las escuelas castellana y andaluza, no cesa la actividad creadora.

Valladolid y Sevilla son los emporios del arte de estos imagineros españoles, que dan al pueblo una clara lección de mística. Después de los grandes retablos son los pasos procesionales que salen de las iglesias a ponerse en contacto con las multitudes, conducidos por las Cofradías, cuyo auge es cada día mayor. Para satisfacer sus encargos, más de 200 imagineros trabajan febrilmente en los talleres sevillanos en los siglos XVI y XVII.

Montañés es el astro de primera magnitud, y su Cristo de la Clemencia es juzgado como la obra cumbre de la escultura religiosa. Otras figuras del Crucificado dan nombre y fama a muchas de las Cofradías sevillanas, como la del Calvario (168), cuya serena imagen, tallada por Ocampo, sería digna de la gubia de sus contemporáneos Montañés y Mesa, y la violenta y barroca del Cristo de la Expiración, obra de Ruiz Gijón (169), por no citar más que dos de las joyas que se guardan en las iglesias sevillanas y en las capillas de sus Cofradías.

Más tarde llena el siglo XVIII el último gran artífice de los grandes pasos procesionales, el levantino Salcillo, que abandona la carrera religiosa para atender el taller de escultura de su padre muerto. Pronto se hace famoso con sus barrocos pasos, llenos de humanidad y ternura como la famosa figura, del ángel que consuela a Cristo en la Oración del Huerto (184).

Una imagen singular del Crucificado es la de la mudéjar capilla que junto al Tajo se encuentra en las afueras de Toledo, cuyo brazo derecho cae desclavado del madero (155), según la conocida leyenda del Cristo de la Vega, para dar fe ante el juez y la amante abandonada de las promesas del infiel soldado.

X TORRES

La torre y el castillo caracterizan la silueta de los pueblos españoles. Torres y castillos se agrupan con frecuencia como viejos amigos que en otros tiempos tuvieron necesidad el uno del otro. El amigo castillo es ya una ruina, un andrango innecesario en el mundo de hoy. Por eso, en los pueblos, como a los viejos abandonados, sólo desean no verlos sobre la tierra, y para ello nada mejor que despanzurrarlos y convertirlos en cantera. La torre es ya otra cosa; por casi todos los lugares, aunque cargada de años, se mantiene en pie.

En muchos pagó cara su amistad con el castillo. De tanto quererle, la contagiaron sus lacras; y es que siempre se pagan las malas compañías. Y así vemos que donde torre e iglesia se encaramaron en el cerro para ponerse al cobijo de muros y almenas, los vecinos del lugar acabaron por abandonarlas.

Los más rezadores bajo sus bóvedas fueron envejeciendo; la cuesta era cada día más penosa; el pueblo venía bajándose hacia

el llano, junto a la carretera, donde alineaba sus vulgares casas, y allí arriba quedó, sola, la torre, aún en pie junto al andrajo del que fué su orgulloso amigo. Los pendientes caminos eran ya torrenteras rellenas de cantos, que caían en avalancha si se intentaba caminar sobre ellos. No era tarea para viejos, y la iglesia quedó abandonada, pues para los jóvenes era más acogedora la taberna del casucho de la carretera.

Iglesias encaramadas en los cerros de España junto a los un día orgullosos castillos, como las de Lorca por tierras de Levante, las de Alcalá la Real y Montefrío en la alta Andalucía, las que en Aragón trepan por los cerros de Maluenda, la de Artañona metida en El Cerco (288) un día orgullo de Navarra. Todas tenéis al lado la ruina de vuestro compañero y ya la ruina se apodera también de vosotras.

Aun tenéis un consuelo. Caminando por las ásperas tierras de esta martirizada España, desde sus altas mesetas, divisanse siem-

pre amplios horizontes. En las lejanías, sobre pelados cerros, se aprietan los compactos caseríos, y en la cúspide sois siempre, iglesia y castillo, las imágenes poderosas del pasado que nosotros queremos siempre aún, contemplar intactas. Tal como la neblina y la ilusión nos hace veros a lo lejos.

Torres españolas, hermosas y variadas como las de ningún otro país. Torres pesadas y macizas de templos defensivos, junto a los cuales se agrupan los pueblos de Navarra. Torres mudéjares, de bordado ladrillo, como finas y octógonas columnas de oscuro color vino, que decoran las rojas tierras de Aragón (284) Torres barrocas de los pueblos riojanos. Torres finas y airovas de delicada porcelana, a que se semejan las de Ecija (285 a 286), la ciudad de las torres por excelencia. Raras torres aisladas, cual campaniles italianos, como las de Jerez. Pequeñas torres moras de Andalucía, anónimas de siempre, acogotadas por la fama de la colosal Giralda.

Y como una losa que quiere acabar con la inagotable gracia de la variedad de torres españolas, las torres herrerianas que agobian la arquitectura de los pequeños templos nacidos no hace mucho más de trescientos años.

L Á M I N A S



Ermitorio de las Batuecas.



San Pedro de Rocas. (Galicia).



San Pedro de Rocas. (Galicia).



San Pedro de Rocas. (Galicia).



Eremitorio de Córdoba.—Ermita Mayor



En las Ermitas de Córdoba.



El Cristo de las Ermitas.



Ermitaños de Córdoba.



En una Ermita de Córdoba.



Ermitas de Córdoba. — El Nicho Vacío.



Cartuja de Jerez. — Fachada del Templo.



Cartuja de Jerez.



Cartuja de Jerez. — Un Claustro.



Iglesia de la Cartuja de Miraflores.



Cartuja de Miraflores. — Profesión de Votos Perpetuos.



Misa en la Cartuja. - Momento de la Elevación.



Misa en la Cartuja. - Comunión de Padres.



Lavatorio en la Cartuja de Aula Dei.



El Beso de la Traba del P. Prior.



Cartujos meditando en día de paseo.



Cartujos meditando en día de paseo.



Conducción del Novicio o la celda de la Cartuja.



Ceremonia de posesión de la celda en la Cartuja.



Frugal comida del Cartujo en su celda.



Oración en la celda de la Cartuja.



Monje Cartujo



La Santa Paz (Padre Cartujo en los Maitines).



Cartuja de Aula Dei. — Hermano Converso en Oración.



Cartuja de Aula Dei. — Hermano Converso en Oración.



Los Hermanos Cartujos en el Refectorio.



Oración en el Refectorio de la Cartuja.



Entierro de un Hermano Cartujo.



I. CARTUJOS EN PASEO.



Cementerio de la Cartuja



Refectorio del Monasterio de Sta. M.ª de la Huerta. — Soria.



Biblioteca del Monasterio de Poblet.



El Claustro de Silos.



Claustro de Silos. — La Virgen de Marzo



El Claustro de Silos.



Silos. — Capiteles del Claustro.



Silos. — El Padre Abad en la Misa Conventual.



II. BENDICIÓN DE LOS CAMPOS.



Silos. — Coro en la Misa Conventual.



Abside del Monasterio de Poblet.



En el Templo del Monasterio de Poblet.



Monasterio de Poblet. - Claustro y Lavatorio.



Monjes de Poblet en la Sala Capitular.



Monasterio de Poblet. – Confesión de faltas.



Monasterio de Poblet. – Confesión de faltas.



Monasterio de Poblet. — Ceremonia en la Sala Capitular.



Monasterio de Poblet. – Ceremonia en la Sala Capitular.



Monjes Bernardos en el Templo.



Monjes Bernardos en el Templo.



Novicio Bernardo.



Novicio Bernordo.



Monasterio de Poblet. — Tarragona.



El Cementerio del Monasterio de Santa Creu.



Claustro e Iglesia del Monasterio de Poblet. – Tarragona.



Claustro e Iglesia del Monasterio de Santa Creu, - Tarragona.



Fachada del Monasterio Cisterciense de la Oliva.



Claustro del Monasterio de la Oliva. - Navarra.



Eremitorio de la Herrera (Rioja). – Ermitaños Camaldulenses.



Eremitorio de la Herrera. (Rioja). – Eremitaño Camaldulense.



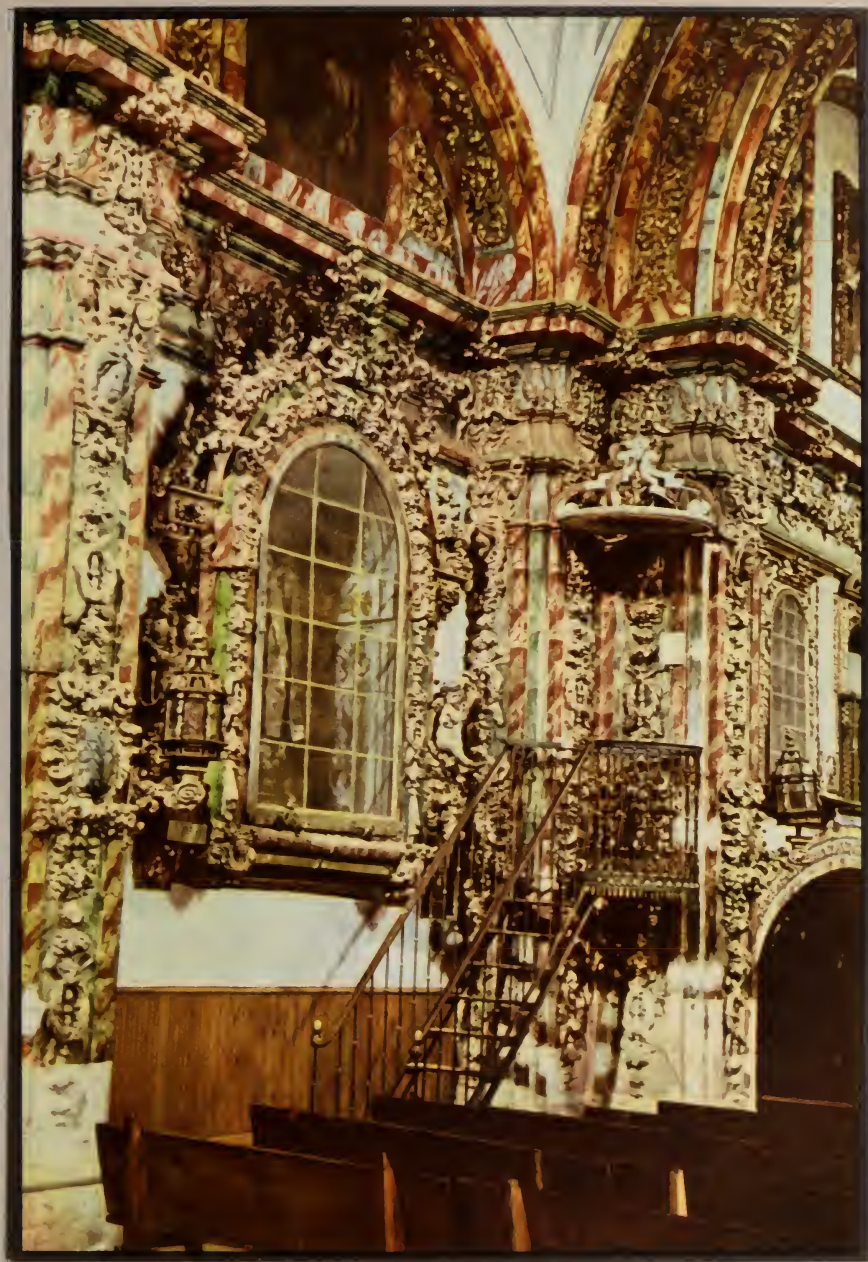
Dominicos.



Dominicos.



En el Claustro de Santo Tomás. — Avila.



III. SALAMANCA.—CAPILLA DE LA VERA CRUZ.



Dominicos en el Claustro de Santo Tomás. — Avila.



Biblioteca del Monasterio de San Millán. — Rioja.



Sacristía del Monasterio de San Millán. – Rioja.



Monje Agustino de San Millán.



En el Monasterio de la Rábida.



Franciscano en Guadalupe.



Novicios Franciscanos en Guadalupe.



En el Claustro de Guadalupe.



IV. SALAMANCA.—CATEDRAL.



Claustro del Monasterio de Guadalupe. — Cáceres.



Monasterio de Guadalupe Cáceres.



Sacristía del Monasterio de Guadalupe.



San Ignacio de Loyola. — Guipúzcoa.



Loyola.—Consagración de Sacerdotes



San Ignacio de Loyola. – Consagración de Sacerdotes.



San Ignacio de Loyola. – Consagración de Sacerdotes.



Misa Mayor.



Misa Mayor.



Primera Comión en Alquézar.



Niñas del Sagrado Corazón.



Hermanos de la Caridad.



Antiguas Comendadoras del Hospital del Rey. – Burgos.



Monasterio de Las Huelgas. — Burgos.



Profesión en la Sala Capitular. — Las Huelgas.



Toma de hábito de una Novicia en el Coro.



Abrazo de obediencia a la Rvda. Madre Abadesa después de la Profesión.



Profesión Cisterciense en la Sala Capitular ante la Rvda. Madre Abadesa



Procesión Solemne Conventual en el Monasterio de Las Huelgas.



Procesión Solemne Conventual en el Monasterio de Las Huelgas.



Santillana. (Santander). – Claustro de la Colegiata.



Estella. — Claustro de San Pedro de la Rúa.



Santiago de Compostela. – Claustro de Santa María del Sar.



Orense.—Claustro de San Esteban de Ribas de Sil.



Barcelona. — Claustro del Monasterio de San Cugat.



Aragón. — Claustro del Monasterio de San Juan de la Peña.



Soria. — Claustro de San Juan del Duero.



Huesca. — Claustro de San Pedro el Viejo.



Huesca. – Capitel de San Pedro el Viejo.



Huesca. — Claustro de la Colegiata de Alquézar.



El Castillo Monacal de Alquézar. — Huesca.



Monasterio Jerónimo del Parral. — Segovia.



Claustro de la Catedral de Pamplona.



Claustro del Monasterio de Irizar. — Navarra.



Monasterio Jerónimo de Fredesval – Burgos.



Claustro de la Catedral de Tarragona.



Atrio de San Martín. – Segovia.



Cloustro en ruinas de Sta. M.^a de Aguilar de Campoo. - Palencia.



Claustro en ruinas de Sta. M.^a de Aguilar de Campoo. — Palencia.



Alava.—Monasterio de Quejana.—Sepulcro de los López de Ayala



Catedral de Sigüenza. - Sepulcro del Doncel.



Monasterio de El Escorial. .



Sobrado de los Monjes. (Galicia). — Monasterio en ruinas.



Sobrado de los Monjes. (Galicia).—Monasterio en ruinas



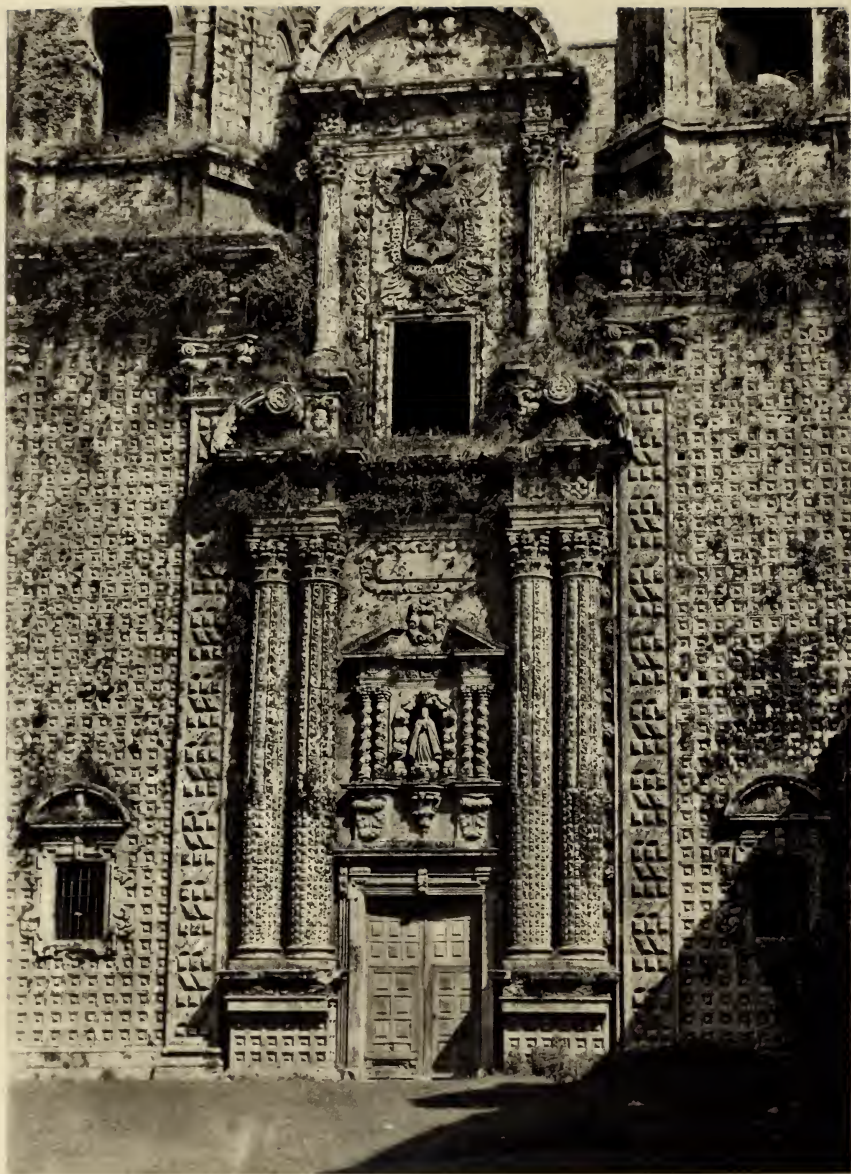
Sobrado de los Monjes. — Ruinas de un Claustro.



Sobrado de los Monjes. (Galicia).—Monasterio en ruinas



Sobrado de los Monjes. — Ruinas de un Claustro.



Iglesia del Monasterio de Sobrado de los Monjes.



Iglesia del Santo Sepulcro. – Estella



Sacristía del Monasterio de Osera. – Galicia.



León. — Cathedral.



Catedral de Toledo.



Catedral de Burgos.



Cimborrio de la Catedral de Burgos.



Catedral de Burgos.—Crucero.



Calvario y Catedral de Segovia.



Abside de la Catedral de Segovia.



Salamanca. — Cathedral



V. CÓRDOBA.—SEMANA SANTA.—PASO DEL SEÑOR CRUCIFICADO.



Salamanca. – Catedral Vieja.



Catedral de Avila.



Transcoro de la Catedral de Avila.



Catedral de Sevilla.



Sevilla. — La Giralda.



Catedral de León. – Apostolado y Virgen Blanca.



Apostolado de la Catedral de Tarragona.



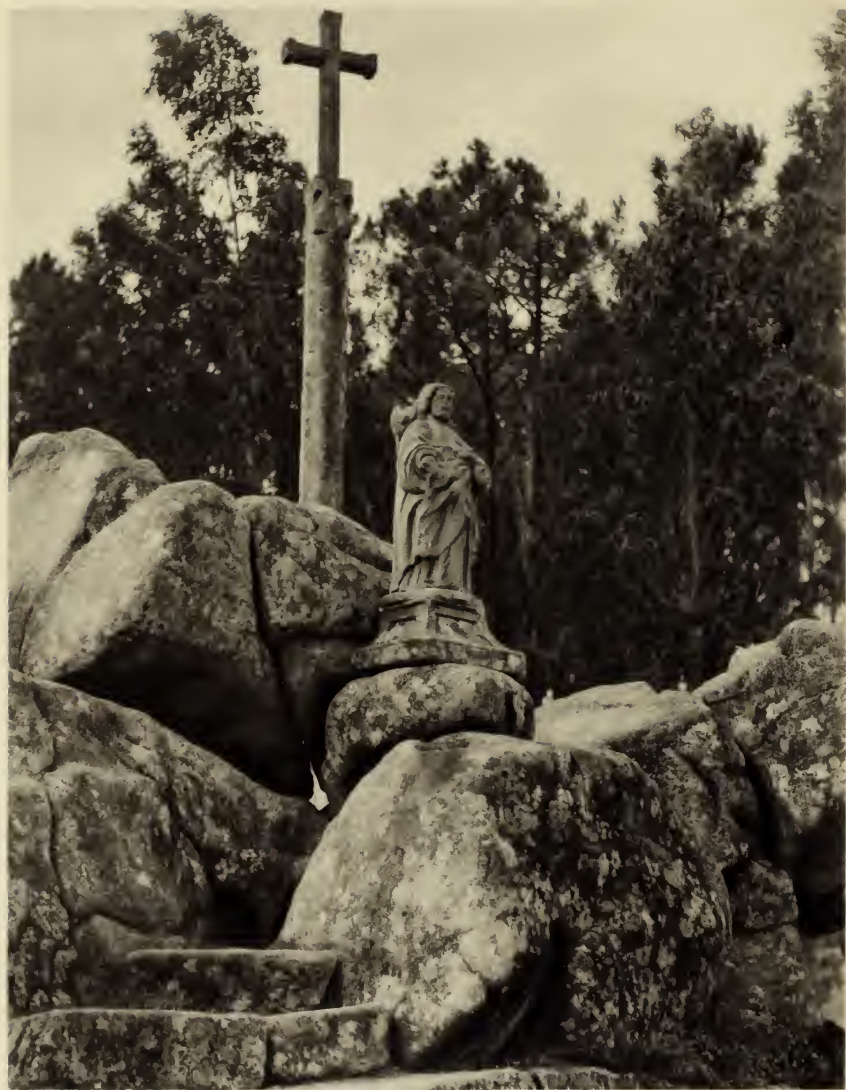
León. — San Isidoro. — El Panteón.



VI. SEMANA SANTA EN MALAGA.



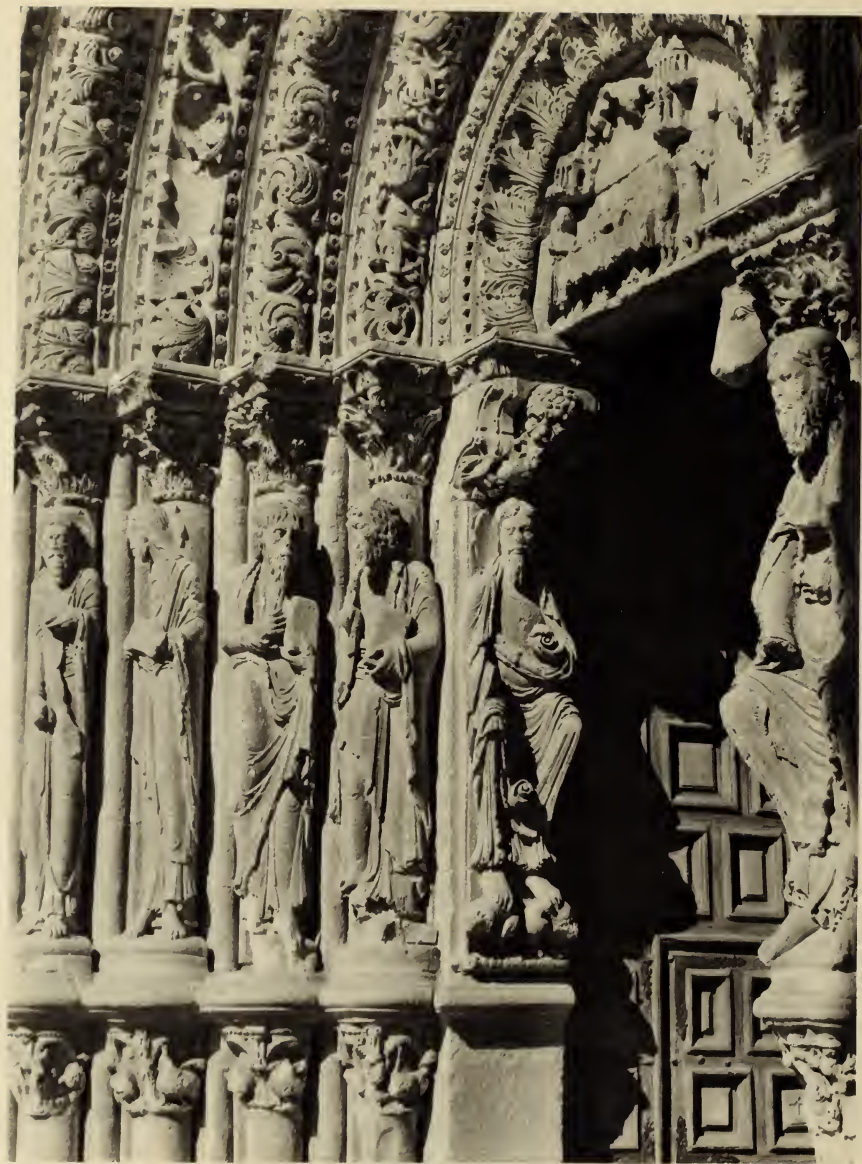
Catedral de Santiago. — Fachada del Obradoiro



Padrón. (Galicia). – Lugar donde predicó el Apóstol



Santiago de Compostela. – El Altar del Apóstol.



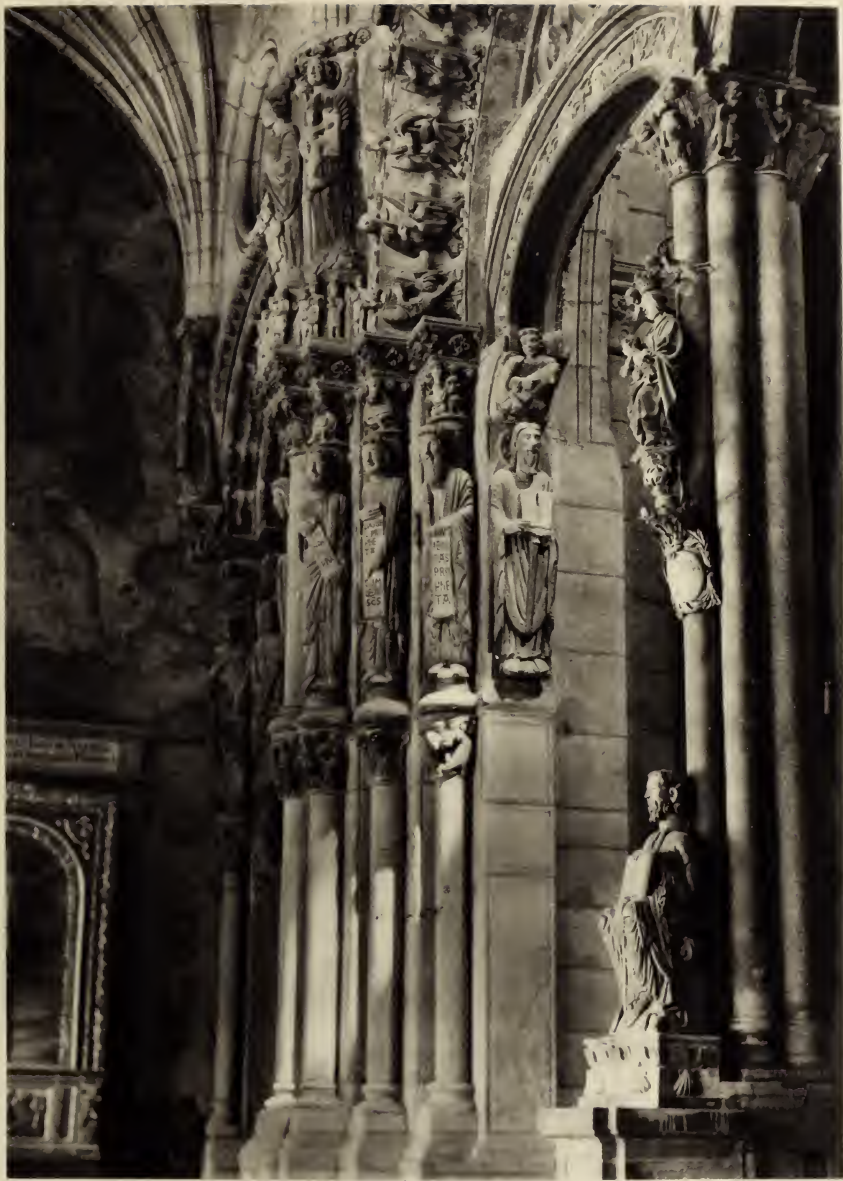
Avila. — Pórtico de San Vicente.



Catedral de Orense. — Pórtico de la Gloria.



Catedral de Orense.—Pórtico del Paraíso.



Catedral de Orense.—Pórtico del Paraíso.



Laguardia. (Alava). — Apostolado de Santa María.



VII. SEMANA SANTA EN MÁLAGA.



Pórtico del Monasterio de Ripoll. – Cataluña.



Zaragoza. — El Pilar



Oratorio de El Pilar. - Zaragoza.



Santuario de Covadonga.



La Gruta de Covadonga.



Real Colegiata de Roncesvalles. – Navarra.



Escolania de la Real Colegiata de Roncesvalles



Nuestra Señora de Roncesvalles.



VIII. SEMANA SANTA EN MÁLAGA.



La Virgen de Montserrat.



Cristo de San Pedro de la Rúa. — Estella.



El Cristo de la Vega. - Toledo.



El Cristo de Burgos.



Ante el Cristo de El Pardo



Nuestro Señor Jesús del Gran Poder. - Sevilla.



Semana Santa en Cuenca.—Penitentes



Un Penitente en Cuenca.



IX. CONGRESO EUCARÍSTICO DE BARCELONA.—BANDERAS DE CONGREGACIONES EXTRANJERAS.



Semana Santa en Cuenca. Paso de las Piedad.



Semana Santa en Sevilla.—Una cofradía



Semana Santa en Sevilla.—Una cofradía



Semana Santa en Sevilla. - Manto de una Dolorosa.



Semana Santa en Málaga. – Manto de una Dolorosa.



Semana Santa en Sevilla. — Penitentes negros.



Semana Santa en Sevilla. – Penitente blancos.



Semana Santa en Sevilla. — El Cristo del Calvario.



X. CONGRESO EUCARÍSTICO DE BARCELONA.—CONSAGRACIÓN DE SACERDOTES.



Semana Santa en Sevilla. — El Cristo de la Expiación.



Semana Santa en Cuenca. — Paso del Sto. Cristo.



Semana Santa en Málaga. — Paso de la Dolorosa.



Semana Santo en Málaga. - Una Cofradía.



Semana Santa en Málaga. — Los hombres de trono escuchan la Saeta.



Las Salesas Reales. (Madrid). – Las Tres Marias.



Semana Santa en Turégano. — Cofradía de la Dolorosa.



Semana Santa en Córdoba.—Una Hermandad



XI. CONGRESO EUCARÍSTICO DE BARCELONA.—CONSAGRACIÓN DE SACERDOTES.



Semana Santa en Córdoba.—Paso de Ntra. Sra. del Mayor Dolor



Semana Santa en Córdoba.—Paso de Nfra. Sra. de las Lágrimas



Semana Santa en Córdoba.—Paso del Crucificado y la Dolorosa



Semana Santa en Córdoba



Semana Santa en Puente Genil.—Hermandad de Nuestro Señor de la Paciencia



Sevilla.—Virgen de la Macarena



La Virgen de Elche



La Oración del Huerto. — Murcia.



XII. CONGRESO EUCARÍSTICO DE BARCELONA.—CONSAGRACIÓN DE 800 SACERDOTES.



Semana Santa en Zamora.—El Descendimiento.



Semana Santa en Lorca. — El Paso Blanco.



Lorca. — Paso Blanco. — Manto de la Dolorosa.



Semana Santa en Lorca.—El Paso Azul



Semana Santa en Lorca. — Salomón en su carro.



Semana Santa en Lorca. — El Manto bordado de Salomón.



Semana Santa en Lorca. - Grupo de Arcángeles.



Semana Santa en Lorca. - Personaje bíblico.



XIII. SEMANA SANTA EN LORCA.—SOLDADOS ROMANOS.



Semana Santa en Lorca. - Personaje bíblico.



Semana Santa en Lorca. — Personaje bíblico.



Semana Santa en Lorca. - Personaje bíblico.



Semana Santa en Lorca. — La Gloria.



Semana Santa en Lorca. — La Gloria y los Infiernos.



Semana Santa en Lorca.—Cleopatra.



Samana Santa en Lorca. — La Hija de Cleopatra.



Semana Santa en Lorca.—Nerón en su trono



XIV. SEMANA SANTA EN LORCA.—SÉQUITO DE CLEOPATRA.



El Misterio de Elche.



Sacristán de aldea.



Pertiguero de una Catedral.





Cruceros de Roncesvalles.



La Pasión de Olesa. — Judas colgado.



La Pasión de Olesa. — Cristo Crucificado.



La Pasión de Olesa. — El Calvario.



XV. LA PASIÓN DE ESPARRAGUERA.—EL DESCENDIMIENTO.



La Pasión de Esparraguera. — El Calvario.



La Pasión de Esparraguera. — La Verónica.



La Pasión de Esparraguera. — Judas.



La Pasión de Esparraguera. — Las Tres Marías.



La Pasión de Esparraguera. — Cristo y la Verónica.



La Pasión de Esparraguera. – El Encuentro.



La Pasión de Esparraguera. – El Encuentro.



La Pasión de Esparraguera. — El Descendimiento.



XVI. DANZA ANTE LA VIRGEN EN ANGUIANO.—RIOJA.



La Pasión de Esparraguera. - El Descendimiento.



La Alberca. — La Virgen de Agosto.



La Alberca. — Ofrenda a la Virgen.



Congreso Eucarístico de Barcelona



Congreso Eucarístico de Barcelona.—El Cardenal Tedeschini ante la custodia de Toledo



Corpus Christi en Sevilla. — La Custodia.



Corpus Christi en Sevilla. — Seises de la Catedral.



Corpus Christi en Toledo.



XVII. CORPUS CHRISTI EN TOLEDO.



Corpus Christi en Toledo.



Corpus Christi en Toledo.



Corpus Christi en Toledo.



Corpus Christi en Toledo.



Ofertorio de la Alberca. - Loa del Angel y el Demonio.



León. — Devotas de Castro Contrigo.



León. — Devotas de Castro Contrigo.



Procesión en Turégano



XVIII. S. E. EL CARDENAL ARZOBISPO DE SEVILLA CON LOS SEISES.



Procesión de Semana Santa en Turégano.



Procesión en Ibiza.



Procesión en Ibiza.



La Virgen de Mayo en Lagartera.



Oración de la tarde.



Confesión.



Agua Bendita.



En el Atrio de Ansó.



Funeral en Ansó.



Tapada en la Iglesia de Vejer.



Saliendo de la Iglesia de Vejer.



Misa en Lagartera.



Misa en Lagartera.



Devota de Candelario.



Vieja Devota de la Alberca.



Devota de Ezcaray.



XIX. CEREMONIA DE LOS SEISES EN LA CATEDRAL DE SEVILLA.



Vieja Devota en Lagartera.



Devotas de Villanueva de Aezcoa. (Navarra).



Devotas de Berástegui. (Navarra).



El organista de Turégano



El organista de Turégano



Puebla de Guzmán. (Huelva). — Cofrades de la Virgen de la Peña.



Sermón en Viguera. (Rioja).



Después de Misa Mayor.



XX. ALMONTE.—CARRETAS EN EL ROCÍO.



La Blanca Paloma. — (Virgen del Rocío.)



Ante la Blanca Paloma



Romería del Rocío. - Ante la Blanca Paloma



Romería del Rocío. — Ante la Blanca Paloma



Hermandad de Triana. - Correta del Sinpecado.



Romería del Rocío. — Cantos a la Blanca Paloma.



Noche en el Rocío. — Las carretas descansan



XXI. ALMONTE.—CARRETA EN EL ROCÍO.



Danza nocturna en el Rocio



Rocio. - Carreta del Simperado



Hermanos del Rocío.



Segovia. — Desde la Ermita de S. Juan de la Cruz.



Iglesia de la Lugareja de Arevalo.



Iglesia Andaluza.



Capilla en Antequera.



Villa del Río. — Santuario de La Estrella.



XXII. ALMONTE.—ANTE LA VIRGEN DEL ROCÍO.



Iglesia Cementerio de Brihuega. (Guadalajara).



Capilla y Crucero en Galicia.



La Iglesia Castillo de Garcimuñoz. (Cuenca).



Capilla en Carmona.



Iglesia de Valderrobres. — Aragón.



Patio de los Faroles en Córdoba.



Carmona. — Santuario de San Jerónimo.



Iglesia en Arcos de la Frontera.



Morella. — Calle Conventual.



Una Ermita en Navarra.



Monasterio de Montserrat.



Torre Mudéjar en Calatayud.



Torre de Eciyo.



Torres de Ecija.

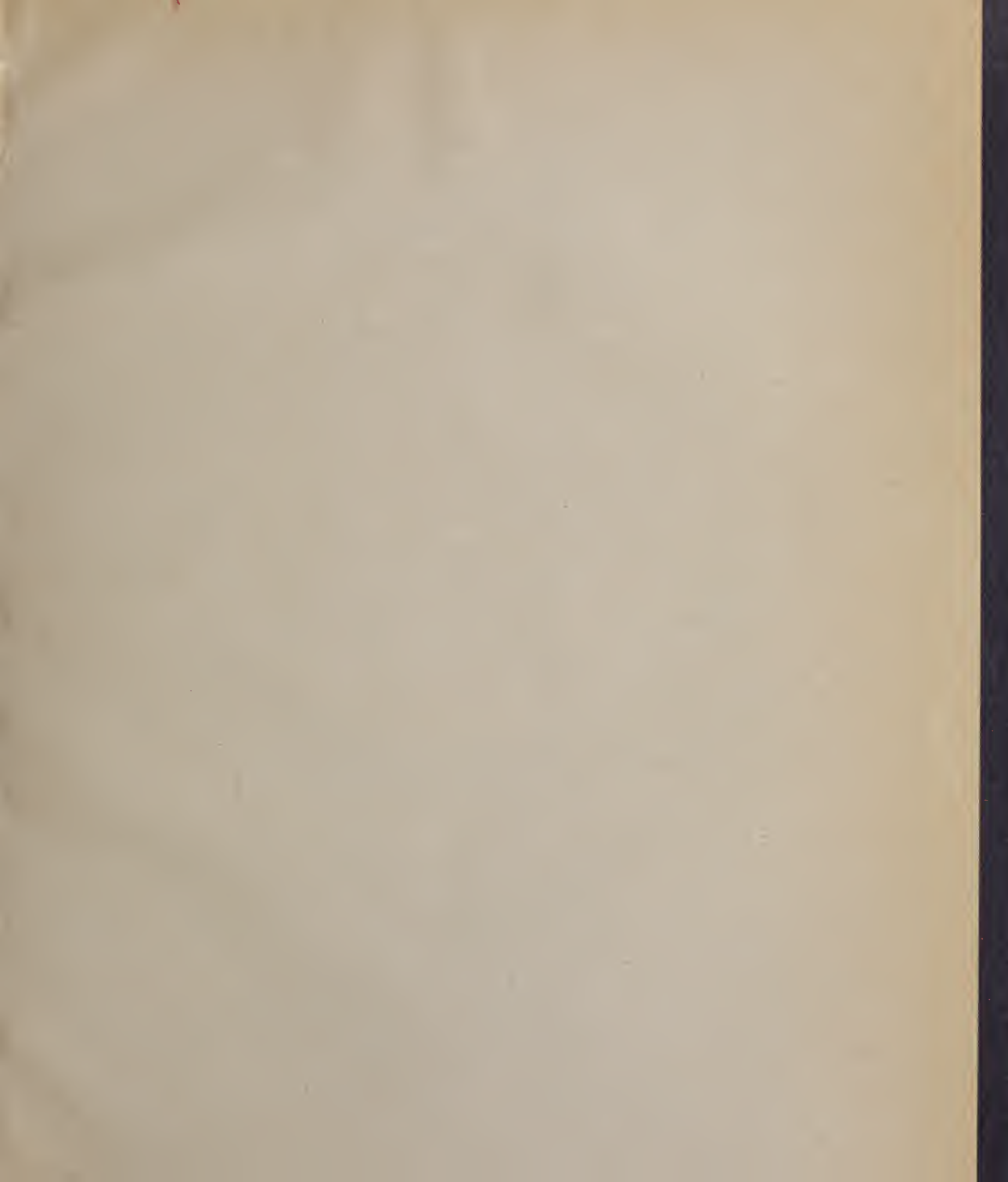


Torres de Ecija.



El Cerco de Artajona.





Date	Due
[REDACTED]	
[REDACTED] [REDACTED]	
[REDACTED]	
(C)	PRINTED IN U.S.A.

PRINTED IN U. S. A.



BW6524 .077 FOL10
España mística : Prologo de Miguel
Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00070 6491